

# N O S O T R O S

---

## LOS DIAS CRITICOS DEL 80

(Una evocación de la ciudad de Buenos Aires en el mes de mayo de ese año)

**U**NA circunstancia que voy a referir, me trae a escribir sobre acontecimientos demasíadamente próximos, para que la historia pueda fijarlos en definitiva, consagrándolos con su autoridad, pero suficientemente lejanos, para mantenerlos en la memoria sin la ayuda de los hombres que en ellos fueron actores o testigos.

El medio siglo que nos separa de los sucesos del año 80 nos priva de recoger la impresión directa de las personas que actuaron; de las que, apenas, muy pocas sobreviven; y por otra parte, la precaria instalación de la capital en Belgrano, donde al decir de Pellegrini, faltaba la tinta y el papel para extender los documentos oficiales, nos convence de la incompleta información escrita, necesaria para reconstruir los hechos con una minuciosa exactitud.

La circunstancia aludida es la haberme deparado la casualidad, un interesante archivo, cuya colección de piezas, está oficialmente autenticada y puede satisfacer los escrúpulos del más exigente en la búsqueda de fuentes informativas.

En cuanto a los documentos de la Provincia de Buenos Aires, más abundantes y precisos que los que existen del orden nacional, se hallan, en una buena parte entre los legajos de la Legislatura, fuera del lugar que les conviene. Los de la Provincia

de Corrientes, que llevó consigo al Paraguay el Gobernador Cabral, a la llegada de la intervención nacional se perdieron en parte y otros se encuentran en el Archivo de la Gobernación de esa provincia, sin contar con los que fueron a manos del doctor Mantilla y del doctor Morel, representantes de los intereses correntinos en la capital.

Los de la Nación, los más preciosos, están esparcidos y en poder de particulares, contándose como muy interesantes, los que formaron el archivo del doctor Dardo Rocha, agente electoral del General Roca en Buenos Aires, parte del cual fué aventado por una pueblada autonomista de aquel entonces, que invadió la casa y echó todo por las ventanas; otra parte la conserva aún la familia.

Una importante cantidad de papeles constituyen los legajos venidos a mis manos, en las que quedarán transitoriamente para su clasificación y remisión ulterior al Archivo nacional, a quien en rigor pertenecen.

La posesión de ellos me ha sugerido la tentación de reconstruir los sucesos del final de la Presidencia de Avellaneda, tarea a la que estoy entregado y de la que me aparto momentáneamente para evocar las escenas de los días que precedieron a los hechos de armas del mes de junio.

Nadie ignora la violenta y tenaz oposición que hacían al Presidente los hombres de Buenos Aires, desde el Congreso, desde la Legislatura, y desde la prensa. Todos recuerdan las repetidas crisis ministeriales que hicieron desfilar por la casa de gobierno, a Iriondo, a Laspiur, a Sarmiento, a Frías, a Malaver, a Montes de Oca, a Alsina, a Roca y a muchos más de todos los partidos políticos, contándose hasta veinte y cinco en los seis azarosos años de su gobierno.

Avellaneda quería una política de conciliación, quería gobernar para toda la nación con los hombres de valimiento que la nación tenía, hasta que su prodigio de habilidad y de talento en favor de un gobierno de administración y de paz chocó con la intransigencia de los políticos que luchaban por su sucesión.

Este choque entre los principios que invocaba el Presidente, con los intereses personales de los candidatos, recrudece después

de las elecciones de abril y hace crisis con la rebelión de Buenos Aires y Corrientes.

En el momento decisivo (estamos en octubre de 1879) el Presidente se apresta a una solución enérgica de lo que para él es la salvación de las instituciones y de la Nación misma y constituye un ministerio de fuerza. En los días del 80, Avelaneda, libre de todo reato, asume la responsabilidad de los sucesos ante el país y ante la historia.

Ante todo, quiere la paz; y en dos ocasiones memorables, cuando el mitin del Comercio y de la Industria y cuando su proclama desde la Chacarita, repite las mismas palabras: "Jamás " saldrá de mis actos una agresión. No moveré ni un arma, ni " un hombre, sino para defender a la Nación amenazada en su " existencia, en sus poderes o en sus leyes".

Quiere la paz y compromete su influencia para con los amigos personales y no le importa dar pábulo a la maledicencia con sus cartas a José María Moreno, a trueque de obtenerla.

Quiere la paz, aun ensangrentada la ciudad y la campaña, oyendo las proposiciones que llegan a Belgrano.

Después de conocer el estado de alma del presidente, he querido imaginarlo en sus actitudes y movimientos.

No recuerdo haberlo visto nunca en mi infancia, pero he oído detalles muy prolijos de su interesante personalidad, de quienes estuvieron cerca de él en la Chacarita y en Belgrano.

Me lo represento, pequeño de estatura, la barba entera al uso de su tiempo, la frente amplia y como rasgo característico unos ojos hermosos de extraordinaria expresión. De palabra pausada y algo enfática, marcaba las sílabas en el decir; y a veces en sus frecuentes abstracciones y en la meditación de los problemas que le preocupaban, solía acariciar con la punta de sus dedos el pómulo o la mejilla, en un movimiento inconsciente y repetido.

Este hombre suave, prudente, amante de los clásicos y cultor de la forma literaria, que tenía sobre sí el peso de una enorme responsabilidad, ve claramente llegar el momento de la crisis y se hiergue de pronto ante la violencia de Tejedor, se libra de compromisos con los partidos militantes y asume una política netamente personal, llamando a su lado a los hombres que nece-

sitaba en el instante en el que no había ya nada que discutir y sí mucho que hacer. (1)

Pellegrini y Goyena significan en el 80 la política prescindente de Avellaneda, exenta de la colaboración de las agrupaciones obedientes a las sugerencias de Mitre o de Roca. Hay, pues, que reconocer que ante el peligro del naufragio de las instituciones y ante la guerra civil inevitable, es Avellaneda el único director de los acontecimientos.

Pellegrini no era partidario decidido y sincero de Roca; simpatizaba más bien con una segunda presidencia de Sarmiento

(1) Avellaneda debió de pasar momentos de amargura. Desde el día 7 al 10 de mayo, todo es confusión. Al campamento de la Chacarita no llegan las tropas esperadas, y él entonces escribe: "Tenemos a Arias a las espaldas. Es necesario redoblar actividad. El Avellaneda, el Batallón del Paraná, los cien hombres que se encuentran en el Mortero (Provincia de Córdoba), todo esto debe venir en días o en horas. Hasta este momento, nada sabemos de Levalle, ni de Godoy. Acabamos de saber que hay en San Luis dos o más batallones disponibles; pídanlos".

Poco después y en otra carta dice: "Las fuerzas aun no han venido. Domingo 10 de la noche". Pero su tortura moral debió ser mayor aún, al contemplar el desquicio institucional, que le obliga a exclamar al final de una carta que tengo a la vista: "...empieza la desorganización en el Senado mismo. La Cámara de Diputados, no hará número. No hay Congreso. ¿Quién hará el escrutinio? ¿Quién proclamará la ley, sin la que no hay Presidente electo? Es inútil ir por la guerra civil al caos. Díganlo altamente: No somos carne de cañón".

Si el peligro de verse copado por Arias era una preocupación explicable y justificaba que clamase por tropas, como Facundo clamaba por caballos, al llegar al término de su suplicio, la aflicción del Presidente no reconoció límites ante el derrumbe de las instituciones y no podía vencerse, ni de la terquedad del Gobernador de Buenos Aires, ni del egoísmo del presidente electo. Las propuestas tan aceptables, según Avellaneda, eran la renuncia de Tejedor y la eliminación de Roca, y las posiciones mantenidas por uno y otro, significaban la guerra. Dos cosas constituyeron la preocupación del Presidente: la primera salvar las instituciones del país; la segunda, salvar al país de la guerra. Esto fluye con claridad meridiana de su propia correspondencia. A las transcripciones fragmentarias que anteceden, podría agregar otra para corroborar esta verdad. Cuando la Suprema Corte estuvo en Belgrano, y pidió al Presidente una carta para el General Roca, Avellaneda la negó, porque según sus propias palabras, "no quería tomar parte activa en estos arreglos, por su carácter electoral". Y en la carta misma donde consigna su pensamiento, después de aludir a la fórmula de transacción que llevaba la Corte, escribía al ministro Goyena: "Creo útil que sepa Vd. esto; porque pueden entrar a regatear, en lo que se refiere a la Nación, o a su gobierno, que es lo que más interesa..." Por lo que viene a ratificarse en un propósito manifestado muchas veces, esto es: que él no consentiría nunca en "imprimir un carácter electoral a una contienda que debe quedar tal como es, una cuestión de gobierno y de principios..." (palabras textuales de Avellaneda).

y como autonomista, era enemigo ostensible de los nacionalistas de Mitre.

Goyena no se sentía inclinado a variar la conducta que adoptara con Adolfo Alsina y en cuanto al General Roca, basta una anécdota para descartar su adhesión al presidente electo. Se hallaba el Ministro y Comisionado Nacional a bordo de un buque de guerra en uno de los puertos del Paraná, cuando fué sorprendido por movimiento inusitado que respondía a honores que la ordenanza dispone rendir al primer magistrado. Salió bruscamente a indagar lo ocurrido e informándose de que el General Roca pisaba la cubierta, ordenó retirar la marinería y suspender los honores, porque Roca no era todavía Presidente de la Nación.

La elección de uno y otro, en la hora de las definiciones, aprobó una vez más el tacto político de Avellaneda. Muchos hombres eminentes, de gran figuración nacional y provincial, permanecieron, por causas puramente circunstanciales, al margen de los acontecimientos y apenas se les ve intervenir como amigos componedores de la política o como mediadores para zanjar la contienda armada; entre ellos, el Vicepresidente doctor Don Mariano Acosta se quedó en su casa de la ciudad, cuando el Poder Ejecutivo se instaló en Belgrano, imitando en esto a la Suprema Corte, prefiriendo retirarse del escenario, para dejar que el proceso de las candidaturas siguiera la senda peligrosa que lo llevó a la guerra. Y otros hubo, y de los más conspicuos, que se quedaron para actuar entre telones, con más comodidad y menos riesgo.

No son éstos los hombres del 80.

Los hombres del 80 que luchan por la causa nacional, representan la nueva generación: Roca, del Valle, Pellegrini, Goyena, Racedo... ninguno de ellos llegaba a los treinta y siete años de edad. Era la misma juventud que, enardecida con la guerra declarada al Paraguay, había emprendido la vida, anticipándose a sí misma; eran los adolescentes que se sintieron hombres oyendo las proclamas bélicas del año 65, que los incitaban a reunirse en veinte y cuatro horas en los cuarteles, y se ofrecía llevar en siete días al Rosario y en tres meses a la Asunción. Esa juventud que había vuelto fogueada y constituía la esperanza intelectual de la República, trocaba sus armas por los diplomas

universitarios, por las actividades y por las campañas periodísticas y enfrentaba ahora a los Sarmiento, los Rawson, los Alberdi, los Mitre, los Frías, figuras consuetas, consagradas por pretéritos y eminentes servicios a la patria. Esa juventud, les había perdido el temor reverencial que caracterizaba a los jóvenes de antaño en su trato con los hombres de edad y de experiencia, y había adquirido en los campamentos y en las batallas la conciencia de su propia e individual independencia.

En esta época disminuye la fascinación del caudillo y el arrastre de la masa que lo sigue ciegamente. Alsina murió a tiempo para no ver su decadencia. Mitre se sobrevivió en este sentido, y en el año que me ocupa no le fueron bastantes los laureles del guerrero, ni su prestigio social, ni su partido político, para oponerse abiertamente a la elección presidencial de Roca.

Mitre no encabeza en el 80 el alzamiento de Buenos Aires y Corrientes, lo dirige. No lo dirige ostensiblemente, no es el hombre de acción; es el hombre de consejo. Mitre, que había querido derrocar a Avelaneda promoviendo la revolución de 1874, no podía perdonar su derrota de la Verde. No podía seguramente recordar sin amargura el General en Jefe de los Ejércitos Aliados en guerra nacional, que un puñado de veteranos dispersaran su ejército de 8000 hombres; ni acordarse sin pesar de haber caído prisionero, condenado en consejo de guerra y despojado de sus grados militares. No cabe suponer, porque no sería humano, que Mitre se librara de la influencia de este antecedente, al fijar su posición personal en los acontecimientos del 80.

Si este año, no hubiera sido por la naturaleza de los hechos ocurridos, un año de crisis violenta y de acciones rápidas, y hubiera permitido, en cambio, dentro de la tranquilidad de una paz duradera, las justas del talento que años más tarde tuvieron lugar con motivo de la enseñanza laica, de los límites con Chile y otras interesantes cuestiones, me permitiría citar nombres ilustres, que en estos aciagos días que recordamos, no cuentan para nada en los sucesos. ¿Dónde están, en efecto, José Manuel Estrada, Eduardo Wilde, Delfin Gallo, Lucio López, Miguel Cané, Pedro Goyena, Santiago Estrada y tantos otros?

Después de los comicios de abril, la situación no puede ser

más molesta para el Presidente. Enfrente suyo, Tejedor, con los elementos que siempre fueron adversos al gobierno. El General Roca, expectante, adiestrando las huestes que se titulan roquistas, con buena representación en las Cámaras y que formarán luego el nuevo Partido Autonomista Nacional. El Congreso, indisciplinado y dividido. Y detrás de todo, el General Mitre fortaleciendo al pretendiente porteño, con el aporte de la Provincia de Corrientes y la influencia de su partido en Buenos Aires. Agréguese a esto, una presidencia en liquidación, con sus días contados y con el consiguiente desbande de los rumboadores de la política. Y agréguese aún más, la permanencia imposible en la ciudad, donde su autoridad está minada, donde se le trata como a un huésped indeseable.

Corrientes, gobernada en el nombre por el débil Cabral, pero efectivamente por los hermanos Torrent y el Vicegobernador don Esteban Martínez, tenía por agentes confidenciales en la Capital a los doctores Miguel G. Morel y Manuel Mantilla, que representaban la fracción netamente mitrista, cuya organización tolerada hasta entonces en el interior y en el litoral por la política amplia de Avelaneda, y sostenida con mayor razón, después de la conciliación de los nacionalistas con los autonomistas, hizo de Corrientes el baluarte del General Mitre y la aliada natural de Buenos Aires.

Mitre, que fuera un día el árbitro de la situación nacional, vió luego su prestigio compartido con Alsina, cuyas sobresalientes dotes de caudillo le hicieron el ídolo de la juventud porteña.

La muerte de Alsina trajo la desorientación entre las filas autonomistas e hizo posible la rebelión armada de Buenos Aires contra la Nación, que se hizo inminente como consecuencia del triunfo electoral del General Roca.

La elección presidencial equivalía a dar un golpe mortal a la situación correntina. y por otra parte concluía inmediatamente con las aspiraciones del doctor Tejedor y mediatamente con la influencia política de Mitre. De la concurrencia de tales circunstancias, resultaron ocasionalmente unidas en un mismo interés contra la nueva orientación roquista, las provincias de Buenos Aires y Corrientes. En la defensa de tales amenazas, trabajaron

los directores de la política que se llamó "conciliada", encontrando los ánimos por la prensa, y preparándose para la lucha.

Los hombres que presentían las consecuencias del conflicto, movieron al doctor Tejedor a declinar su candidatura, pero imponiendo como condición la renuncia del presidente electo, lo que equivalía a dejar subsistente el problema.

El General Roca conocía muy bien los esfuerzos que se hacían para hallar una solución a la crisis, con la base de la sustitución de su candidatura por otra de transacción. Antes, pendiente y después del conflicto armado y aún en los días del armisticio, se creía llegar a una paz duradera, con la eliminación de Roca.

Debe admirarse muy particularmente, la pericia del candidato, la sutileza de su procedimiento, la habilidad de su táctica en el manejo de sus intereses. Todos sus actos se acomodan al propósito de llegar a la presidencia y fracasado su primitivo plan de imponerla personalmente por la fuerza, una vez que le fué negado el mando del ejército, eligió el recurso de dejar que los acontecimientos sucedieran según el ritmo que les imprimiera el doctor Avellaneda, empeñado, no en sostener al General Roca, sino en salvar la Constitución y las leyes que habían hecho de Roca el presidente electo en comicios legalmente constituídos.

Coincidían, perfectamente, las aspiraciones personales y la ambición del General Roca, con el idealismo patriótico de Avellaneda. Encaminadas unas y otro por una misma senda y utilizando recursos ajustados a la consecución de un mismo fin, el presidente electo se dió a eludir por todos los medios, las negociaciones que tenían por objeto salvar al país de la guerra civil, por la elección de un candidato que no fuera él, aunque satisficiera a los bandos contendientes.

Al través de los cincuenta años transcurridos, se explica claramente la entonces extraña actitud del General Roca, que no para un momento en ninguna parte; que tan pronto está en Córdoba, como en el Rosario, como en Belgrano, siempre distante cuando se le necesita cerca, siempre cerca cuando él precisa ejercitar su influjo. Viaja continuamente, movido por pretendidas exigencias partidistas, y cuando ya no es posible esquivarse ante el apremio de los compondores del gran pleito nacional, insinúa



un nombre: "Sarmiento", sabiendo de antemano que el ilustre patricio estaba en absoluto condenado al fracaso. En efecto, ninguna candidatura era menos viable que ésta, dadas las condiciones políticas del momento. Las genialidades del gran hombre y su carácter tan poco propenso a los cabildeos electorales, habían concluido por distanciarlo de los elementos que lo habían llevado al poder en 1868; pero Roca, gran intuitivo, supo despertar en él el espejismo de una nueva presidencia.

Pero este incidente fué brevísimo, y el doctor Dardo Rocha, que manejaba en la Capital los intereses roquistas, pudo pronto tranquilizar a su jefe, respecto a las aprensiones que pudiera abrigar sobre las posibles candidaturas de transacción que se barajaban en Buenos Aires, hasta que llegó el momento que pareció oportuno al mismo Roca, de decir bien claro su pensamiento en la histórica conferencia con el doctor Tejedor, en el Río de Luján, a la que más adelante me he de referir.

\*

\* \*

Desde antes del mes de abril, los habitantes de la ciudad llevaban una vida de incertidumbre y de constante zozobra. Como ocurre siempre que se altera la normalidad, corrían en el pueblo disparatadas noticias, que no tardaban en desmentirse procurando una calma transitoria, hasta que los díceres cobraban nuevos visos de verdad con la precisión de los detalles. En los primeros días de ese mes, se hablaba abiertamente de una próxima revolución y en los corrillos de la Bolsa, en la calle de Florida, en los teatros se divulgaba hasta el plan que había de seguirse. Los diarios se hacían eco de estas especies anunciando que se proyectaba tomar la ciudad del Rosario, para convertirla en punto céntrico de las futuras operaciones militares; que Corrientes invadiría al Entre Ríos, para obligar al Gobierno a distraer fuerzas en esa región, mientras que en Buenos Aires se procedería en todo ejecutivamente. De esta suerte, se llevaba el virus de la intranquilidad a los hogares. *El Porteño* y *Tribuna*, hojas de combate, azuzaban abiertamente las pasiones. *La Nación* cuidaba extraordinariamente el comentario y *La Prensa* opinaba que las alarmas tendían a crear una atmósfera pesada de guerra sobre el Congreso que

estaba en visperas de examinar los diplomas de los congresales últimamente electos.

A diferencia de las revoluciones que se preparan sigilosamente, conjurándose los actores para dar por sorpresa el golpe de estado que ha de trocar un régimen político por otro, o un gobierno por otro gobierno, la revolución del 80 se preparaba públicamente, a vista y paciencia de las autoridades nacionales y con la intervención del pueblo y ante la expectativa y pánico de los no participantes: del comercio, que exige la tranquilidad, la paz y la confianza, y del extranjero, ajeno a los arrebatos partidistas de los nativos.

Esta revolución *sui generis*, dirigida, preparada y llevada a cabo por un Gobernador que quiere ser Presidente, y tiene su prensa, forma su ejército, lo pasea por la ciudad, se hace votar empréstitos de guerra, despliega nuevamente la bandera de Buenos Aires contra la Nación que otras veces tremolara para ensangrentar el suelo de la patria; y que todo ese artificio, todo ese despliegue lo haga en la misma ciudad que es asiento del Ejecutivo Nacional, que mira, observa y se limita a simples admoniciones y decretos, es una revolución que no tiene precedentes en su forma y es única en la historia del país.

El Poder Ejecutivo había colmado la medida de su paciencia cuando dictó el decreto del 13 de febrero, prohibiendo en todo el territorio de la República las reuniones de fuerzas armadas, que no fueran las del ejército nacional. Al decreto se acompañó un manifiesto al pueblo, temperante y sedativo, que daba la medida de la prudencia del gobierno de la Nación.

A todo esto, el Gobernador de Buenos Aires (llamada "la Provincia" por antonomasia), resolvió, con conocimiento de su áulico consejero, desconocer el decreto y contestar al manifiesto, con el mensaje que se leyó en la oportunidad de inaugurarse las sesiones legislativas el día 1º de mayo, empleando un lenguaje altanero, con ribetes de alegato jurídico, como que provenía del mismo Tejedor.

En él se sostuvo el derecho de las provincias a armarse y a convocar la Guardia Nacional en defensa de su soberanía y de sus derechos, concluyendo por la declaración de haber la Provin-

cia resuelto introducir las armas que pudiera necesitar para su servicio.

Mientras leía este mensaje, el Vicegobernador Castro, en representación del titular, ausente, dos compañías del Guardia Provincial, de gran parada, con banda de música a la cabeza rendía honores frente a la Legislatura y desfiló luego por las calles, a tambor batiente y bandera desplegada, confirmando ampliamente las afirmaciones del mensaje.

Dichas afirmaciones no eran líricos desplantes de alta ía porteña, y la prueba la presentó el desembarco clandestino, en la playa de Quilmes, de un armamento consignado al Gobierno de Buenos Aires, el que sólo temía el decomiso por los buques de la armada y en modo alguno por las aduanas nacionales ni por las fuerzas del ejército, a las que desafiaba al punto de obligar al Presidente a retirar batallones de la Capital, para evitar conflictos.

La primera semana de mayo, termina con un descomunal desorden en el Congreso.

Cedo aquí la palabra al doctor Felipe Yofre, que en su reciente libro *El Congreso de Belgrano*, narra el incidente, diciendo: "...Entonces el diputado Rivera, por Corrientes, hombre nervioso y violento, bajo la convulsión de la ira, protestó diciendo: que se les quería vencer con la fuerza del número, y poniéndose de pie gritó a la barra alta ocupada por los rifleros armados, al mando de Montaña ¡"Ya es tiempo"! A ese grito, que parecía una consigna, los rifleros levantaron sus armas en ademán de hacer fuego sobre los diputados roquistas, a la vez que los tejedoristas hicieron un movimiento de desviación hacia el lado opuesto del asiento que ocupaban los roquistas con el propósito visible de aislarlos, no fuera que por error de puntería les tocase a ellos una bala, pero los roquistas, notando ese movimiento, se inclinaron también del mismo lado, tratando de frustrar esa actitud defensiva. En tan solemne instante, el General Bartolomé Mitre, que tenía su banca en la primera fila baja, frente a la presidencia, saltó rápidamente sobre ella y parado cuan alto era, con sus largos brazos abiertos hacia uno y otro lado de la barra, como quien contiene a alguien, exclamó: "No es tiempo todavía", agregando en alta voz: "Señor presidente:

hago moción para que se levante la sesión". Al instante el doctor Quintana, tocando la campanilla, dijo: "Queda levantada la sesión". El tumulto que produjo la actitud de Rivera en la barra fué indescriptible. Los muera a los roquistas, los apóstrofes ofensivos, convertían al recinto de la Cámara en un campo de Agramante, todo tumulto y confusión. Sólo un hombre tan prominente como el General Mitre pudo, con su patriótica actitud, detener la borrasca que amenazaba al Congreso en tan crítica emergencia. Tan sólo él, con su gran autoridad moral, pudo salvar al país del horrible espectáculo de un Congreso disuelto a balazos, dejando ensangrentado el sagrado recinto de las leyes ..."

El tumulto trascendió a la calle y la multitud en manifestación hostil y actitud sediciosa, fué a disolverse bajo los mismos balcones de la Casa Rosada.

En las siguientes sesiones, la Cámara de Diputados nacionales siguió discutiendo el despacho de la Comisión de Poderes, sobre los diplomas de los representantes de Córdoba, La Rioja y Corrientes.

Mientras tanto la Legislatura provincial es un hervidero de proyectos y se habla de contratar empréstitos de guerra en el extranjero.

Todo el mundo vive la ansiedad del momento, y el comercio, con la parte sensata y conservadora del vecindario, proyecta un gran mitin popular, pidiendo la paz.

A partir de este momento, se precipitan acontecimientos extraordinarios:

El día 10 tiene lugar el mitin de la Industria y del Comercio.

El 20, las fiestas del Centenario de Bernardino Rivadavia.

El 25, se festeja ruidosamente el aniversario de la patria.

El 28, la solemne reimpatriación de los restos del General San Martín.

Y diez días después estalla la guerra.

La vida se hace más intensa, más emotiva, social y políticamente. Los ciudadanos que se han adiestrado por la mañana en los stands de las sociedades del Tiro y han acudido voluntarios a los ejercicios doctrinarios, son los mismos que asisten a la tarde a las festividades oficiales y populares que se multiplican por la casual concurrencia de las fechas aniversarios. Nadie se

asombra ya al verse detenido por un riflero que, entrada la noche, hace centinela frente a un cuartel provincial y le exige su papeleta, ni es raro en el mismo seno de la familia ver a hermanos que militan en distintos bandos departir fraternalmente, sospechando, sin embargo, que han de pelear entre sí días más tarde.

Tan pronto se disimula el encono, se disfraza la enemistad y alternan en actos públicos los gobiernos de la Nación y de la Provincia o desfilan juntos batallones de los dos ejércitos, como llegan a los vivas y los mueras, las pobladas amenazantes.

Tan pronto se tranquiliza el ambiente, se celebran reuniones en las casas de los hombres expectables para propiciar inteligencias amistosas, en las que Mitre declara, en todos los tonos, que no habrá guerra, o se despacha una comisión formada por Frías, Ocampo, Madero y otros en busca de Roca, para que éste les repita que tampoco habrá guerra, como se decreta la movilización de veintium batallones de Buenos Aires y se compran armas.

Considerada la ciudad en el conjunto de su complejo y doble aspecto, se observa una absoluta subversión de la lógica. El escenario es uno solo, pero los actores representan simultáneamente dos espectáculos diferentes. El orden nacional y el provincial tiene manifestaciones contradictorias y el público que las presencia es uno mismo.

Todo esto parece extraordinariamente nuevo y raro.

Llegó el día del mitin, y poco antes de las tres de la tarde se puso en marcha la columna, encabezada por Mitre, Rawson, Alberdi, López, Gorostiaga, Frías y Sarmiento. Partió de la Bolsa de Comercio, (hoy calle San Martín entre Cangallo y Sarmiento), punto de concentración de los manifestantes, tomó por San Martín hasta Rivadavia y por ésta hasta la casa de Gobierno. Eran, según los diarios de la época, entre 25 y 30.000 personas, en filas compactas, distanciadas apenas para distinguirse unas de las otras, las asociaciones españolas, las italianas, las francesas y las argentinas, las logias masónicas, el comercio mayorista y el de menudeo, las representaciones de la finanza y de la banca y por último, el pueblo.

Avellaneda esperaba con sus ministros y recibió a la comisión que le entregó el memorial, y desde los balcones comenzó

su magnífica alocución, con las conocidas palabras: "Señores, salgo a vuestro encuentro y os saludo con vuestra propia divisa: Viva la paz".

El público le hizo coro y prorrumpió en grandes vivas. El clamor popular fué un grandioso himno a la paz.

Reorganizada la columna, llegó al Congreso, poniendo en manos del presidente del Senado otro ejemplar del memorial, siguió por Victoria, entrando a la calle Moreno, donde estaba la casa del Gobierno de la Provincia, en cuyos balcones, el General Mitre, que se había adelantado, fué objeto de delirantes aclamaciones que le acompañaron hasta su domicilio.

El doctor Tejedor no recibió personalmente a los manifestantes porque en ese mismo día y a esa hora tenía lugar la conferencia con el General Roca en el Río de Luján.

El ministro de la guerra había sido comisionado por el doctor Avellaneda para provocar una entrevista entre el presidente electo y el pretendiente a la presidencia, como un desesperado arbitrio que pusiera término a la violenta crisis del país.

La conferencia tuvo lugar a bordo de la Pilcomayo en la cual había venido expresamente el General Roca y la que se mantuvo con sus fuegos encendidos a la espera del Gobernador. Ella fué brevísima y comenzó con las protestas de una y otra parte de no haber tomado ninguna de ellas la iniciativa de la reunión. Lo que pudo saberse después de la conversación de estos dos hombres, fué la versión que dió Tejedor a su regreso, y la carta del General Roca que publicó la *Tribuna*, que no coincidían en la parte de la culpa que recíprocamente se enrostraron, del fracaso de la conferencia.

Lo que surge como cierto, es que a la propuesta del Gobernador de Buenos Aires, de eliminar las dos candidaturas, contestó Roca con una contrapropuesta de arreglo, con la fórmula: "Roca para presidente, y Tejedor para vice, dando a éste la facultad de designar el Ministerio", la que no fué aceptada. Volvióse Tejedor a la ciudad, y puso la Pilcomayo proa hacia Campana, desde donde Roca escribió su carta abierta que empieza diciendo: "Nacionales y extranjeros, partidarios y adversarios, vais a oirme por primera vez, etc." Lo que todos oyeron fueron promesas de someter la suerte de su candidatura a los hombres

expectables de su partido, una vez constituido el Congreso y aceptada la diputación por Córdoba, lo que le daba mayoría en Diputados.

La misma tarde de la Conferencia y con la noticia de su resultado, intentó, una comisión de políticos conciliadores, entrevistar al General Roca, pero llegó tarde, cuando la cañonera había ya zarpado.

El Dr. Avellaneda comentó en su casa, con amigos, los sucesos del día y decidió enviar al Dr. Pellegrini para reforzar el arreglo que dicha comisión intentaba. Existe un documento de puño y letra del Presidente aunque no lleva su firma, que da fe de esta su intervención acerca de Roca y dice así: "El objeto del viaje del Ministro de la Guerra, es manifestar al General Roca, en nombre del Presidente, la petición que le fué hecha por un número tan considerable de vecindarios, y pedirle que lo ayude a realizar los fines pacíficos que la petición tiene en vista. El Ministro no lleva el encargo de ninguna indicación".

No fué feliz el emisario, pues aunque quiso dar alcance a Roca, ya estaba éste en viaje a la ciudad de Córdoba.

Igual suerte corrió la comisión del comercio encargada de hacerle entrega de una copia del memorial.

El Presidente era constantemente visitado en su domicilio por sus amigos personales y políticos y allí se leyó la carta que había publicado *Tribuna*, y se comentó sus consecuencias; los diarios acentuaron la nota pesimista y aumentaron los alardes bélicos del indignado Gobernador, que paseó sus milicias por las calles y obligó al Dr. Avellaneda a dictar un decreto de concentración de los destacamentos de la frontera, llamando los que guarecían Puán y Guaminí.

Como si esto no fuera bastante para apasionar los ánimos y caldear aún más el ambiente guerrero, las discusiones del Congreso subieron de tono al discutirse el despacho en Diputados sobre elecciones de Córdoba, La Rioja y Corrientes. Esta vez se apeló de nuevo al recurso de las conferencias. Mitre, en representación de los partidos conciliados, y el Dr. Plaza, por los autonomistas; aquél bregaba por el aplazamiento de los diplomas de Córdoba, que respondía a la fracción roquista; el Dr. Plaza

pretendía que en el aplazamiento se incluyeran los diplomas de Corrientes, en un todo afecta al General Mitre.

Se luchaba por la preponderancia de los bandos en la Cámara, y como era de esperarse, tampoco hubo acuerdo.

La sesión del día 14 fué tumultuosa.

En las afueras del recinto había grupos sospechosos y muchos rifleros y gente armada.

La postración nerviosa permitió al día siguiente cierta calma. Efectivamente, el buen sentido pareció dominar un momento a los legisladores, quienes llegaron a convenir la aceptación de todos los diplomas menos los de La Rioja y Córdoba. Se incorporaron los electos y se nombró presidente de diputados al Dr. Manuel Quintana.

Este alivio permitió al P. E. designar la fecha del 17 de Mayo para la apertura de las sesiones del período legislativo.

El mensaje de Avellaneda es sereno, sumamente hábil, y no alude al estado febril del momento. Los regimientos primero y once de infantería y los cadetes de Palermo, rindieron los honores al Presidente de la Nación. Todo el mundo tiene la ilusión de la tranquilidad, ilusión que se agranda con los preparativos para las fiestas del Centenario de Rivadavia.

Un mes antes, la asociación que sostenía la Biblioteca Bernardino Rivadavia, había iniciado modestamente los trabajos a los que luego se adhirieron el pueblo y los Gobiernos; así el día 20 pudo celebrarse el acontecimiento.

La ciudad amaneció embanderada.

A las once y media, el metropolitano Dr. Aneiros cantó solemne Te Deum. Se colocó la piedra fundamental de una estatua que no llegó nunca a levantarse en la plaza de la Victoria, frente a la Catedral, y allí pronunciaron discursos el señor Videla Dorna, presidente de la Municipalidad, el Dr. Avellaneda y el General Mitre, encargado oficialmente de la oración solemne. Terminada la justa oratoria, entre los aplausos de la multitud, hizo irrupción en la Plaza un carro alegórico monumental, que había salido del Colegio de la Merced, entró por Reconquista y se situó frente a la Metropolitana.

El carro triunfal, arreglado con más inspiración patriótica que buen gusto, representaba a la República, las catorce provin-



cias y los territorios del Chaco y de la Patagonia (no había otros). La agricultura, Las Artes, El Comercio y La Industria, tenían sitio en sus cuatro esquinas. Niñas de nuestra sociedad, convenientemente ataviadas, encarnaban dichas representaciones y hacían guardia de honor los cadetes de las escuelas naval y militar.

Formóse luego una procesión en la que cincuenta bandas de música alternaban con las escuelas, el Presidente, ministros y autoridades superiores de la Nación, Gobernador, ministros y demás autoridades provinciales, los guerreros de la independencia, los del Brasil y hermanados el 1 y 11 de infantería de línea, con el brillante Guardia Provincial, los que a poco habrían de despedazarse en los Corrales y Puente Alsina. No habían terminado los ecos de esta apoteosis, cuando empalmaron los festejos del 25 de Mayo.

Mientras tanto, los preparativos que la Provincia hacía para la revolución seguían arduosamente, si bien con menos ostentación, a semejanza de la actitud felina que disimula un repentino y proyectado ataque.

El pueblo olvidó también en su fiesta nacional sus aprensiones de las últimas horas y se entregó a regocijos inocentes; las damas de la Sociedad de Beneficencia vendieron, como de costumbre, cedulillas con suerte, desde las ventanas bajas del Cabildo, y un saltimbanqui hizo acrobacias en la plaza, donde hubo por la noche profusión de fuegos de artificio.

La sociedad, que llamaremos distinguida, asistió a la función de gala en el Colón. Se cantó el Himno Nacional, el segundo acto de *Traviata*, el tercero de *Ballo in Maschera* y el tercero de *Fausto*, exhibiéndose además un bailable que fué muy aplaudido. Las señoras de la cazucla, hicieron derroche de conversación y de naranjas. El viejo teatro repleto de gente e irradiando la luz de centenares de picos de gas, fué marco de una gratisima velada que terminó entrada ya la mañana.

Tres días después hubo fiestas y el aturdimiento general era casi una necesidad manifestada por el deseo de olvidar, por el ansia de divertirse, por no querer ver lo inevitable que se venía encima: la guerra. Este fenómeno suele acompañar a los estados de conmoción popular violenta y es como una válvula

de escape a la tensión nerviosa, antes de la crisis, toda vez que la espera se prolonga demasiado, o, después de pasada, cuando desaparece bruscamente.

Tal ocurrió al finalizar la guerra europea. Las gentes no entraron en un período de lasitud, de natural postración; por el contrario, se dieron a las diversiones desenfrenadas, al derroche, a querer vivir intensa, ampliamente, como compensación a las penurias sufridas.

Llegó el día 28, fecha en la que tiene lugar la reimpatriación de los restos del general San Martín.

El día amaneció lluvioso y prometía deslucir el programa. Las barandas del muelle de las Catalinas por donde se esperaban los restos del prócer, sostenían altos palos en cuyos extremos flameaban banderas de todas las nacionalidades; las bordas mismas, desaparecían bajo las guarniciones que ostentaban los colores patrios y de trecho en trecho largos gallardetes daban una nota juguetona al conjunto. Hacían guardia sobre el muelle, el primero, el octavo y el undécimo regimientos de infantería, el de Artillería, un escuadrón de lanceros y la escolta. Los cañones de la escuadra tronaban a intervalos, mientras avanzaba la falúa que traía las reliquias. Cuarenta embarcaciones menores la escoltaban.

El ataúd, modesto en sus adornos, venía cubierto por la bandera, bordada en Mendoza por las damas patricias, y ante él dijo Sarmiento una oración fúnebre.

Dirigióse la columna a la Plaza San Martín, donde la esperaba el señor Presidente con sus ministros, el cuerpo diplomático y las personas representativas de los gobiernos de la Nación y de la Provincia. Allí pronunció su discurso el Dr. Avelaneda, al que siguieron los del Ministro del Perú, Dr. Gómez Sánchez, y del vice Dr. Mariano Acosta. El carro que llevaba los ilustres despojos era magnífico y la manifestación, imponente.

Caminó la columna por Florida y llegó a la Catedral, donde la caja fúnebre quedó expuesta al público, con guardia de honor, hasta el otro día.

La solemnidad del acto, el profundo respeto impuesto por las exequias y el tributo de reconocimiento y la admiración popular hacia la memoria del Libertador, habían acallado momen-

táneamente las pasiones, pero no tanto, que privaran al acontecimiento de una nota ingrata, de un detalle molesto, que cito, con el único objeto de demostrar hasta qué punto la acritud y la intemperancia de roquistas y tejedoristas habían contagiado a las colectividades extranjeras.

La colonia italiana, que estuvo siempre íntimamente unida a los intereses argentinos, no sólo contribuyendo a la prosperidad material del país, sino participando de las propias cuestiones inherentes y exclusivas de nuestra ciudadanía, concurriendo a la campaña del Paraguay con la Legión de tan brillante desempeño, y que, en estos mismos días del 80, diera su aporte de heroísmo y de sangre, no quiso asistir al homenaje a San Martín, resentida por las alusiones de los discursos pronunciados con motivo del asesinato del canónigo Dr. Pérez.

Este canónigo Pérez, sucumbió a los golpes de estileto que le diera un súbdito de aquella nacionalidad, hecho que en tiempos normales no habría suscitado alusiones ni resquemores. Pero estamos en una época excepcional, en la que todo sentimiento se exagera, en la que se ha perdido la noción de la mesura, y se procede por sacudidas, pasándose de la inminencia del estallido revolucionario a la confianza en la paz, para volver de nuevo a una incertidumbre que hace insoportable la vida.

Apuremos los acontecimientos.

Los señores Don Leonardo Pereyra, Don Manuel Ocampo, Don Domingo Parodi, Don Alejo Arocena y el Dr. Miguel Estevez Saguí, volvieron mohinos a Buenos Aires, después de haber puesto en manos del General Roca aquel zarandeado memorial del Comercio, que lo había perseguido, hasta entonces, infructuosamente. Pero era ya tarde. El General, cediendo a la obsesión de su presidencia, decidió pasar el Rubicón y había contestado con el "alea jacta est" a la última proposición de paz que le llevaron.

Las líneas estaban tendidas y agotadas todas las soluciones pacíficas.

Un cargamento de armas fué desembarcado en el Bajo, a la altura de la calle Corrientes, para el ejército de Buenos Aires y protegido por los batallones de la Provincia, que emplearon la violencia contra los soldados de la Nación.

Esta fué la segunda declaración de guerra.

El día siguiente, dos de Junio, al atardecer, el Presidente Avellaneda, acompañado por el Ministro Dr. Goyena, abandonó la ciudad, dirigiéndose en un coche cerrado, con las cortinillas bajas, al campamento de la Chacarita, para salvar el decoro de su investidura y para su seguridad personal.

Entrada ya la noche, llegó el Presidente a un cuartel, sorprendiendo a los jefes y oficiales que departían de sobremesa. Al trasponer el umbral del salón, el Dr. Avellaneda dijo: "El presidente de la República pide hospitalidad al Regimiento primero de Caballería". La respuesta fué digna del coronel Don Manuel Campos, que recibió al ilustre huésped con los honores debidos a su rango.

El día después, fué el jueves, hubo acuerdo de ministros, el que una vez terminado, redactó Avellaneda la memorable proclama, que intituló: "El presidente de la República, a sus conciudadanos", donde exponía los motivos de su abandono de la ciudad.

Inmediatamente se decretó la residencia de las autoridades nacionales en el pueblo de Belgrano, al que comenzaron a afluir los allegados, algunos jefes de oficinas, no pocos diputados y algunos senadores, en tanto se arbitaban los medios para poner a la nueva capital en estado de defensa.

El presidente llegó recién el día siete al Hotel Watsson, que es actualmente un edificio frente a la estación del F. C. C. A., la del "Bajo", que entonces se llamaba estación "Adolfo Alsina". Allí le esperaban muchos congresales, con los que departió sobre los sucesos. Al mismo tiempo, vinieron Sarmiento y de la Plaza a conferenciar con él.

La concentración de las primeras fuerzas comenzó ese mismo día, en que mil trescientos soldados bajados de dos trenes, acamparon en las proximidades de la estación.

Mientras esto ocurría, los notables de la ciudad no cejaban en sus conciliábulos, ni se convencían de la inutilidad de las comisiones, que se multiplicaban sin beneficio alguno. Los señores Unzué, Pereyra y Ocampo fueron a la Chacarita. Simultáneamente se reunían en casa del Dr. Gorostiaga, Mitre, Sarmiento, Alberdi, Frías, Rawson y Quintana, con el mismo inútil

resultado de las comisiones precedentes. Las conversaciones estaban demás y la solución del conflicto quedaba evidentemente fuera de la potestad de los prohombres.

Los bandos políticos, que hasta entonces habían convivido en Buenos Aires sin llegar a las manos, polarizaron sus huestes, que quedaron divididas; las de *adentro*, en la ciudad; y las de *afuera*, del otro lado de las trincheras que comenzaron a levantarse de inmediato. Estas denominaciones subsistieron durante toda la contienda para diferenciar a los partidarios o simpatizantes de Tejedor, de los de Roca.

La consternación era grande; paralizado el comercio; los extranjeros pensando tempranamente en la protección de sus respectivas cónsules; los ciudadanos, armados y poblando los cuarteles desocupados por los batallones de línea, llevados a la Chacarita; los párrocos entonando las preces "processio inquamque tribulatione" que repercutían en los templos como un responso a la paz; y las damas, con más ceguera partidista que verdadera caridad cristiana, constituyendo en los altos de una casa que en la calle de Florida llevaba el número 293, la sociedad titulada "Damas del Socorro, para los defensores de la patria". Los fines sociales eran:

- 1) Recoger donativos del pueblo, para distribuirlos entre los bravos defensores de la patria. (No es necesario agregar que los defensores de la patria eran solamente los de la Provincia).
- 2) Cuidar y aliviar los que en la defensa de nuestra santa causa, caigan heridos.
- 3) Socorrer a las familias de los Guardia Nacionales que pudieran necesitar de nuestro auxilio.

He querido hacer la transcripción del breve articulado que antecede, para justificar, una vez más, el ya conocido dicho de ser las guerras fratricidas, más enconadas, más feroces que las guerras nacionales.

La pasión política se infiltra en los hogares; y la mujer, que en él y fuera de él debiera ser dechado de dulzura, fuente de consuelo, ofreciendo con su amor un escudo contra las intemperancias y violencias de la vida, comparte con el hombre los odios que dividen las familias, llevando la enemistad al punto de

negar el verdadero sentido de la caridad, que no debe reconocer religiones, ni banderas.

Lo que sucedió después pertenece a la narración de los hechos de armas, interesante y luctuoso capítulo que ha de escribirse con la ayuda de los documentos oficiales ya expresados. (1)

He llamado al año 80 el período crítico de la historia nacional y cada vez que pienso encuentro en ello mayor verdad y mayores proporciones, porque no sólo resuelve una crisis política que acaba con un antagonismo que data de antes del conflicto de la incorporación de los diputados a la Junta del año 10, conflicto que permanece latente y recrudece con la guerra civil entre Buenos Aires y la Confederación. Porteños y provincianos dirimen el 80 sus seculares rencillas, y aunque ellas no sirven visiblemente de pendón en la contienda, constituyen su médula, su causa primera.

Es también el año que trae la solución de otros problemas vitales para el país.

Resuelve, en efecto:

---

(1) Si se me permite un paréntesis, para encerrar en él un recuerdo personal, de infancia, que debió producirme honda impresión porque ha quedado en mi memoria con toda nitidez, diría: que con mis padres, mis hermanos y también la abuela y las tías que abandonaron la ciudad siguiendo la suerte de los hijos en campaña, fuimos trasladados desde la quinta paterna, entre Caballito y Flores, expuesta a los fuegos cruzados de los rifleros y las fuerzas de la Chacarita, a la quinta de Torres, más chacra que quinta, cuyo solo nombre de "Fortaleza Santa Ana", daba la sensación de una mayor seguridad. La chacra, que fué de don Santiago Torres, el boticario de Juan Manuel de Rosas, estaba bordeada por cercos vivos de moras y cina-cina, que invadían las calles hasta dejar apenas un sendero estrecho, frecuentado por cuises y otras alimañas. Por ese sendero, vi pasar, atisbando por las junturas de mal cerrados postigos, la caballería dispersa de la batalla de los Corrales, en funambulesca fuga, chapaleando el barro de aquel Junio lluvioso. Vi jinetes, llevando a la grupa de sus caballos hombres heridos, algunos atravesados en la montura, colgantes a uno y otro lado sus brazos y piernas que golpeaban las paletas del animal al galope. Vi las cabalgaduras atropellarse las unas a las otras y oí las palabras soeces de los soldados. Muchos de ellos llevaban la frente ceñida con vendas ensangrentadas; los más montaban en pelo, y algunos empuñaban lanzas improvisadas con cañas tacuaras y tijeras de esquila.

Volviendo la vista, en una pieza amplia y alrededor de una mesa alumbrada por débil lámpara de kerosene, las mujeres de tres generaciones, la abuela, las hijas y algunas nietecitas, deshilaban sábanas y llenaban cajas con hilos y compresas. En un rincón, sobre una cómoda, una virgen de busto y una vela encendida. De tiempo en tiempo un sollozo o una musitada oración, recordaba que había gente en la sala.

Una cuestión de política constitucional, estableciendo la sucesión en el mando, dentro de las normas de la carta fundamental, e imponiéndolas contra la rebelión de Buenos Aires y Corrientes.

Una cuestión de política interna, con la desaparición de los partidos tradicionales, que se perpetuaban bajo diversos nombres en las distintas épocas; y la formación del nuevo Partido Autonomista Nacional, que había de regir los destinos del país con criterios y procedimientos nuevos.

Una cuestión internacional, preparando la fórmula que concluyó, en el siguiente año, con la amenaza de guerra con Chile, por el viejo pleito de límites.

La cuestión capital de la Nación, fijando definitivamente el asiento de las autoridades federales, en territorio propio, y concluyó con la veleidad porteña de supremacía sobre el resto de las provincias.

Y por último, en este año de 1880, terminan las dificultades económicas, que angustiaron la presidencia de Avellaneda, castigando a la República como un reflejo de su situación política.

No es posible encontrar una mayor concurrencia de hechos trascendentes, en tan breve tiempo.

Y nada quiero decir de la transformación social de Buenos Aires, que data también de esta época.

No he querido "hacer historia", ni he sentado tesis, ni procuro dar enseñanza. He intentado presentar un cuadro, con idea de llevar sobre él la vista de la gente estudiosa y despertar su curiosidad. Si, como consecuencia de ello, alguno escudriñara mejor esta interesante etapa de nuestro pasado reciente, quedaría ampliamente compensado.

AMADEO GRAS.

## POESIAS

### LA PALABRA.

QUERÍA una palabra que nombrara  
La milagrosa realidad del hecho,  
Palabra en flor, purísima  
Como la luz del sol, y no la encuentro.

Hiende con el esquife de tu anhelo  
El cristal de mis ojos que te copian,  
La palabra está en mí como el color  
Está en la rosa.

### EL SILENCIO.

EL silencio tendía entre nosotros  
Un agua lila y trémula, ¿te acuerdas?  
Las horas, lentamente, deshojaban  
Su racimo de estrellas.

Y un ritmo de armonías infinitas  
Se mecía, incansable, entre las almas,  
Era un silencio musical y en él  
Maduraba el amor sin la palabra.



## SALMO DE AMOR.

**I**BAMOS por la calle de álamos, lentamente  
 Como si nos pesara la dicha de la vida...  
 Larga, hacia el horizonte la profunda avenida  
 Claros lilas, y manchas de sol, atrás y enfrente.

Como en otra niñez, abolido el pasado,  
 Renacíamos, nuevos, de cada paso lento,  
 Y el rumor de las hojas y el verde perfumado  
 Eran nuestra emoción medida por el viento.

Silenciosos, lo mismo que un perdón otorgado  
 Con amor, no teníamos una historia distinta;  
 Nada estaba perdido, nada era consumado  
 Salvo la antorcha de oro del sol, ya casi extinta.

La dicha de la tierra cabía en nuestra mano,  
 Y éramos cual dos ciegos que se ven con el alma  
 Y se aman con la voz; nuestro fervor humano  
 Tenía las palabras que se dicen en calma.

Cada cosa cantaba su afirmación; la misma  
 Tristeza de existir solamente ese instante  
 Coloreado en el iris de un fugitivo prisma,  
 Contenido en la arena de la avenida errante.

La eternidad que puede contenerse en lo que huye,  
 Se detuvo en nosotros y afirmó lo infinito,  
 Lo que burla las formas, lo que no se destruye,  
 Lo que triunfa a la vez del silencio y del grito...  
 .....

Hoy, en la innumerable belleza de las cosas  
 Revivo esa dulzura que con los días crece,  
 Y ante el rosal que sangra de espinas y de rosas  
 Me digo: es el Amor que sufre y que florece.

Y en el viento que orca mi sien con la dulzura  
 De una mano querida sobre un rostro que abrasa,  
 Tu recuerdo me dice con profunda ternura:  
 Es el Amor que pasa.

En el campo, amarillo de frío, que contiene  
 La forma adormecida de una azul primavera,  
 Murmura el aire helado que entre la escarcha viene:  
 Es el Amor que espera.

De la amapola roja crecida en una tumba,  
 Vuela la abeja de oro, sedienta, y me sugiere  
 Con su aguijón de llamas y su inquietud que zumba:  
 El Amor nunca muere.

Sí, Amor innumerable, pasajero que emigras  
 A través de las formas, inmutable en la esencia,  
 También en mí te infundes, también a mí trasmigras  
 Con divina vehemencia...

#### EL SECRETO.

**D**ESDE que vivo en tu amor,  
 Mi compasión de las almas,  
 Mi comprensión de las cosas,  
 Tiene una dulce nostalgia.

El mundo luce el azul  
 Religioso de una estampa,  
 Y mi amor se multiplica  
 En las rosas y en las llamas.

¡Cuántos matices descubro  
 En las sombras azuladas,  
 Cuántos colores me entrega  
 La luz que en el agua canta!

Junto a mí, transcurren, dulces,  
Las amigas, y me llaman:

—Mira, que empieza la fiesta  
Y aroma el óleo en las llamas,  
Y en los jardines florecen  
Luna, luciérnagas, lámparas;  
Y ya canta el ruiseñor  
Y maduran las granadas;  
¡Ciñe túnica de fiesta,  
Ajusta ajorcas de plata  
Y adórnate los cabellos  
Como una noche encantada,  
Donde perfumen jazmines  
Y ardan estrellas de plata.  
A la fiesta del Amor,  
No entra quien se retarda.  
Te espera el amor feliz;  
¿Por qué no vienes, qué aguardas?

No respondo. La dulzura  
De mi secreto se calla,  
Como la perla en la herida,  
Como la espada en la vaina,  
Como el lucero en el día,  
Y el gran amor en el alma.

## EL PRIVILEGIO.

**A**LZO a lo insigne la mirada quieta;  
Que una contemplación igual nos una  
En el mar de la tarde azul violeta  
En la playa remota de la Luna.

Luego humillo la vista que se cansa,  
 Y tu recuerdo llora en el rocío;  
 ¡Ay, de mí!, lo creado y lo vacío  
 Viven de tu alma como mi esperanza.

El privilegio del amor es fuerte;  
 Me entrega el universo para amarte  
 Me promete lo eterno con la Muerte,

Me descubre la vida con el Arte;  
 Y a pesar de la gloria que lo asiste,  
 El privilegio del amor es triste.

#### DESPUÉS.

QUE dominen la Vida los que un día  
 Florecerán después de mí; Dios quiera  
 Que les sea posible la armonía,  
 Noble el amor, feliz la primavera.

Y que dancen su amor, que la alegría  
 Universal, turbe mi paz severa,  
 Como una rosa sobre un ara fría,  
 Como una boda en una iglesia austera.

Yo volveré, invisible, del olvido,  
 Y miraré los soles del verano  
 Sobre la tierra clara en que he vivido.

Y entre vides y rosas, a mi vera  
 Pasearán los amantes de la mano  
 Como él y yo, en la misma primavera.

## ALBA DE LUNA.

**A**MADO: mira el alba de la Luna...  
Su traslúcido azul la tierra baña;  
Es un amanecer en el silencio  
De la montaña...

¡Qué profunda dulzura en los azules,  
Qué divino silencio, qué armonía!  
La lumbre de la Luna nos define  
Un amor de perfecta poesía.

Amor: Cuando en tu cumbre ya era día,  
En el valle mecíase mi cuna;  
¡Sobre tu vida, cuántos soles, antes!  
¡Yo llegué con el alba de la Luna!

De valle en valle, vino a mí tu canto,—  
Tal vez un día me arrulló en la cuna—  
Bajó de la montaña en esta hora.  
Amado: mira el alba de la Luna.

MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ.

Buenos Aires, 1934.

## LA DECADENCIA DEL DIABLO

**E**L Diablo católico es descendiente del Satán hebreo. Vino del Oriente judaico y se infiltró, transformado, en la cristianidad. Fué oficializado y temido por la Iglesia de Roma. De símbolo moral al principio se convirtió en un personaje concreto y poderoso. Su existencia abstracta no podía satisfacer al pueblo, que carecía de imaginación y de cultura, ni a los teólogos, que necesitaban localizar al adversario. De ese modo, el "maligno", al mismo tiempo que aumentaba su potencia en el mal, se objetivaba en un cuerpo. Ello acentuó el apogeo de su poderío y marcó la iniciación de su decadencia. El primero tuvo por clima la Edad Media, la segunda fué consecuencia del Renacimiento. Su evolución ha seguido, pues, las tres etapas comtianas: teológica, metafísica y positiva.

El medioevo le ofreció la atmósfera propicia. Los doctores de la Iglesia que lo negaron al principio, terminaron por reconocerlo en la hechicería. Se diría que ellos pensaron: si el diablo no existe hay que inventarlo. Y lo fueron creando, dándole todas las formas posibles, como un Proteo cristiano, y todos los poderes malignos, como un Dios al revés. Así resultó una obra colectiva de teólogos eruditos, de jueces exaltados, de vasallos ignorantes y de mujeres libidinosas. Fué un producto híbrido del misticismo, el terror y la superstición. Si antes de ello vivió en el mundo ideal de los símbolos, como un término de la antinomia moral de todas las religiones, a partir del siglo X se fué corporizando para compartir el mundo físico de los hombres. Y es evidente que si no llegó a vivir efectivamente como un ser palpable de la tierra, por esa época actuó como una realidad viviente de la historia.

Ese prodigio de imaginación generadora no podía realizarse sino en la Edad Media. Es la época de la fusión de los con-

trarios. Antes que la psicología la estudiara en el individuo, ella creó un mundo de asociaciones por contraste en la sociedad. El mayor poder del diablo coincide con los siglos de máxima autoridad de Dios. Los hombres creen y temen por igual al divino y al maligno. La Iglesia, entonces, para defender a Dios se vale de una crueldad diabólica. El pobre siervo y el gran señor ponen una vela a Dios y otra al diablo, por las dudas. Hay damas devotas que van al aquelarre y demonios lujuriosos que perturban la pureza del confesonario. El arte místico sufre también esa antítesis y ello explica las audacias esculpidas en las catedrales góticas y las danzas macabras pintadas en los frescos de las capillas. La fe en Dios toma una ferocidad infernal y ello enciende las hogueras del Santo Oficio. La creencia en el Cristo divino de bondad es practicada con un fanatismo cruel. El místico se transforma en soldado; el santo se convierte en verdugo; la religión se hace guerrera con los cruzados. Es la antítesis de Teresa de Avila y de Torquemada: ambos invocando al mismo Dios. Los monjes que combaten a la ciencia fuera de la Iglesia, la cultivan dentro de ella y allí se salvan muchos tesoros. Ellos que luchan contra el paganismo estudian la filosofía griega en los conventos y Tomás de Aquino es un cristiano aristotélico. Los laicos como buenos creyentes esperan la dicha celestial de los justos ofrecida por los sacerdotes para después de la muerte, pero confían también como buenos paganos en la larga vida y el oro fácil anunciados por los alquimistas para los goces de la tierra.

Tal fué la época propicia para el diablo. Sin fanatismo religioso el diablo carece de importancia. Su prestigio proviene de la atracción de lo prohibido. Un mundo donde el demonio fuera la única divinidad, se moriría en el hastío. Y hasta es difícil concebirlo. El es el contraste de sombra necesaria a la santidad. Ambos son como el día y la noche. Pero la noche no es la Edad Media, como suele decirse, pues ella tiene en sí la luz y la sombra: Dios y el diablo confundidos. Lo místico y lo diabólico, lo cristiano y lo pagano se han mezclado. Y ello explica mejor el Renacimiento.

Así se corporizó el diablo cristiano, a despecho de sus antecedentes orientales, entre los siglos X y XV, que son los de

mayor apogeo satánico. Este personaje maligno es el espíritu infernal. Adquirió entonces tal poder que pareció igual a Dios, como si no hubiera perdido la fuerza celestia! de su origen angélico; él llenó de terror el ámbito de la tierra, hizo encender hogueras, dominó alma y cuerpo de muchos pobres mortales, cubrió bajo una sombra con olor a azufre los días atribulados de señores y de vasallos, inquietó a la Iglesia, entró en ella, llegó a la silla papal, penetró en la ciencia, creó la demonología del Renacimiento y fué a perturbar las horas de paz de los santos, como San Antonio, o como lo previene en su "vida" Santa Teresa, a desorientar en el camino de luz inefable de los místicos.

El diablo tiene entonces a su servicio muchos millones de demonios. Hay entre ellos de todas clases: ígneos, aéreos, acuáticos, terrestres. Los hay de todas las formas: hombres, niños, mujeres, plantas, cosas, serpiente, lobo, zorro, puerco, murciélago, gato y el clásico macho cabrío, que recuerda al helenismo. Tiene todos los poderes malignos, es el Sumo Hacedor del mal. Y es tal su poder, sus actos están tan difundidos y son tan inquietantes, que la Iglesia, al principio escéptica o indiferente sobre tales herejías, terminó por aceptarlas y se dispuso a combatir las. Y así se inició contra las brujas la guerra de la Inquisición, bajo la decisión del Papa Gregorio XI, en 1374, y sobre todo de Inocencio VIII, en 1484, cuya bula *Summis desiderantes* es, según Garçon, "un monumento capital donde se encuentra en germen toda la teoría teológica de la magia y de la demonomanía". Por entonces también, hacia 1489, se publicó con aprobación pontificia y universitaria, la obra *Malleus Maleficarum* de Sprenger e Institor, especie de biblia de la demonología.

La sutileza de los teólogos hizo en esto maravillas dialécticas. Era peligroso reconocer tanto poder al diablo, y difícil hacerlo sin comprometer con ello la autoridad de la Iglesia. Pero era indispensable hacerlo para combatirlo con eficacia. El mal era ya endémico. Había que ser implacable. Casi toda la población de una ciudad es condenada y como alguien sugiere sus dudas sobre la lista, otro rechaza la necesidad de distinciones y ordena: "matadlos a todos; Dios ya reconocerá a los suyos". El mundo estaba lleno de deseos satánicos y crueldades inspiradas por el terror.



“Para estar seguro de no ser quemado, no había más medio que ser de los que quemaban a los demás”, ha dicho Pompeyo Gener.

Todo ello en nombre de un dogma y de una dialéctica. Había también alambiques para las ideas. Así cuando se necesitaba establecer los caracteres de lo herético se recurría a este malabarismo ingenioso: “el hombre que invoca a un demonio creyendo no cometer un pecado es hereje comprobado; si él sabe que comete pecado no es hereje, pero merece ser clasificado entre los herejes, considerando que esperar que un demonio pueda decir la verdad es el acto de un hereje”.

Pero tal actitud corresponde a las ideas de la época y la misma ciencia colaboró en la lucha. La medicina fué entonces tan crédula y feroz como la Inquisición. Baste para reconocerlo, pensar en el papel de los médicos en las torturas y en el diagnóstico de la brujería, con la investigación de “la mancha de la bestia”, mancha visible u oculta dejada por el diablo. Si los teólogos tuvieron sus indicios del demonio, enternecedores de ingenuidad, como los 17 signos de Sammarinus, los médicos tenían también una semiología diabólica no menos candorosa. Y esto, aunque atenuado, se puede ver todavía en libros médicos posteriores a la Edad Media. Sólo citaré dos famosos de medicina legal: la obra de Zacchias, del siglo XVII, y la de Belloc, del siglo XVIII, laureado por la Sociedad de Medicina de París, y en los cuales se dedican muchas páginas al diagnóstico de los hechos sobrenaturales y a los milagros. Poseo un ejemplar de Belloc y allí se lee un capítulo dedicado “a los casos que interesan a un tiempo a la religión y a la medicina y se atribuyen al poder de Dios o al del diablo”; todo ello al lado de capítulos llenos de ciencia moderna.

El prestigio satánico tuvo su apogeo en los siglos XIV y XV. Culminó en ellos toda la obra diabólica anterior. El diablo era el enemigo del género humano. Le había perdido en el paraíso y buscaba perderle también sobre la tierra. En esa tarea resultaba tan poderoso como una divinidad capaz de poner en peligro al mismo Dios. El maligno actuaba como “un agente provocador”, según la atinada comparación de Justo Escalante. El hombre, débil criatura de voluntad y carne flacas, caía fácilmente en sus redes.

Pero el miedo es mal consejero. Y el diablo era temido.

Para alejar de él a los hombres, se llegó a exagerar su siniestro poder. A fuerza de temerle no se hizo sino aumentar su prestigio. El era fuerte y ofrecía el placer. Los hombres se tentaron; lo admiraban en la medida que les causaba terror. Así aumentó su ascendiente. Y esto era inevitable, pues el miedo es una forma de respeto. Temer es reconocer una jerarquía, aunque sea la del mal, como en este caso.

Entonces, la Iglesia, que siempre ha tenido una gran sutileza en su política, advirtió el exceso y sus peligros. Los médicos comprendieron su complicidad. Y teólogos, inquisidores y físicos empezaron a rectificarse. Se inició una reacción contra las exageraciones que habían hecho del diablo un personaje omnipotente. Y el maléfico todopoderoso, creado por un miedo del instinto, iba a morir después por obra de un miedo de la inteligencia. Ello fué una realización eclesiástica y laica. Así comenzó la decadencia del diablo.

Ya en pleno siglo XV, antes de la obra de Sprenger, el monje Nider se mostró escéptico sobre la influencia del diablo en las brujas y consideró varios casos de su tiempo como estados enfermizos. Y después, en el siglo XVI, Cornelio Agrippa — médico, aventurero, teólogo y soldado — y sobre todo Juan Wierus — médico también — son los que, sin negar la acción demoníaca, sometieron los hechos a una interpretación patológica. Pero sobre ambos cayó la sospecha de brujería, de la cual no se libró ni el perro del primero, llamado “Señor”.

Estas rectificaciones alentaron el coraje de algunos médicos. Y así, Andrés Laguna se decidió a analizar el unguento que usaba un matrimonio preso por hechicería y comprobó la existencia de cicuta, mandrágora y solanáceas, aptas para producir una embriaguez con delirio onírico que la intoxicada tomaba por realidad de un comercio con el diablo. Y así también el cirujano Pigray, después de examinar como perito a catorce procesadas por brujería, aconsejó “administrarles más bien el eléboro para purgarlas, en lugar de otro remedio para castigarlas”.

La Universidad de Montpellier, consultada en el escandaloso proceso del cura Grandier, de Loudun, negó la posesión demoníaca, pero el acusado fué conducido a la hoguera. Por en-

tonces, los excesos del mismo diablo lo desprestigiaron. A fuerza de difundirse, se hizo familiar. "La brujería es ya un arte, dice alguien, degenera en un oficio, en un comercio. El diablo pone tienda de maleficios servida por sus adeptos".

Esta reacción también se manifestaba dentro de la Iglesia. En el siglo XVII, el jesuita Federico Spée, en su *Trabajo sobre la demonolatría* rectifica muchos errores. Ha visto numerosos casos de cerca hasta la hora de morir, por sus funciones eclesiásticas, y "no sabe qué pensar", pero confiesa que de las personas acusadas "ni una le ha parecido culpable de los crímenes que se le imputaban". Es una afirmación cristalina y valiente.

Por su parte, en un famoso proceso de Logroño contra 53 acusados de brujería, el docto teólogo Pedro de Valencia, adoptaba una actitud de severa prudencia crítica. Y afirmaba al Gran Inquisidor: "Algunas cosas que han confesado los brujos, son ciertas, efectivas y reales, pero ejecutadas sólo por medios naturales; otras no suceden sino en la imaginación de los reos, como los ensueños del dormido, las fantasías de los dementes y los delirios de los enfermos".

Bajo la influencia de tales dudas, no es de extrañar que Montaigne, curioso de todos los meandros del espíritu, se preocupara del asunto. Y en sus *Ensayos*, en el capítulo titulado "De los Cojos", comenta su comprobación personal en casa de un príncipe, donde había varios presos por brujos, entre ellos "una vieja en grado superlativo fea y deforme". Después de ver "de cerca las pruebas", como el Dr. Pigray aconseja el éliboro "a todas aquellas gentes", cita a Tito Livio para afirmar "una perturbación del juicio", recuerda que "la justicia cuenta con remedios apropiados para enfermedades tales" y termina aludiendo a las dudas sobre estos hechos, con esta frase irónica y certera: "Después de todo, es poner sus conjeturas muy altas el cocer a un hombre vivo".

Es comprensible que esas rectificaciones y dudas tuvieran su eficacia. Los juicios por brujería fueron disminuyendo. A ello no fué ajeno, como se comprende, la renovación general de ideas del Renacimiento. Pero hay que llegar a 1682 para que en Francia, bajo Luis XIV, fueran expresamente prohibidos estos procesos.

A partir de entonces, el diablo va cayendo cada vez más en decadencia. El siglo XVIII con los enciclopedistas y el siglo XIX con la psiquiatría, le han disparado el tiro de gracia. Pero simultáneamente la Iglesia le quitó el prestigio siniestro que le había creado. Sus supuestas posesiones son simples casos de inmoralidad o de enfermedades. La histeria, por sus simulaciones llamada "la bonne a tout faire" de la patología, tuvo el mismo papel en la brujería. Diversas formas de locura hicieron casi todo lo demás: débiles, confusos, delirantes, sin que aquí interesen los detalles técnicos. La sugestión del ambiente y del inquisidor hizo el resto. Hay aún en todo esto algunos misterios, pero no son diabólicos. Y queda todavía ese mundo penumbroso e imantado del ocultismo y la metapsíquica.

El diablo de las hechiceras ha perdido así su forma y su poder. Ya no es tan invocado ni temido. La brujería no es hoy un problema religioso, sino un producto de la superstición colectiva o de la patología mental. Cuando una devota refiere escenas de posesión demoníaca, los confesores eclesiásticos de hoy no piensan en el Santo Oficio y le aconsejan la consulta con un psiquiatra. El orgiástico Sabat del aquelarre se ha convertido en el Sábado Inglés del higiénico "week-end".

Con su decadencia el diablo ha perdido también su realidad física hipotética. Ha vuelto al mundo de los símbolos morales, donde antes vivió. Por eso para algunos persiste tan sólo idealmente como una representación del mal. Es tal vez, en fin de cuentas, un fantasma creado por la conciencia cuando teme reconocerse. Como en un camino de Damasco al revés, hoy suelen encontrarlo algunos buscándose a sí mismos. El hombre lo crea en su interior; ese es su drama eterno, pues él es una dualidad y una antinomia. De los vencidos en ese conflicto, unos caen en la neurosis o la locura y hacen su propio dolor; otros caen en la maldad o el delito y causan el dolor ajeno.

NERIO ROJAS.

## EL SENTIDO MORAL DEL AMOR EN SCHELER

**M**AX Scheler parece renovar en nuestra época, en cierto sentido, el espíritu filosófico de un San Agustín, de un Pascal, tanto por la poderosa influencia que estos pensadores cristianos han ejercido sobre él, como por su especial reconocimiento de *un orden, una lógica del corazón*, no como necesariamente opuesta a la inteligencia sino igualmente valiosa, si queremos apreciar la vida en su verdadera esencia y valor.

Por lo demás, la filosofía de Scheler constituye un admirable esfuerzo tendiente a superar, por una parte, el psicologismo dominante en los últimos años del siglo XIX, como todo intento de racionalización extrema en que se resuelve esa tendencia antes apuntada en un cierto sector del pensamiento filosófico contemporáneo.

Hacemos aquí especial referencia al intuicionismo esencial de Husserl que deja subsistente el problema de lo irracional —por lo demás tan valorizado en la actualidad— encerrando el mundo todo de las esencias en el estrecho marco de lo inteligible, de lo lógico.

El método fenomenológico, que no conduce necesariamente al idealismo fenomenológico de Husserl, en su concepción del yo puro, fundamenta en Scheler la intuición en un orden diverso, el *orden emocional*, mediante el cual aprehendemos un mundo de esencias carentes de toda significación lógica, los valores, irreductibles a todas otras esencias y sólo accesibles a los actos de la vida emocional, que se traduce ante las cosas del mundo, en un estado afectivo de estima o desestima, amor u odio, de carácter pasivo, en un todo independiente del acto intelectual y regido por leyes propias, necesarias y *a priori*.

Ya Brentano, inspirado en Descartes, distingue en la conciencia, cuyo modo de ser esencial lo constituye su "intencionalidad", tres formas de fenómenos psíquicos: representación, juicio y emoción. Así pues, la vida emocional por su naturaleza misma la constituyen actos, y actos tan elementales y primarios como los juicios y representaciones y no meros sentimientos o tendencias oscuras como pretendía la moderna psicología empirista predominante hasta fines del siglo pasado.

Compenetrado íntimamente de la verdadera esencia de nuestra vida, y apoyado en Brentano y San Agustín y sus continuadores, se esfuerza Scheler en elevar los actos de la vida emocional a la posición que justamente les corresponde a un mismo nivel de los actos de conocimiento, reconociendo un grado de intencionalidad propia de los estados afectivos, contrariando el pensar filosófico en general que desestima la vida emocional considerándola, o bien como un estado independiente e irreductible a lo intelectual, aunque de naturaleza inferior (Bergson, Schopenhauer), o reconociendo sólo una diferencia de grados entre las ideas y los sentimientos como Espinosa, Leibniz y en general las tendencias filosóficas de los siglos XVII y XVIII.

Como nuestro propósito se concreta a una referencia al valor moral del amor, dejaremos toda otra consideración respecto a la filosofía scheleriana, por lo demás, tan rica en sugerencias valiosas. Sólo haremos notar que el irracionalismo en Scheler acusa límites extremos. Su afán antiintelectualista le lleva ya no sólo a admitir la irreductibilidad de lo intelectual a lo emocional sino hasta invertir la tesis comúnmente admitida de una primacía del intelecto y afirmar, por el contrario, la primacía de lo emocional. En este sentido Scheler va más allá de todo otro pensador antiintelectualista de nuestra época.

Aun cuando no llevado a tales límites, el irracionalismo no es una posición exclusiva del pensamiento scheleriano. Por el contrario, caracteriza a toda una tendencia fundamental de nuestro tiempo, expresada en diversas formas y contrapuesta al racionalismo como concepción general de la vida y de la realidad que se extiende desde Descartes hasta Kant y aun después de éste y hasta nuestra época, pero en ramificaciones cada vez más débiles y desfallecientes.

No quiera interpretarse esto como si las tendencias filosóficas actuales nos llevaran a una negación absoluta del valor esencial de la razón. Sólo cabe destacar la insuficiencia de ésta por sí misma para llevarnos a la comprensión justa y adecuada de los elementos últimos de todas las cosas objetos de nuestro conocimiento. N. Hartmann y contemporáneamente Ortega y Gasset en su admirable ensayo *Ni Vitalismo ni Racionalismo* han destacado con precisión y valentía esta insuficiencia del racionalismo que en sus determinaciones conceptuales nos lleva precisamente a enfrentarnos al cabo del proceso con ese elemento último que, en tanto que irracional, por su esencia misma escapa a la razón y sólo es posible aprehender intuicionalmente.

Orientada en un sentido particularmente ético, la filosofía de Scheler trata de superar el empirismo moral como el formalismo moral kantiano o toda ética racionalista generalmente admitida en una u otra forma.

Su tan discutida tabla apriorística de los valores, su individualismo espiritual contrapuesto al universalismo imperante en ciertos sectores y en particular su teoría del amor y de la vida emocional en general, dan al pensamiento scheleriano un sello de originalidad difícilmente evidenciado por pensadores contemporáneos.

Con todo, su pensamiento no aparece uniforme. Su espíritu inquieto y accesible a toda sugestión extraña o a una más profunda elaboración de los problemas, no parece conformarse con las conclusiones arribadas. Más de una vez debe rectificarse en ellas. No debe esto tomarse como motivo de reproche en Scheler. Justamente ello valoriza en más su posición filosófica. Por lo demás es éste un índice revelador de la afinidad del pensamiento scheleriano y el sentido general filosófico propio de nuestro tiempo. Un enfrentarse con los problemas múltiples, un ir y venir sobre ellos buscando soluciones, es, sin duda, actitud más profunda y sincera que el afán totalizador del sistema, que en particular caracteriza al idealismo alemán del último siglo, que anticipaba soluciones de validez absoluta en su necesidad de encerrar la realidad entera en el todo orgánico de un sistema.

Como quiera que los escritos en los que se ha hallado consignada la última evolución de su pensamiento —en lo que pudiera afectar

a su teoría general del amor— no han llegado aún hasta nosotros, tendremos en consideración sólo sus obras anteriores y en particular, por lo que toca a nuestro propósito, a *Esencia y formas de la Simpatía*, una de las obras más originales y valiosas de nuestro tiempo.

\*

A la vida emocional corresponden una serie de actos de "simpatía intencional" que ofrecen valor y modalidades diversas, admitiendo por lo demás entre sí una relación tal que las formas inferiores condicionan las superiores, culminando todas en el amor como la forma más elevada y suprema de la vida emocional. En la obra ya citada analiza Scheler fenomenológicamente las diversas manifestaciones de la simpatía. Aun cuando brevemente, hemos de referirnos a ellas en cuanto nos servirá para destacar el carácter esencial del amor en el sentido scheleriano.

Previamente es preciso distinguir las diversas formas de simpatía de cierto sentimiento más o menos semejante con el cual se la ha confundido comúnmente. Es el sentimiento nacido por "contagio" de los estados afectivos de otros, por ejemplo de una multitud invadida por el temor, la cólera, en cuyas circunstancias los estados afectivos que experimentamos por imitación se nos ofrecen como propios.

Encuadrada dentro del término genérico de simpatía pero sin constituir en realidad una forma de simpatía verdadera, coloca Scheler la "identificación o fusión afectiva", que puede ofrecer dos formas opuestas: la forma o tipo ideopático, en el cual el yo de otro es absorbido o asimilado consigo mismo y el heteropático en que por el contrario el yo propio se identifica con otro yo hasta verse despojado de toda individualidad. Scheler distingue una serie de muy variadas formas donde en mayor o menor grado se realiza la fusión afectiva, entre las cuales cabe destacar ciertos fenómenos de identificación que caracterizan la mentalidad primitiva, puestos en evidencia por Levy-Bruhl, Durkheim y otros, y que fundamentan las instituciones totémicas estudiadas detenidamente en los últimos tiempos. Para Scheler todas estas formas de fusión o identificación afectiva se realizan en la parte de nuestra constitución que él llama "centro o esfera vital", que



puede diferenciarse, tanto de un centro espiritual, persona, como de un centro o esfera somática de las sensaciones y sentimientos puramente sensoriales. Por lo demás, se realizan siempre obedeciendo a una causalidad vital, que difiere tanto de una motivación racional y finalista como de una causalidad mecánica.

Estos estados afectivos nos llevan, según Scheler, a la intuición de una *unidad vital* que, supera los centros vitales individuales, es decir, "una unidad suprasingular de la vida orgánica". Pero este sentido unitario, universalista de la vida en Scheler, no va más allá de la esfera puramente vital. Al yo en tanto que *persona*, es decir, como centro espiritual, no le es dable intuir tal unidad, lo cual sitúa a Scheler en abierta oposición tanto al monismo psíquico-espiritual de Bergson, Driesch y otros, como, y particularmente, a la metafísica monista de un Hegel o Ed. von Hartman, basadas en la identidad esencial de todos los seres, reales en apariencia, pero que no son sino diversas manifestaciones de un todo universal. Pero, como ya hicimos notar, ni aun esta identificación afectiva constituye en realidad una verdadera simpatía intencional. Esta presupone *la conciencia, el sentimiento del yo, de la existencia de otros yo distintos y de la distancia que a ambos separa*. Sólo así es posible la comprensión de los estados afectivos ajenos y, más que ello, una verdadera *participación* afectiva que implique un acto de verdadera simpatía.

La comprensión puede quedar dentro de los límites de un simple conocimiento, en cuyo caso podemos concebir, revivir los sentimientos del otro sin experimentar por él simpatía alguna. Tal el caso, dice Scheler, del historiador, novelista, dramaturgo, que deben poseer en grado sumo el don de revivir los sentimientos de sus personajes, pero sin que experimenten necesariamente simpatía alguna por ellos.

En resumen y en términos generales, un acto de simpatía verdadera sólo es posible en tanto que existe en primer término una conciencia de nuestro yo y del yo de los otros, y en tanto que comprendemos y por sobre ello *actualizamos* en nosotros un sentimiento, un estado afectivo de otro yo, sin que por ello perdamos nuestra individualidad ni tampoco absorbamos el yo ajeno en nuestro propio yo.

Este aspecto característico de la simpatía se nos ofrece como una de las más valiosas contribuciones de Scheler a la investigación fenomenológica de la vida emocional. Sólo en este supuesto puede otorgarse a la simpatía, en sí misma, un valor moral ya que ella nos lleva a superar el egoísmo inherente al ser primitivo. “La simpatía nos lleva a suprimir la ilusión que forma parte integrante de nuestra primitiva concepción del mundo; la participación afectiva toma su gran importancia metafísica del hecho que ella suprime esta ilusión natural que yo llamaría *egocentrismo*.”

En la simpatía intencional se basa pues la intuición de los otros y psíquicos. Las dos teorías comúnmente admitidas en lo que respecta al conocimiento de los yo ajenos reposan, según Scheler, en el equívoco fundamental que supone el admitir que lo que nos es dado en primer término es nuestro propio yo y sus experiencias psíquicas. En este supuesto la teoría análogica pretende que sería la percepción en otros cuerpos de movimientos o expresiones análogas a aquellas por las cuales se expresa nuestro propio yo, lo que por un juicio analógico nos llevaría a admitir la existencia de actividades análogas en el yo de otro. O bien, como en la teoría preconizada por Th. Lipps, según el cual la existencia de los otros yo no sería sino una ilusión nacida de una especie de “fusión afectiva” de nuestro propio yo con las manifestaciones corporales de los otros.

Para Scheler una y otra teoría parten del equívoco fundamental antes apuntado, que las lleva a la negación de la existencia de los yo psíquicos de los otros.

Basada en el método fenomenológico la investigación sobre el conocimiento de los yo ajenos —ya sea considerados aisladamente o en forma colectiva— lleva a Scheler, ya no sólo a admitir la existencia del yo psíquico de los otros, sino hasta reconocer que en la “percepción interna”, que puede referirse tanto a nuestro yo como al yo ajeno, la realidad de éste se da de una manera previa a la del nuestro propio yo.

En la última parte —quizá la más valiosa— de la obra antes citada, fundamenta Scheler su crítica a estas dos teorías que evidencian haber abordado equivocadamente el problema en una forma realista y no fenomenológica; y paralelamente desarrolla

Scheler su propia teoría, profunda y originalísima, destacando por lo demás la importancia fundamental que este problema posee —ya sea en la relación de un yo con otro, como de un yo con la colectividad entera— en tanto que debe estimársele como un problema *de valor*, de orden a la vez ético y jurídico. Las teorías de Munsterberg, A. Riehl, H. Cohen y otros, se inspiran justamente en premisas de orden moral o jurídico y en ellas basan la convicción de la existencia de los otros yo.

Como quiera que toda referencia en este orden escapa al propósito que nos anima, dejaremos toda consideración al respecto, concretándonos al valor moral que así entendida adquiere la simpatía en el pensamiento scheleriano.

“El egoísmo como egocentrismo del ser en sus actitudes voluntarias y prácticas es la consecuencia de nuestra oclusión del corazón y del alma; y ésta obedece a la ilusión que nos forjamos del mundo real, considerando los otros seres como faltos de realidad; es decir, importa una actitud egocéntrica en general”.

\*

Superando las formas simples y elementales de la vida afectiva —que actúan como causas condicionantes según nos revela la historia misma— es en la simpatía donde nosotros adquirimos por lo demás la convicción de la igualdad de nuestro yo vital y el de los otros. Y en esta misma convicción se basa y fundamenta el amor a la humanidad.

El amor a la humanidad constituye una forma superior de la simpatía, condicionada por ésta y situada en un rango inmediato inferior al del amor personal.

El amor a la humanidad posee una esencia propia que lo caracteriza. En tanto que amor, se refiere a valores positivos, en este caso los valores positivos que son propios al hombre como tal, es decir el *valor específico humanidad*, que lo distingue tanto de los animales —que pueden ser objeto de simpatía verdadera— como del *yo persona*, y en particular de Dios, “persona de las personas”, poseedor de valores específicos distintos y también superiores a aquellos.

En su *Resentimiento en la Moral*, Scheler se ha expresado

condenando el amor a la humanidad, particularmente el que fundamenta la filantropía moderna, como una forma de amor nacida a expensas y en detrimento del amor espiritual de las personas.

Para Scheler era aquel sólo un producto del resentimiento y no tenía su base en el espíritu humano. Más tarde debió rectificarse de este juicio equívoco del humanitarismo por lo menos en cuanto a su origen y su valor, pero dejando subsistente su crítica condenatoria a este amor a la humanidad llevado a la exaltación y con un desconocimiento casi absoluto de la verdadera esencia del hombre como se manifiesta en múltiples ocasiones en la moral moderna.

Para Scheler el verdadero amor, como veremos más adelante, se realiza de persona a persona. Las teorías naturalistas ven en las distintas formas del amor: a la familia, a la patria, a la humanidad, grados diversos del mismo amor, tanto mayor cuanto más grande en número sea la estructura social hacia la cual va dirigida. Por el contrario, en Scheler, el amor es tanto más intenso cuanto más individual sea su objeto. La familia, la patria, el estado, son objetos de amor sólo en tanto que "personas complejas" en la misma forma, pero en menor proporción que la persona individual. "La humanidad en tanto que "masa" no puede ser objeto de amor contrariamente al principio sustentado en la moderna filantropía. Pero no así "la humanidad como individuo", que puede ser objeto de amor: pero el valor humanidad no existe sino por y en Dios, lo cual implica que el único medio de amar a la humanidad-individuo es por intermedio de Dios. El verdadero amor a la humanidad reposa en el "amor a Dios".

En realidad y dentro de los límites que le corresponde, no sólo reconoce Scheler, posteriormente, el valor del amor a la humanidad, sino que, según él, debe estimarse como acto previo y necesario para que pueda realizarse el amor espiritual o personal y el amor a Dios.

El amor a la humanidad condiciona pues el amor a la persona espiritual, pero este amor sólo es posible en tanto que al impulso amoroso del ser que ama corresponde un abandono *voluntario*, un abrirse a ese amor, de la persona amada; pues si

bien podemos conocer el yo vital y psíquico de una persona, aun involuntariamente, por sus actos, su lenguaje, sus expresiones, el yo espiritual queda cerrado a nosotros si éste no se entrega a su vez en el acto de amor.

Que el amor espiritual es condicionado por el amor a la humanidad se evidencia, según Scheler, bajo el punto de vista histórico, en el advenimiento del Cristianismo, en el cual el amor de la persona espiritual que le caracteriza fué sólo posible gracias al sentido de la humanidad de los últimos profetas como opuesto a la jerarquía del amor de la Antigüedad griega y romana.

Tanto como el amor espiritual de la persona, este amor de la humanidad condiciona el amor a Dios, ya que éste debe estimarse “no simplemente un “amar a Dios” que conocían ya Platón y Aristóteles, sino un “amar a Dios”, en tanto que él es experimentado y pensado como siendo condicionado por el amor previo de Dios por el hombre”.

\*

Al referirnos al amor a la humanidad hemos enunciado ya algunos caracteres específicos del verdadero amor. Pero antes de determinar lo que constituye su esencia íntima es preciso, según Scheler, destruir un equívoco tan común como lamentable, característico de la moral inglesa contemporánea que reduce el amor —y su opuesto necesario, el odio— a la simpatía, hasta otorgar el primer lugar a ésta, colocando en lugar del amor a la “benevolencia”. Para Scheler la benevolencia como tal no es amor.

El amor no es necesariamente un bien. Se dirige a los valores positivos o bien a cosas de las cuales no puede hablarse de benevolencia: la belleza, el arte, Dios mismo. La benevolencia tiende hacia un fin: el bien del otro. El amor por el contrario no tiende a ningún fin; es como veremos más adelante, un movimiento hacia los valores positivos, pero la existencia o no existencia de este valor no importa al amor considerado en su esencia misma.

Muy lejos está pues el amor de una finalidad cualquiera.

¿Qué puede querer, dice acertadamente Scheler, una madre que contempla amorosamente a su hijo adormecido?, ¿qué buscamos, que pretendemos realizar en el amor a Dios?

Es verdad que el amor puede implicar una tendencia, un deseo con respecto al objeto amado, pero como tal, tomado en sí mismo, carece de toda finalidad. Por lo demás, una tendencia, un deseo se calma cuando su propósito queda cumplido. El amor, por el contrario, no se detiene nunca, penetrando cada vez más profundamente en el objeto amado, realizando los valores positivos que éste puede conservar ocultos de un modo potencial. Por otra parte la simpatía es siempre una función reactiva y presupone una actitud posible semejante en la persona objeto de nuestra simpatía; es decir, se refiere siempre a seres capaces de sentir. El amor, por el contrario, es un acto espontáneo que no reconoce esta limitación.

La relación entre la simpatía y el amor es afectada por un carácter que posee el valor de una ley. La simpatía para ser verdadera presupone el amor. Es verdad que es posible experimentar simpatía por aquel a quien no se ama, pero es imposible no experimentarla por aquel a quien se ama. En el primer caso la simpatía no posee sentido moral alguno, y en tales condiciones —por ejemplo, en cierta forma de piedad— acusa un efecto deprimente para el objeto de nuestra simpatía. Se experimenta en tal caso, dice Scheler, un sentimiento de humillación, de orgullo herido; así es como para Nietzsche la piedad hace desgraciado a aquel que es su objeto. Pero esto no es verdad sino en la piedad sin amor.

¿En qué consiste pues el amor? ¿Cuál es su esencia íntima?

El amor, como su opuesto el odio, no admite definición; sólo es posible aprehenderlo intuicionalmente.

“En tanto que ellos constituyen los elementos esenciales e irreductibles de ciertos actos, el amor y el odio son accesibles a la intuición, pero no se prestan a la definición”.

Pero en la investigación fenomenológica del acto de amor nos es dable aprehender, según Scheler, su esencia íntima.

En primer término, el amor no es nunca un acto racional. El acto de vida emocional que comporta el amor es siempre, por su esencia misma, irreductible a lo racional. En este sentido Scheler se opone a las teorías comúnmente admitidas, según las cuales otorgamos el amor a aquellos objetos o personas cuyas

cualidades o valores hemos previamente aprehendido de un modo intelectual.

Se constata la falta de racionalidad del amor, dice Scheler, en el hecho evidente de que difícilmente podemos fundamentar las razones de nuestro amor o nuestro odio; y por otra parte la posesión en un objeto de aquellas cualidades que hemos determinado racionalmente como capaces de provocar nuestro amor en otros objetos, no llega a provocarnos igual sentimiento. No son los valores inherentes a los objetos los que despiertan nuestro amor hacia él; por el contrario, es nuestro amor el que nos hace ver en el objeto amado valores positivos que hasta entonces pudieron quedar ocultos.

Lo que caracteriza esencialmente el amor es que, lejos de ser una actitud contemplativa, es como en Platón un *movimiento*, movimiento que según Scheler se dirige de los valores inferiores a los superiores y a favor del cual "el valor superior de un objeto o de una persona se impone súbitamente a nosotros como una inspiración".

En el acto de amor percibimos los valores positivos de la persona amada, pero para que esta percepción se produzca no es preciso que sea objeto de amor, pues sin él podemos percibir esos valores. Pero lo que caracteriza el acto de amor es que a esta percepción se agrega un *movimiento intencional* hacia los valores cada vez más altos, valores que en todo caso *pueden sólo existir potencialmente, pero no dados aún como cualidades positivas*.

Por el amor nos formamos así una imagen ideal de su valor que aun cuando no alcanzada en nuestra percepción, es al mismo tiempo verdadera y real.

Sin embargo no debe estimarse el amor como *creador de valores*, en cuanto que para Scheler el reino de los valores es eterno e inmutable. El amor es sólo creador de *una existencia en relación con nuestra percepción, nuestra preferencia, nuestro querer*.

Por su esencia misma el amor es, como vimos antes, un acto que se dirige a los valores y sólo tiene por objeto el hombre en tanto que poseedor de valores y capaz de elevar esos valores a grados cada vez más altos.

Ciertas teorías naturalistas del amor pretenden que el objeto originario del amor es el hombre. El amor a la naturaleza, en general, así como a la obra de arte, la ciencia, etc., sería posible sólo en tanto que les atribuímos los mismos procesos vitales humanos, o en cuanto son considerados como forma de expresión de la vida humana o medios capaces de favorecerla. Estas teorías, dice Scheler, reposan en un desconocimiento absoluto de la verdadera esencia del acto de amor.

Precisamente la naturaleza es objeto de amor en aquello que no tiene nada de humano; la obra de arte en tanto que, como tal, posee valores propios fuera de lo específicamente humano y que es capaz "de elevar el hombre en tanto que hombre más allá de sí mismo". Esto es particularmente válido con respecto a Dios, objeto de nuestro amor, no en tanto que "*sombra del hombre en el universo*" como pretendía Feuerbach, sino precisamente por aquel excedente a lo humano que caracteriza su esencia misma. (R. Otto ha analizado detenidamente este excedente esencial de Dios que llama "lo numinoso" en su obra *Lo Santo*).

Así, pues, para Scheler, el amor se dirige a los valores positivos y se caracteriza como un movimiento.

"El verdadero amor a ciertos objetos portadores de valores no se realiza sino cuando se produce un movimiento hacia el valor más alto del objeto amado, y ello sin ninguna consideración con respecto a la cuestión de saber si este valor más alto existe ya (pero no es todavía "percibido o descubierto"), o no existe todavía pero "debe existir" (en el sentido ideal individual, no general de la palabra)". Es precisamente en la actitud indiferente con respecto a esas dos eventualidades donde reside el rasgo esencial y característico del amor".

El amor no es, pues, una actitud caracterizada por la búsqueda de valores nuevos y cada vez más altos en el objeto amado, ni tampoco debemos estimarlo como un esfuerzo para *elevar* el valor del objeto tratando de favorecerlo deseándole el bien. Todo esto puede en realidad ser una consecuencia del acto de amor, pero no el amor mismo. No existe una tendencia hacia un fin determinado y representado por un valor superior; por el contrario "es el amor mismo que, en su movimiento, hace



surgir el valor superior del objeto amado como si emanase de él, pero sin la menor intervención del sujeto amante”.

El amor no tiende, como se supone, a idealizar el objeto amado creando nuevos valores o a crear una ilusión relativa a ese objeto ocultando los defectos y estimulando las cualidades positivas; el amor ve los defectos, pero a pesar de ello ama. El amor no es, como vimos, una búsqueda de un valor superior, sino que “aspira a la elevación de un valor”. En el primer caso el valor debe ser previamente intuido según su cualidad ideal; en el verdadero amor, por el contrario, lejos de ser previamente dado no se revela sino en el curso o más exactamente al término de ese movimiento.

El amor se dirige sobre los objetos *tal como ellos son*. Esto es para Scheler incontestable; lo cual implica la negación del principio “tú debes”, sentido imperativo que desnaturaliza la esencia misma del amor.

Pero la expresión “tal como ellos son” no está exenta de equívocos, de aquí que Scheler se esfuerza en precisar su verdadero sentido. “*Deviene lo que tú eres*”, he aquí, según Scheler, la expresión de “una existencia ideal que corresponde al carácter esencialmente dinámico del amor, que difiere de un amor hacia los valores de los objetos tal como son considerados empíricamente, tanto como de una existencia ideal fundada en el imperativo “tu debes”.

En resumen, para Scheler el amor debe estimarse “como un movimiento gracias al cual todo objeto individual y concreto portador de valores, realiza los valores más altos compatibles con su naturaleza y su destino ideal”.

\*

El amor se dirige hacia toda clase de objetos, cualquiera que sea su valor. Pero para que este amor adquiera un carácter moral es preciso que el objeto hacia el cual se dirige posea un valor determinado: el valor persona.

El amor de lo bello, el amor del conocimiento, no adquieren por sí mismos valor moral sino en cuanto son actos de la persona. El amor al “bien” considerado en la Antigüedad como esencialmente moral, es para Scheler un equívoco y un

contrasentido. El bien, por sí mismo, no puede ser objeto de amor, como el mal de odio; esto nos llevaría a experimentar el odio hacia todos los malos y el amor hacia los buenos sentimientos, principios que animaba la Antigüedad en pugna con el sentido moral cristiano y que sin necesidad de ser tal, vive en nosotros impulsándonos al amor sin distinción y hasta acentuándolo hacia los malos de una manera particular.

La bondad de una persona, dice Scheler, se mide por el grado de amor que ella posee. El amor es en sí mismo el portador del bien moral que se manifiesta en ese movimiento de los valores inferiores a los superiores; de aquí el contrasentido que implica amar el bien en cuanto que ello significaría amar el amor que dirigimos a otra persona.

Según estos principios, el malo lo es en cuanto carece de ese movimiento amoroso que es en sí mismo *bien moral*, y ello en cuanto a su vez esa persona se halla falta del apoyo que significa el amor de los demás hacia él. En tal forma existe entre las personas "un principio de solidaridad de todos los seres morales" en cuanto que todos somos responsables del valor moral de cada uno y cada uno de todos sus semejantes. Estos postulados son verdaderos, dice Scheler, independientemente del contacto empírico entre los hombres. "Existe entonces una falta moral colectiva y un mérito moral colectivo; una falta y un mérito imputables a la comunidad moral de las personas como tales, es decir, considerada como representando alguna cosa más que la simple suma de valores de los seres individuales que la componen".

Dijimos que el amor a los valores no es por sí un acto moral, como el amor por el arte, la naturaleza, etc. El verdadero amor se da únicamente de persona a persona.

Pero el concepto de persona en Scheler difiere fundamentalmente del sentido común asignado a esa expresión. Scheler la define como "una unidad concreta de actos intencionales" que intuimos de inmediato en el acto de amor y cuya realidad esencial concreta no está en ninguna forma condicionada o determinada por una realidad empírica y que por ende sobrepasa en contenido al yo considerado como yo psicofísico o como

una minúscula manifestación de un todo universal, como pretenden las teorías metafísico-monistas del Universo.

El individualismo personal es fundamental en la metafísica scheleriana, que admite la posible unidad en un todo absoluto sólo en sentido puramente vital, como vimos al referirnos a la simpatía; y aun esta unidad vital intuible en la naturaleza entera no parece adquirir en Scheler fuerza de convicción suficiente si no estuviera fundamentada en último término en su teísmo en el sentido cristiano.

No es justamente la capacidad intelectual lo que diferencia esencialmente el hombre de los animales en cuanto que entre la inteligencia de uno y otros no habría sino una diferencia de grados, una diferencia cuantitativa de la misma capacidad intelectual; y esto teniendo en cuenta las últimas y profundas investigaciones realizadas entre los animales, según las cuales se ha llegado a otorgar a estos justificadamente, no ya aquel instinto ciego que se le reconocía, sino una verdadera "inteligencia técnica" a los fines de su aprovechamiento en la vida.

Lo que según Scheler constituye la esencia misma del ser humano es su "*personalidad*". Ya no es sólo un centro psicofísico como en los animales, sino un centro "personal", pero que no se da ni antes ni después de los actos, sino en los actos mismos; es decir, como antes vimos, "unidad concreta de actos intencionales", actos que se hallan sujetos a una "ley autónoma que difiere de la causalidad vital psíquica (incluso la inteligencia práctica dirigida por los impulsos); ley que ya no transcurre análoga y paralelamente al proceso de las funciones en el sistema nervioso, sino paralela y análogamente a la estructura objetiva de las cosas y de los valores en el mundo.

Justamente al yo como persona corresponde la realización de los valores morales, actuando a manera de lazo de unión entre el sujeto y la serie jerárquica de valores que se ofrecen en un todo independiente al sujeto mismo que los realiza. Actos morales sólo corresponden pues a la "persona individual" o bien a comunidades que no constituyen una simple suma de unidades, sino por su esencia misma una nueva individualidad, una verdadera "persona compleja". El amor moral no se dirige entonces a tal o cual particularidad del yo: virtud, belleza, etc.,

propios del yo contingente, sino al yo espiritual, al yo en tanto que persona.

El cristianismo constituye para Scheler la única forma histórica donde el amor llega a realizarse en su verdadera esencia; y ello en cuanto se dirige de persona a persona.

Conviene aquí destacar algunos aspectos esenciales del amor cristiano, que difiere tanto del amor en la Antigüedad al cual vino a suplantar, como del sentido moral que se le asigna en la filantropía moderna de base naturalista.

Antes hicimos notar que el carácter de *movimiento* asignado por Scheler al amor fué enunciado ya por Platón, cuyo Eros debe estimarse como una aspiración al ser. Pero entre el Eros platónico y el amor en Scheler que es el amor en sentido cristiano, existen diferencias fundamentales que distinguen esencialmente el pensamiento cristiano de la Antigüedad. El Eros platónico es siempre un movimiento ascensional; una aspiración, una tendencia que va de lo inferior a lo superior, de lo imperfecto a lo perfecto, del *no ser al ser*. Esta idea común al pensamiento filosófico de la Antigüedad en general conduce al reconocimiento de un término a esta cadena de aspiraciones hacia lo superior, un término, Dios, que en su perfección ya no ama por su misma condición de insuperable. En términos generales, el amor es un camino, un impulso que mueve al mundo hacia la divinidad.

Muy distinta es para Scheler la idea del amor en el Cristianismo. Ya no es ese impulso hacia lo superior, sino que en un sentido precisamente opuesto la corriente de amor brota de lo perfecto, de lo noble, de lo santo, hacia lo imperfecto, innoble, insanto en un desbordar de su esencia misma que es amor y así la divinidad deja de ser un término estable hacia el cual aspiran todas las cosas en un movimiento amoroso y aparece como el *creador del mundo por amor*. "El amor deja de ser así, un camino hacia un bien de contenido superior e independiente al amor mismo; por el contrario es el mismo acto de amor el *Summun bonum* no por lo que haga o produzca sino por cuanto todos sus frutos valen como símbolos o fundamentos para reconocer su existencia en la persona". "De este modo Dios se convierte por sí mismo en la "Persona" que ya no tiene sobre sí

ninguna "idea del Bien", ningún "orden formal", ningún "logos", sino debajo de sí como consecuencia de su acto amoroso".

Pero este impulso hacia lo inferior, lo innoble, no debe interpretarse como si en la idea cristiana del amor estuviera implícita la necesidad de amar lo innoble y en general los estados negativos, como pretendía Nietzsche, que acusaba al cristianismo de fomentar la negatividad del ser. Por el contrario, el amor cristiano no se dirige a la pobreza misma, a la enfermedad, a lo innoble en sí, sino a los valores positivos que en mayor o menor proporción aun el ser más bajo conserva y que son capaces de elevarlo sobre los valores negativos que le envuelven.

Es decir, el impulso amoroso en el sentido cristiano hace abstracción del yo psicofísico; para él, tomado en su esencia íntima no le afecta, en lo que respecta al objeto o ser amado, su condición de rico o pobre, sano o enfermo, capaz o inválido, etc.; de donde en él no tiene cabida el sentido social que encierra, por ejemplo, el amor a la humanidad, en el carácter asignado comúnmente a éste, ya que el valor del amor cristiano es independiente de sus consecuencias. No menos que con su semejante, en la relación del hombre con Dios se da esta realización del amor con independencia de todo otro sentido accesorio. En el celebrado soneto de Santa Teresa puede apreciarse claramente según Scheler, el alcance de esta afirmación.

La concepción cristiana del amor y de la moral halla su justificación en la "concepción religiosa del mundo", que encierra el reconocimiento de un "reino de Dios" más allá de la vida presente, hacia cuya realización tiende la moral cristiana. El amor va, pues, dirigido al hombre no en tanto que ser psicofísico sino como "miembro del reino de Dios". La vida en el sentido cristiano no es sino una preparación para ese "reino de Dios"; por eso los valores vitales deben ser postpuestos en caso de conflicto con los valores religiosos, es decir, con el acrecentamiento de ese reino.

Al yo en tanto que persona corresponden, pues, los actos de amor moral. Pero este yo personal no es accesible a nosotros sino — como antes vimos — en el acto de amor y su valor esencial como persona se revela sólo en el curso de este acto. Por más que sumemos y combinemos, dice Scheler, las distintas y

variadas manifestaciones de un individuo cualquiera, nunca se ofrecerá a nosotros su contenido esencial como persona. Tampoco la suma de los valores particulares que un individuo posee, virtudes, fortaleza, belleza, etc., llega a justificar el amor que por él sentimos como unidad personal, ni este amor experimenta las variaciones que ese individuo como yo contingente experimenta en sus valores.

De esta manera el conocimiento teórico de un ser humano no nos hace visible en ninguna forma su yo personal sólo revelado en la intuición individual; pero esta intuición no es posible sino en el acto de amor.

El sentido irracionalista de la filosofía scheleriana alcanza un grado máximo de expresión en su teoría del amor.

El conocimiento racional no agota el contenido esencial de la persona; siempre queda un excedente sólo intuible emocionalmente en el acto de amor. Esto es particularmente válido en la "persona de las personas": Dios.

En este sentido la teoría scheleriana tiende a justificar el valor cognoscitivo de la fe, en cuanto el acto de fe es en último término un acto de amor hacia Dios. Dios en su pleno contenido esencial no es percibido en forma meramente racional, ni tampoco podemos decir que tenemos de El *un vago sentimiento* en el sentido de Schleiermacher.

Es posible tener racionalmente un saber respecto a Dios, a su existencia, pero penetrar en su esencia íntima sólo es posible en virtud de ese acto emocional que encierra la fe; en ese abrirse amorosamente a Dios que se revela a nosotros como Dios amante".

Pero nuestro amor a Dios se halla condicionado por el amor de Dios hacia nosotros; en tanto que él se revela a nosotros como Dios amante. La doctrina agustiniana de la Gracia, encuentra en Scheler plena confirmación — aunque como veremos más adelante la última manifestación del pensamiento scheleriano tiene a desvirtuarla.

Por ende la fe, como acto de conocimiento, tiene así un carácter pasivo y en esta misma pasividad radica su mayor valor cognoscitivo desde el punto de vista cristiano.

La actividad en la fe pertenece en último término a Dios,

revelándose a aquél que en el acto de amor se hace capaz de percibirlo. Cuanta menor intervención activa tenga el hombre en el acto de conocimiento, tanta mayor será la perfección del mismo.

Tal es al menos la necesaria consecuencia a que conduce la teoría scheleriana y en este sentido puede considerársela como continuadora del pensamiento agustiniano, reconociendo la supremacía del conocimiento emocional por la "gracia de Dios" y rechazando la idea tomista de una *teología racional*.

También Scheler admite la doble vía de conocimiento de Dios que él llama "sistema de conformidad"; pero mientras en Santo Tomás la fe admite una fundamentación racional, para Scheler existe una irreductibilidad esencial entre el objeto del conocimiento racional y el religioso. Aquél conduce al conocimiento de la existencia de Dios con todos aquellos atributos que nuestra capacidad conceptual puede asignarle, y el acto religioso, en cambio, conduce a la intuición de Dios como *persona divina*; es decir, mediante el acto intuitivo religioso percibimos a Dios en su verdadera esencia. En el acto religioso realiza el hombre el acto de amor más elevado en cuanto se caracteriza por una participación amorosa en lo que constituye la suprema manifestación de Dios: su amor infinito.

\*

A través de este aspecto del pensamiento scheleriano, se advierte de inmediato una evidente sobreestimación del espíritu, que por lo demás caracteriza a toda metafísica espiritualista en general. Pero esta sobreestimación de lo espiritual tiende a desaparecer en la evolución posterior del pensamiento de Scheler. Una nueva metafísica del espíritu se esboza en ella cuyo desarrollo final debe esperarse de sus escritos póstumos a los cuales ya hicimos referencia.

Si bien la vida y el espíritu permanecen diametralmente opuestos e irreductibles por su esencia misma, la relación entre ambos y su valor esencial han sufrido en la filosofía scheleriana una considerable variación. Ni el espíritu es capaz por sí mismo sin el concurso de lo vital, ni la vida es capaz sin el apoyo del espíritu. Uno y otra se compenetran mutuamente. El im-

pulso vital, "la verdadera fuerza creadora del hombre", sufre para realizarse la actuación del espíritu que le hace visible las ideas y los valores. Justamente el proceso cultural del hombre consiste en un devenir espíritu partiendo de lo puramente vital. Proceso que es al mismo tiempo, un esperitualizarse y un deificarse y por el cual el hombre colabora en la realización de la idea de la divinidad espiritual, eterna sólo como "esencia pura".

Precisamente el equívoco fundamental del teísmo cristiano es ahora para Scheler el atribuir al espíritu un poder originario y creador. El Dios cristiano, infinitamente sabio, bueno y poderoso, está no en el origen como se supone, sino en el término de este proceso cultural a cuya realización contribuimos.

Según ello la realización de Dios es en parte determinada por el mundo, sin cuyo concurso Dios no podría realizarse. "El hombre — breve fiesta en la ingente duración del desarrollo universal de la vida — significa, pues, algo para la evolución del mismo Dios. Su historia no es un simple espectáculo para un contemplador y juez divino, eternamente perfecto, sino que está entrelazada con el advenimiento de Dios mismo". En este proceso cultural el amor es guía y luz que nos hace visible los valores superiores en nuestro propio yo y en nuestros semejantes. Gracias a él el hombre puede llegar a realizarse en su sentido ideal deviniendo lo que es en sí por su esencia misma: manifestación del espíritu divino dentro de las esferas finitas del ser.

RAFAEL VIRASORO.

Santa Fe, 1933.



## DOS ROMANCES

### ROMANCE DE UN AMANECER.

**S**UEÑO, el que soñé contigo,  
cerca del alba, en tus brazos,  
Rosado sueño, tú misma,  
en el silencio soñado,  
si deseada, perdida,  
ganándote a cada rato.  
Fatigada de recuerdos  
tu frente se fué aclarando,  
alba entre las sombras, pura,  
fría palidez de nardo.  
Yo te buscaba en los ojos  
—reposo dulce, a mi lado—  
y tu fuga, en el silencio,  
tenía retornos rápidos.  
Perfume el de tus cabellos  
para morirse besándolos,  
palidez la de tu rostro,  
ternura la de tus manos,  
sueño, el que soñé contigo,  
cerca del alba, en tus brazos.  
El deseo fué enroscándose  
a mi cuerpo, terco y sabio,  
se fué subiendo a mis ojos,  
se fué templando en mis manos,  
y tú, rosado espejismo,  
fruto distante, vedado.

—Pídeme lo que tú quieras,  
 mátame, estoy en tus manos,  
 pero no te vayas, sueño,  
 como tú, nunca soñado—.

La luz que ardía en tus ojos,  
 se fué apagando, apagando;  
 gracia rendida, tu cuerpo,  
 sobre el tapiz —rojo y blanco—.

Sueño el que soñé contigo,  
 cerca del alba, en tus brazos.  
 Después, caminaba solo,  
 tu recuerdo aquí, a mi lado.  
 La calle oscura y lluviosa,  
 sólo el ruido de mis pasos.

## ROMANCE DE UNA VOZ.

**L**uz clara, precisa, alegre,  
 hubo en el día primero.  
 Las ruedas de la fortuna  
 —multiplicadas—, al viento,  
 carrera loca corrían  
 allá, en la calle del cielo.

Rosas marinas, de níveo  
 rubor, en rosa desperto,  
 mañana de nieve y rosa  
 hubo en el día primero.

¿Dónde navega tu voz?  
 Silencio, siempre silencio.  
 Rota claridad, ardiente;  
 sólo entre rosas, el eco  
 de tu voz vino en el aire  
 —laurel y rosa—, de un vuelo.

¿Esto? No, tu voz no quiere  
 lo que es, sólo los sueños  
 merecen espacio y vida  
 en tu voz, callado premio.

Los peces van en el mar  
caminos de agua corriendo,  
constelaciones de luces  
en el mar, sus raudos cuerpos.  
En el silencio, tu voz  
—peces en el mar, ligeros—,  
entre el brillo de las luces  
navega siempre a mi encuentro.  
El día de mi partida,  
tu voz conmigo, en mi sueño.  
Todo acabará. Tu voz,  
allá en lo alto, en el cielo.

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ.

## PLASTICA Y PSICOLOGIA EN LA NOVELA ARGENTINA

**R**ECORRED una novela de Dostoievsky, una de esas admirables representaciones de un mundo tan distinto del nuestro y en esas páginas, sin particulares aderezos de forma, sorprenderéis una preocupación dominante: el estudio del hombre. No el hombre en su contextura física, en las epidérmicas relaciones sociales, en todo lo centelleante, vano y muchas veces inútil, sino en lo más hondo de su psiquis, el microcosmos oscuro y múltiple donde luchan y se combinan los sutiles elementos de su personalidad.

El hombre físico no merece más que un ligero croquis o se pierde en una vaguedad espectral, adivinado, más que descrito, por los variables reflejos de su mundo interno. Y en cuanto a la naturaleza se diría que no existe. A manera de las grandes creaciones de Miguel Angel ni siquiera llega a ser un decorado, tan insignificante y lejana aparece frente al individuo que lo domina todo con sus meditaciones, angustias y deseos.

Este sentido psicológico hállase tan arraigado, no sólo en Dostoievsky, sino en casi todos los novelistas rusos pre-revolucionarios, que en la narración más breve, a veces en una escena esbozada o un mero apólogo se manifiesta y ahonda, como lo único digno de comulgar con los valores estéticos. La mirada del creador eslavo, atravesando la envoltura llega enseguida al espíritu con una seguridad casi instintiva. El artista de Occidente, más concreto y material, sólo ve el alma a través de las cosas. Careciendo de aquella íntima simpatía que hace conocer por intuición la verdad oculta, hay en él mucho del sabio que todo lo advierte desde afuera y diseña y estudia sin ternuras

de hombre. Hasta el análisis de sí mismo, siguiendo las huellas de Amiel, da una impresión de frialdad desconcertante. En Proust, por ejemplo — y podríamos agregar hasta cierto punto a Gide — falta corazón y arraigo; su método meticuloso y pesado persigue estériles recuerdos entre la bruma ondulante de las cosas. Incapaz de discernir lo esencial de lo aparente y darle vida y calor, sus evocaciones espirituales dibújense sin contornos, sin contextura *personal*, detalles impresionistas que no alcanzan a darnos la emoción sintética de un alma.

Frente al sentido psicológico debemos situar el plástico que se conforma con la apariencia y al traducirla lo hace a veces con brillo y seguridad. *Salammbó*, gran novela pictórica, admirable sucesión de cuadros dignos de Roghegrosse, es su representación más perfecta. Imagen de lo superficial, copia del color y la línea, juego luminoso de la fantasía, sin perder de vista el análisis íntimo, pero subordinándolo a los fenómenos sensibles. Para el sentido psicológico es el hombre un problema que se trata de resolver; el sentido plástico lo considera íntimamente vinculado a su medio decorativo, como un espectáculo digno de la reproducción artística.

\*

En la novela argentina — prestigiosa en la relatividad de sus aciertos — el sentido plástico predomina sobre el psicológico. Su escasa profundidad en el análisis, encubierta por las galas del estilo o la evocación intensa de hombres y cosas, no deja lugar a dudas. Pero la intención plástica es en ella tan evidente que por su perfección alcanza, a veces, un alto valor artístico.

Una capacidad pictórica esencial sorprende los contornos individuales. Hay retratos que en su nitidez visual podrían juzgarse como símbolos del alma, reproducidos con raro vigor que no desmerecería en ninguna literatura. Recordemos la viva imagen de aquel execrable rey que fué Felipe II, grabada por Larreta con trazos fugitivos y seguros, completamente físicos, la palidez del rostro, como de “yeso humedecido”, “la boca fría, violácea y duramente crispada hacia adentro”, el gesto avaro, la voz casi ininteligible. Y como contraste un tipo antagónico. Don Segundo, tal cual se nos aparece al principio, contra el horizonte luminoso, fantástica silueta de caballo y jinete. Luego, enfocado de cerca,

con su pecho "vasto, de coyunturas huesudas como las de un potro, los pies cortos con un empeine a lo galleta, las manos gruesas y cuerudas como cascarón de peludo".

Los paisajes están pintados con el mismo acierto, la naturaleza graba su fisonomía con la nitidez de un cuadro de Teodoro Rousseau o la luminosidad transparente de una impresión de Monet. Es la claridad que envuelve a la Pampa en aquella evocación de *Zogobi*: "Ya el campo comenzaba a sobredorarse de rosadas y largas vislumbres que resbalaban, que corrían por el suelo, como arpegios de luz y ponían una orla vaporosa en la felpa de las vacas innumerables, diseminadas por la llanura y paciando, todavía, con el hocico pegado a la hierba. A veces, una que otra levantaba la cabeza y miraba curiosa con sus grandes ojos húmedos, donde relucía una chispa de ocaso".

Lo plástico domina doquier. Y es plasticidad dinámica pura la de las escenas que parecen desenvolverse ante los ojos, armónica teoría de formas, como en *La gloria de Don Ramiro*, pínaculo de nuestra novela, en que la evocación sensible de una época, desde las minucias materiales hasta los gestos, alcanza ese grado de intensidad alucinante inmortalizado por Flaubert. Y *Don Segundo Sombra*, que apenas puede llamarse novela, revélase como una serie de frescos rústicos, desarrollándose en el monótono decorado de una pampa primitiva. Se ve a esos seres rudos, entregados, como en el homérico escudo de Aquiles, a faenas, esparcimientos y sobre todo a luchas tenaces con los animales y la encubiertas acechanzas, más que por necesidad, por criollo alarde de hombría. A pesar de algunos preciosismos, contadas concesiones al mal gusto moderno, también el estilo nos comunica esa impresión vigorosa, inmediata, que trueca la descripción verbal en un vivo fondo cromático.

El cuento mismo en manos de maestros adquiere amplias proporciones, con encontrados matices y recios contrastes de aguafuerte, el cuento de Horacio Quiroga, sobre todo, no el poesco y el aburguesado, sino el hijo espiritual de Rudyard Kipling, evocador de la lucha ruda del hombre en sombríos paisajes de tragedia. Y aún en los autores de menor cuantía, más que por el valor, por el número de obras, las imágenes visuales resaltan, admirables y nítidas, como en aquella suave impresión de Gui-

llo: "El cielo era azul y límpido, con el azul inmóvil de los claros mediodías del otoño. Tenía ese profundo azul sereno que parece ahondarse en tranquilos abismos de añil suavemente iluminados por escondida luz interior. Extendíase el río en una gran superficie dorada y movable, brillando en billones de pequeñas estrías lucientes que lo envolvían en un como vibrante e inconsutil reticulado solar".

Nitidez de visión combinada con intensidad de expresión son cualidades que acreditan a los buenos narradores argentinos. Por su defecto, la prosa de Gálvez, por ejemplo — y no hablo de los adocenados y aristocráticos mercaderes que siguen la tradición mansa, incolora y burguesa de Jorge Ohnet — preséntase desdibujada, meticulosa hasta la monotonía, prosa más de crónica que de genuina obra de arte.

\*

La excelencia en lo plástico está compensada con creces por una merma en lo psicológico. Si alguna novela argentina ha de perdurar — y seguro es el porvenir para cuatro o cinco de ellas— no será por la creación de nuevos tipos humanos, siguiendo, aún a distancia, las huellas de un Dostoyewski, sino por la expresión concreta y pictórica. Y al mencionar a Dostoyewski lo hemos hecho intencionalmente, pues lo que en él adquiere caracteres de eternidad es el fondo y resalta la expresión por lo que dice, no por la forma como lo dice. Aún en el gran escritor ruso, para continuar el simil, los tipos tienen un corte romántico, son a menudo encarnaciones de tendencias ideológicas; pero tan hondo es su análisis, tantos rasgos de profunda humanidad los informa, que llegan a hacer olvidar el esbozo prístino. Nuestros novelistas no siguieron en esto las huellas del incomparable artífice de almas, la rigidez romántica llena por completo la contextura de sus personajes. Bajo tal punto de vista Don Segundo Sombra y Don Ramiro concretan el romanticismo de alto vuelo, el romanticismo épico que concede a esas criaturas una honda nobleza artística. Gálvez, a pesar de su realismo aparente, continúa la serie del romanticismo lacrimoso, hecho a base de mujeres sentimentales, víctimas del medio, y hombres flojos, sin personalidad verdadera, amparados tras ideales vagos, confusos, que no llegan a cubrir su íntima deficiencia. Cuando, como en *Historia de arru-*

*bal*, trata de pintar tipos de bajo fondo, sólo acierta a crear muñecos todos de una pieza, harto buenos o malos hasta el exceso, ficción en que el crudo naturalismo de algunos discípulos de Zola se mezcla a los románticos contrastes de *Los misterios de París*.

El mismo artificio básico, las mismas figuras convencionales, a través de una trama de viejo cuño y un epílogo que recuerda hasta cierto punto *Le roi s'amuse* de Victor Hugo, informan a *Zogoibi*; pero aquí la magia del estilo, a pesar de su elaboración excesiva, y el dejo castizo, extraño en una obra criolla, remedia en parte los defectos. Y hasta en los cuentistas se traduce esta genuina incapacidad psicológica. El hombre, en las mejores narraciones de Quiroga, solo es una fuerza guiada por la voluntad contra las demás fuerzas de la naturaleza, algo elemental, violento y tesonero en contraste con el principio pánico que lo rodea. Cuando el gran escritor, olvidando sus rudas criaturas, pretende hacer obra de psicólogo, como en *Historia de un amor turbio*, presenta cuadritos interesantes, muy naturales, encantadores por su superficialidad. En Atilio Chiappori domina el estetismo artificioso de D'Annunzio, con vagas reminiscencias de Poe. Su prestigioso estilo no ha logrado aprisionar ninguna figura viviente.

Y esto que se expresa para algunos podría servir para muchos otros. Baste recordar que en *Don Segundo Sombra*, tras la figura simbólica del protagonista, se confunden los personajes secundarios en una gris medianía, sin contornos individuales propios, tan sin expresión como la Pampa ilimitada y monótona que los vió nacer. En algunos autores, sin embargo, asoman personajes de cierto relieve, bien estudiados y reproducidos; pero sin sutilezas y adentramientos psicológicos. Así se nos presenta aquel Mauricio Gómez Herrera en las *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira* de Payró, juzgado por el mejor crítico argentino, como "un tipo representativo, en quien están encarnados los vicios y las virtudes de enteras generaciones de argentinos que fueron, son y serán" (1).

Y en un campo totalmente distinto se diseña, al lado de la figura algo abocetada de Mister James, *el inglés de los güesos*,

(1) ROBERTO F. GIUSTI: *Crítica y polémica*, 2ª serie.



el perfil atrayente y sugestivo de Balbina, la chinita chúcara que surge de la más escueta realidad para alcanzar sublimes proporciones de heroína de tragedia. Pero esa misma tragedia que podría realizar la novela hasta el acmé de las grandes creaciones — y aquí aparece lo substancial de la merma psicológica — no adquiere su representación emocional y artística adecuada. Fáltale la honda penetración analítica, la relación íntima del violento proceso espiritual. Visto desde afuera como un espectáculo, relatado con harta sencillez para huir del romanticismo grandilocuente, aquel conflicto de almas no despierta la impresión inconfundible del *pathos* trágico.

\*

No sabemos hasta qué punto de la multiplicidad de las corrientes contemporáneas, impulsadas por modelos extranjeros, podrán surgir nuevas orientaciones. En el caos de lo mediocre, mezclado a un realismo crudo y vulgar hasta el exceso, a extravagancias que quieren pasar como el *non plus ultra* del modernismo y artificiosos procedimientos técnicos en pugna con el sentido artístico y el sentido común puede sorprenderse a veces una veta de oro, una manera de ver las cosas, si no original, por lo menos desconocida en nuestra novela.

El sentido plástico merma y en su lugar asoma ese fondo sentimental y humanitario donde se diseñan siluetas dolorosas y grises como en una litografía de Facio Hebecquer. Baja la novela de su estrado aristocrático o de sus evocaciones camperas, harta de hacer argentinismo para uso de los nacionalistas de la literatura — espíritus grandes como Rojas se han empequeñecido por la unilateralidad de este concepto — y se mezcla con el pueblo, viste la blusa proletaria, llena de angustias y calladas reivindicaciones, como en Barletta y Caste'nuovo. Si disminuye con esto el vigor pictórico y la gracia de la forma, gana el fondo, sin llegar a realizar caracteres psicológicos definidos, a ejemplo de Gorki. Vale más como tendencia que como realidad.

En otras ocasiones los caracteres aparecen; pero toscos, abocetados en sus grandes líneas, a manera de croquis impresionantes y fugitivos. Roberto Arlt, tan desigual y caótico, pasando de la excelencia a la chatura, careciendo del sentido artístico nece-

sario para la crítica de sus propios valores, presenta un sentido psicológico informe y vigoroso en algunos aciertos. Y todo esto en forma espontánea, instintiva casi, pues al tratar de hacer psicología consciente, como en *El amor brujo*, se pierde en lo pueril y chabacano. Otro entusiasta de la nueva escuela, Roberto Mariani, escribiendo su último libro bajo el signo de Joyce y de Proust y hasta cierto punto del O'Neill del *Raro Interludio* con un estilo intencionalmente desaliñado, mezclando finas y atinadas observaciones a detalles inútiles señala, sin embargo, una orientación notable en el camino del análisis psicológico.

Pero donde he podido sorprender todos los elementos psicológicos de una novela, aun perteneciendo a otro género, todos los ricos filones que piden ser explotados por un animador de tipos vivientes, un realista de la realidad nuclear, es en el libro que Scalabrini Ortiz dedicó al estudio del porteño. *El hombre que está solo y espera* traza, con un poco de optimismo y excesiva benevolencia, la imagen del hombre común de nuestra ciudad, el hombre de Corrientes y Esmeralda, faceta fundamental en el abigarrado prisma de la metrópolis. Definida es la visión de conjunto; pero su excelencia estriba en los detalles, tan minuciosos y agudos que recuerdan a Teofrasto y a La Bruyère.

HERNANI MANDOLINI.

## LOS AMORES DE SARMIENTO

### Casamiento del prócer

#### I

**E**N Octubre de 1845, año del *Facundo*, partió Sarmiento de Chile rumbo a Europa; el 25 de Abril del mismo año —y no el 17 como dice el biógrafo del propio hijo en *Vida de Dominguito*—, nació Dominguito, hijo de doña Benita Martínez PastORIZA y de don Domingo Castro y Calvo (1). Era el padre, según opinión de Lugones, tío político de su segunda esposa, en cuya casa vivió la prometida —su “huésped”—, antes de enviudar el senecto señor Calvo.

### Partida de nacimiento del niño

ARZOBISPADO  
DE  
SANTIAGO DE CHILE

PARROQUIA  
DEL  
SAGRARIO

### ARCHIVO PARROQUIAL

#### CERTIFICADO

CERTIFICO que en la página 217 v. del Libro N° 46 de Bautismo de este Archivo Parroquial se encuentra la siguiente partida: En la ciudad de Santiago a veinte y siete de Abril de mil ochocientos cuarenta y cinco, nro. T. Cura Dn. Ramón Antº. Gajardo, bautizó puso óleo y crisma a Domingo Fidel, de dos días nacido legi. de Dn. Domingo Castro y Calvo, y de Dª Benita Martínez; p.p. Dn. Juan Francisco Valdez, y Dª Carmen Vicuña y Alcalde, de que doy fe. Manuel Valdre C. Rector. Hay rúbrica. Con-

---

(1) Sarmiento cita el nombre de Castro y Calvo en diversos pasajes de sus “obras chilenas”.

cuerda con el original citado, y para constancia sello y firma en Santiago a 24 de Agosto de 1932.—*Luis Arturo Pérez*, Párroco.

## II

Es esta la verdad jurídica y eclesiástica: Dominguito es hijo de don Domingo Castro y Calvo, como lo atestigua el documento y como lo afirma también Sarmiento; mas este “fruto aparente” de aquellos cónyuges ha experimentado, en el transcurso del tiempo, diversas variantes. Dominguito tuvo, pues, “dos padres”, aunque resulte paradójico. Sarmiento al contraer enlace —“in facie ecclesiae”— con la viuda del señor Castro, a su regreso del extranjero, reconoció a la criatura de “tres años”, dándole su apellido. Es interesante señalar que al volver el numen de su viaje por el mundo, sin esperar mucho tiempo, casi sin “noviazgo”, casóse de inmediato con su comprovinciana. El 24 de Febrero de 1848 llegó Sarmiento al puerto de Valparaíso y en Mayo iba camino de la iglesia el formidable cuyano. Fué, así, una campaña amorosa bien corta, de *amor montonero*, sin romanticismo, sin briosos corceles. Con un testigo chileno (1) y otro sanjuanino llegó hasta el altar de Nuestro Señor San Lázaro (2). Escuchó los consejos de San Pablo y retiróse a su “alegre prisión” de Yungay. En compañía de doña Benita escribió entonces su después famoso libro *De la educación popular*, es decir, el tomo de la luna de miel.

### Partida de casamiento del prócer

#### PARROQUIA DE SAN LAZARO

##### SANTIAGO DE CHILE

Certifico que en la página 58 del Libro N° 4 de Matrimonios se encuentra la siguiente partida: En esta Parroquia del Señor

(1) El padrino don Lorenzo Leyton, figura en *Mi defensa* (1843), como amigo de Sarmiento. Era comerciante.

(2) El escritor chileno, R. P. Alfonso Escudero, suministróme estos datos referentes al viejo templo de San Lázaro, ya desaparecido: “Respecto a la iglesia donde se casó Sarmiento, tampoco le puedo enviar fotografía. La antigua iglesia de San Lázaro estaba en Delicias, entre San Martín y Manuel Rodríguez. Pero después de 100 años de permanencia allí, se trasladó la parroquia a la calle del Ejército Libertador el año 1877. Y de la iglesia antigua de Delicias, no quedan rastros”.

San Lázaro, en diez y nueve de Mayo de mil ochocientos cuarenta y ocho, el Señor Provisor Dn. José Miguel Aristegui, casó a Dn. Domingo Faustino Sarmiento, natural de San Juan, hijo legítimo de Dn. Clemente Sarmiento y de D<sup>a</sup> Paula Albarracín, con D<sup>a</sup> Benita Martínez, natural de San Juan, hija legítima de Dn. José Martínez y D<sup>a</sup> Juliana Pastoriza, viuda de Dn. Domingo Castro Calvo. Fueron testigos el Señor Dn. Ramón Rengifo y Dn. Andrés Videla, padrinos Dn. Lorenzo Leitón y D<sup>a</sup> Mercedes Zirilluelo, de que doy fé. — *Juan Concha*.

Concuerda con el original citado. Santiago, a 23 de Agosto de 1932. Doy fé. — *Arturo Cortínez*, Párroco.

### III

Doña Benita era una mujer interesante. Más bien fea que hermosa. “La fea” decíale Sarmiento, a juzgar por un trabajo de don Mariano de Vedia. A no mediar sus celos (1), hubiera sido la digna compañera del titán. Patriota como el esposo, pues en su casa de Yungay reuníanse los desterrados, fué su hogar un asilo en el exilio ingrato; inteligente e intuitiva, demostró en sus cartas y en su amor maternal, un carácter bien acentuado. Era una matrona —y “amazona”—, pero una matrona celosa, y los celos hicieronle perder el brillo del decoro antiguo. Ni a sol ni a sombra dejó en paz a su consorte. En el teatro de Santiago, ante las beldades chilenas, la mujer de Sarmiento hacía imposible la vida al crítico de Víctor Hugo; en las calles ocurría idéntico fenómeno, cuando el autor del *Facundo* recibía el saludo de las negras, que habíanle servido en su propio hogar (2).

Para esta mujer alucinada, Sarmiento era Don Juan. Y lo llevó al fracaso. Años más, años menos, vino la separación.

---

(1) “Las mujeres más celosas no son, sin duda, las de vida sexual más honda y normal”. *Amiel*, por G. Marañón.

(2) En cierta oportunidad encontré a Sarmiento con una de las ex-fámulas de su casa. Tomándole de las piernas, decíale la pobre mujer: —¡Amito, amito! Este vocablo tan cuyano, de *amito*, sublevó el espíritu de doña Benita, de suyo exacerbado. He recogido esta información de labios de la última sobrina del civilizador, la nobilísima dama doña Sofía Lenoir de Klappenbach, desaparecida en el transcurso del año pasado, en Buenos Aires.

¡Cuánto debió gozar el terrible luchador en la campaña de Caseros, libre de la tiranía de su esposa, más suave pero más torturante que la del déspota de Palermo! Sin embargo, la ausencia duró poco tiempo. De nuevo hallamos al prócer, como en la carta a Mitre (1852), en su “alegre prisión de Yungay”, cautivo de la celosa cuyana.

## IV

La mujer de Sarmiento tenía sus nervios alterados. Era una *fierecilla*. En cierta ocasión Sarmiento aplicóle un fuerte castigo al hijo, “para mostrarle así la extensión de la autoridad paterna”, cuenta el biógrafo. Hizolo en presencia de Aberastain, en Buenos Aires, por ciertas bromas de estudiante díscolo e irrespetuoso; por eso le suministró “los más sonoros azotes”. Encerrado Dominguito en una despensa, acudió en su auxilio doña Benita, con su temperamento de madre de cachorros. “La madre acudió a la bulla y el buen Dr. Aberastain la siguió a interceder—continúa Sarmiento—; pero el demostrador había previsto el caso y al romper los vidrios la nerviosa mujer no hizo más que dar más estrépito a la escena”.

La historia tendrá que hacerle justicia a doña Benita PastORIZA; más que la historia, la literatura. Fué ella la musa inspiradora de los *Recuerdos de Provincia*. Es ésta una obra de soledad, de encierro, de prisión, de “defensa”. Es casi un libro femenino, piadoso. Doña Benita hace guardia en el corazón del cuyano. ¡Lástima grande que Sarmiento no la nombre! A pesar de todo siéntese correr por el libro inmortal una suave caricia de mujer. Son tiernas las páginas de los *Recuerdos*. Desfilan sus personajes: una mujer hilandera, un pío confesor, un asceta, un cuasi inquisidor, un santo; más allá: un soldado, un pícaro o un truhán; y también, niños: chicos huarpes; y árboles—palmas e higueras—, y un mundo de conquistadores heráldicos, de capitanes españoles, descubridores, etcétera. Doña Benita escucha la lectura de esas lamentaciones: trémula, gozosa; Dominguito juega, entre tanto, con su espada de hojalata, mientras el autor da cima a su trabajo al dulce calor de su hogar chileno.

PORFIRIO FARIÑA NÚÑEZ.

## LA PRODUCCION HISTORICA RECIENTE

**T**AL vez sea la historia la rama que más ha enriquecido la bibliografía del país en estos últimos tiempos. Las corporaciones especializadas y los que realizan individualmente estudios en esta materia, han proseguido sus tareas con el mismo y aún mayor entusiasmo. Nuevas entidades han surgido con igual propósito. Algunas obras de aliento aparecidas a fines del año 1932 y en el curso del año 1933, pueden ser computadas entre las más valiosas de su género. La ciudad de Buenos Aires acaba de ser propuesta, en la VII Conferencia Panamericana que celebró sus reuniones en Montevideo, como sede de un instituto para la enseñanza de la historia en las repúblicas americanas, y cuyos fines serían los siguientes: "Primero, fomentar en cada una de las repúblicas la enseñanza de la historia de las demás repúblicas; segundo, dedicar mayor atención a la historia de España y Portugal y, en especial, a los puntos de ella que tienen mayor influencia en la historia de América; tercero, tratar de que los manuales de historia no contengan errores que han sido ya refutados por la crítica de todos los países; cuarto, atenuar el espíritu bélico en los manuales de historia, en los cuales no se debe olvidar el estudio de la cultura de los pueblos y el desarrollo universal de la civilización, para determinar la parte que cada nación ha tomado del extranjero y la que a ella deban las otras naciones; quinto, eliminar de los textos los paralelos entre los personajes históricos nacionales y extranjeros y los comentarios y conceptos ofensivos y deprimentes para otros países; sexto, evitar que el relato de las victorias alcanzadas sobre otras naciones pueda servir de motivo para rebajar el concepto moral de los países vencidos, y séptimo, no juzgar con odio o falsear los hechos en el relato de guerras o batallas cuyo resultado haya sido

adverso". Todo esto permite considerar a la historia como un factor capaz de elevar el nivel de la cultura pública.

He aquí las principales obras de historia últimamente publicadas en la Argentina:

**Historia del Libertador D. José de San Martín**, por *José Pacífico Otero*. — La personalidad de San Martín ha conquistado nuevo realce durante el año que terminó. El Instituto Sanmartiniano congrega importante núcleo de estudiosos. El gobierno nacional ha establecido por decreto el Día de San Martín. Diversos actos públicos tuvieron como finalidad la de honrar la memoria del prócer. Todo eso ha sido a modo de corolario de la aparición de la obra del doctor Otero.

En esta metrópoli donde va siendo una rutina el publicar, cada autor, un libro por año — libros de veinte o treinta sonetos, a veces — la edición de una obra historiográfica como la nombrada constituye todo un acontecimiento.

Trátase de una obra en cuatro grandes volúmenes en formato mayor, de unas 800 páginas cada uno. ¿Cuánto tiempo ha sido necesario dedicar a semejante tarea? Porque Otero ha debido recorrer todos los países en que posó su planta el insigne capitán, en rebúsqueda afanosa de cuanto documento, dato, indicio, pudiesen aportar algo al acervo de materiales que llegó, así, a ser piramidal. Crear el método de trabajo, darle estricta aplicación y, en fin, perseverar en la empresa hasta su término, han sido etapas sucesivas cuyo conjunto podemos hoy avalorar. La obra que tan vasto esfuerzo comporta tiene un valor literario, pero es más trascendental su significación intrínseca como labor perteneciente a una rigurosa especialidad.

Dije ha tiempo, en esta misma tribuna periodística, que los argentinos, para justipreciar la figura de San Martín teníamos una obra francamente buena y que ésta nos bastaba. Don José Pacífico Otero ha superado, en información, amplitud e intensidad, la valiosa obra de Mitre. Decir esto implica proclamar una realidad presente, sin desmedro para el eminente historiador y maestro al que el propio Otero toma como principal punto de apoyo.

Los tres momentos culminantes en la vida de San Martín



— su alejamiento de España, el paso de los Andes y la conferencia en Guayaquil — cobran todo su relieve en la obra de Otero.

Veintidós años de servicios militares, contados hasta 1811, en España — la tierra natal de los padres del héroe — y tres promociones logradas por su valor y pericia, eran mucho, sin duda, para el “antiguo oficial” lleno de méritos. Otero señala en vigorosos trazos la entereza con que el teniente coronel San Martín abandonó esa posición para ponerse al servicio, contra todo evento, de la emancipación de su país. Por eso dice en el capítulo VII del tomo I: “Si San Martín no le pertenece como libertador, — América tiene sus entidades como España las suyas, — le pertenece como héroe de la reconquista, como soldado de sus campañas de Africa, en el Roselón, en la guerra naval contra los ingleses, en esas que, por dos veces, la diplomacia obligóla a ponerse en guerra con Portugal, y sobre todo en la última, la más grande de sus campañas, que lo fueran contra un César y contra los ejércitos poderosos que comandaban sus mariscales”. Muy fuerte debió ser el sentimiento americano que determinó al hijo de Yapeyú, cuando todo le sonreía en el viejo mundo, a surcar los mares para venir a ofrecer su espada a un gobierno débil situado en la periferia del vasto continente nuevo. Bien se echa de ver, a lo largo de los antecedentes reproducidos y comentados por Otero, que era aquel el rasgo de un hombre llamado a muy grandes destinos.

La influencia de San Martín en la revolución argentina, que desde los comienzos de su acción en nuestras playas se manifestó tanto en lo militar como en lo político (su triunfo de San Lorenzo en 1813 y su gestión decisiva para que el Congreso de Tucumán declarase la independencia nacional en 1816), y la manera cómo el héroe realizó su empresa, “venciendo a lo humano y a lo geográfico” — la empresa de convertir la revolución del Plata en campaña continental; — esa influencia y esa manera de realización, que son cosas esenciales en el aspecto épico del guerrero argentino, como organizador y estratega, adquieren a su vez, en el tomo II de la obra, con las pruebas concluyentes, todo su relieve singular.

Es el otro momento decisivo, según va dicho, aquel de la en-

trevista famosa. Otero lo estudia en sus antecedentes, en su desarrollo y en sus resultados. Allí, en la entrevista de Guayaquil, estuvo comprometida, más que en las otras eventualidades, la suerte de América. La salvó el desinterés de San Martín. En mérito de la causa misma y por razones de reciprocidad — toda vez que el jefe argentino le había prestado tropas al jefe venezolano para la guerra de Quito — Bolívar debió acceder a la demanda de auxilios de San Martín. Pero Bolívar, fuerte en hombres y elementos a la sazón, pensó en sí mismo, en su hegemonía, a despecho de sus ya enunciados proyectos americanistas y olvidando que a principios de 1821, es decir a raíz de las magistrales batallas de Chacabuco y Maipo y del notable desembarco en Pisco, había escrito desde Bogotá a San Martín en el Perú, palabras de congratulación “por esta tercera patria que le debe su existencia”. San Martín, en cambio, compenetrado de la responsabilidad general de los pueblos y a fin de no comprometerlos en la causa de su libertad, resolvió en el acto su eliminación personal. La abnegación, la grandeza humana, la ética apenas concebible de San Martín, arrancan de la pluma del autor — capítulo XXIV del tomo III — las más brillantes páginas. El camino del Perú quedó abierto para Bolívar y Bolívar terminó la guerra. La posteridad no le regatea su gloria. Lo que Otero reclama es el reconocimiento para la conducta de San Martín, el libertador por antonomasia, puesto que no gobernó más allá de las exigencias del mando militar, ni menos despotizó, como tantos otros, sino que sólo libertó pueblos con la mayor economía de recursos y de sangre.

El tomo IV tiene por asunto el ostracismo de San Martín. El que había iniciado su carrera militar en la primera juventud y luchado contra los ejércitos de Napoleón — noble misión, como que todo es noble en la vida de San Martín, la de luchar por la independencia de España, la madre patria, frente al invasor que hacía, como el rayo de Marte, temblar la tierra — vestía en su edad madura el manto de Cincinato. Llena de enseñanzas y de ejemplos está la senectud de San Martín, hasta que muere, 28 años después de su retiro y cuando contaba 73 años de edad. Y todavía más allá de la muerte, tiene Otero que defenderlo de los detractores, convertir el alegato en apología y tributarle la merecida apoteosis.

Llegados a este punto, séanos permitido exteriorizar la satisfacción con que hemos visto, en el capítulo final de la obra, que un trabajo nuestro, — *San Martín y la argentinofobia venezolana*, aparecido en una edición de NOSOTROS correspondiente a 1931 — es citado por el doctor Otero en apoyo de su tesis.

La labor de búsqueda y cotejo de elementos ha sido tan minuciosa que, en un tema que parecía agotado, ha podido rectificar fechas, como la del nacimiento de San Martín, y aportar nuevos o casi desconocidos documentos, como el testamento ológrafo del prócer y otros relativos a sus parientes.

En general, la historia americana ha tenido por base el documento criollo. Para que sea verdadera historia, expresión cabal de la realidad objetiva, era indispensable consultar a la contraparte: a España, en este caso. Es lo que Otero, después de bucear en las fuentes nuestras, ha hecho al requerir sus luces a los archivos de la Península y, a mayor abundamiento, a los archivos de Bélgica, Francia, Holanda, Inglaterra e Italia.

No es posible dar una idea, siquiera aproximada, en una nota forzosamente breve, de una obra de la magnitud de *Historia del Libertador D. José de San Martín*. Nos concretamos por ahora a exhibir su importancia y a señalar sus puntos cardinales. Don José P. Otero ha puesto en práctica, tal vez como nadie lo había hecho hasta ahora, la tesis de Fustel de Coulanges, según la cual la historia no estudia hechos e instituciones solamente, porque su verdadero objeto es conocer el alma humana.

En verdad se advierte que la obra de Otero ha requerido una vocación historiográfica a toda prueba, un acendrado amor por la figura del personaje, una dedicación y una perseverancia sin límites, un claro criterio crítico y selectivo, un fuerte don de análisis y síntesis, una péñola adiestrada y fácil y una posesión de recursos pecuniarios para el lleno de la tarea. La tarea ha sido bien llenada. Otero ha erigido un monumento a la gloria de San Martín.

**Federalismo argentino**, por *Ernesto H. Celesia*. — Del propósito de realizar una consulta, relativa al Reglamento Provisorio de Córdoba en el año 1821, surgió esta obra en tres tomos. La abundancia de documentación existente en el Archivo de

Gobierno de aquella provincia mediterránea, avivó la instintiva curiosidad del doctor Ernesto H. Celesia; es decir que, como se trata de un estudioso, fué internándose en aquel mar de papeles viejos para extraer de ellos su contenido esencial y tornar'lo útil en el presente. La verdad que el tema reviste positivo interés. ¿Dónde están las raíces del federalismo argentino? Están en las provincias, anteriores en existencia a la nación, y Córdoba es una de las que poseen más antecedentes al respecto.

A cinco años de la Revolución de Mayo y después de haber sido teatro de la contrarrevolución encabezada por el ex virrey Liniers, Córdoba tenía como gobernador intendente a don Francisco Ortiz de Ocampo. Era éste un gobernante respetuoso de todos los derechos y asiduo en el cumplimiento de sus deberes, como recalca Celesia. Pero Ortiz de Ocampo no había llegado a esa función por designio popular, sino que su nombramiento procedía del Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, don Gervasio Antonio de Posadas. No se trataba tanto de la calidad del gobierno cuanto de su origen. Las provincias querían gobiernos propios, que afirmasen su personalidad. ¿Por qué había de ser el jefe del gobierno en Buenos Aires el que enviase, por su solo arbitrio, mandatarios a las provincias? Esto era unitarismo, y frente a ese concepto, o más bien dicho sistema, apareció una palabra de sentido contrapuesto: federalismo. Pero los conceptos o sistemas tuvieron siempre en política hombres que los encarnaron.

Un fuerte núcleo de vecinos cordobeses que hacía oposición a Ortiz de Ocampo buscó un punto de apoyo a sus aspiraciones y lo halló en José G. de Artigas, el vocero de la Federación "que estaba en lucha franca y decidida con el Director Supremo". Artigas intervino en los sucesos de Córdoba y todo se precipitó. Caída del gobernador Ortiz de Ocampo, Cabildo Abierto y elección de nuevo gobernador en la persona del coronel José Xavier Díaz, fueron las primeras expresiones del separatismo. "Heroico Padre de la Patria" llegó a ser para muchos Artigas y en Córdoba se habló de "independencia". Otra asonada con el consiguiente derrumbamiento del nuevo gobernante y luego el nombramiento de don Ambrosio Funes hecho

por el Congreso Nacional reunido en Tucumán; y así se marcha a tumbos por un camino erizado de obstáculos.

La reacción federal iniciada por Estanislao López, gobernador de Santa Fe, y los hechos que le son concomitantes, tienen en Celesia un juicioso intérprete. Y cuando, en el tomo tercero de su obra, llega éste al Reglamento Provisorio, para hacer su análisis exhaustivo, el lector hállase en condiciones de avalorar lo que tal documento importa como ensayo de constitución estadual. Es indudablemente la pieza más importante que por entonces se redactó en el país.

La obra, según se advierte, se concreta a un breve espacio de tiempo y a una región del país; pero es suficiente para que el autor, al emitir su juicio de conjunto, pueda decir, como dice, — con indiscutible autoridad — que en cuanto a la evolución política operada desde comienzos de 1815 hasta fines de 1821, no se perdió el principio de la nacionalidad, y que si fué necesario, para derrocar el centralismo oligárquico, que surgiera el federalismo democrático sustentado por las provincias y desconociera la Constitución unitaria que se le dió, ello nunca significó la segregación de cada provincia, sino que lo que se quiso fué lo que se consagró en el Congreso General Constituyente de 1853: “la organización nacional, a base de la amplia autonomía de cada provincia”.

La tesis histórico-jurídica del doctor Celesia queda ampliamente probada en su obra sobre nuestro federalismo.

**Sarmiento de Gamboa**, por *Ernesto Morales*. — Con el loable propósito de exhumar del polvo del pasado la memoria de un navegante español del siglo XVI, ha sido compuesto este libro. Para el señor Morales, Pedro Sarmiento de Gamboa, nacido en Alcalá de Henares, Iar de Cervantes, y contemporáneo de éste, es una figura representativa de la grandeza épica hispana de esos tiempos. Esa grandeza, léese en este libro, explicábala el español místicamente: “era el premio otorgado a su ahinco para bregar contra la morisma”; es decir, que Dios recompensaba al español dándole el imperio de América y sus vastos tesoros. Pero Morales halla una explicación más positiva. La España de aquel siglo, en su concepto, estaba estructurada de un

idealismo y de un realismo que al fusionarse le dieron una característica inconfundible.

Morales halla que esos dos polos del alma española están en Sarmiento de Gamboa. Nadie más idealista que él y tampoco, nadie más realista. Y si a esto se agrega, — concluye al respecto — su orgullo y su sentimiento del honor, capaces de llevarlo hasta el sacrificio y la muerte, tendremos en Sarmiento de Gamboa la evidencia de las cualidades de la España de su siglo “y en él un representante neto de su raza”.

Ya Domingo Faustino Sarmiento habla en *Recuerdos de Provincia* del adelantado Sarmiento, fundador de la colonia de Magallanes, y declara que se holgaría mucho, si hubiese encontrado títulos suficientemente claros de familia, de poder referir a tan noble origen sus esfuerzos realizados en Chile para repoblar el estrecho.

Sarmiento de Gamboa es el hombre que, no salido aún de los lindes de una juventud batalladora, y después de haber realizado estudios de náutica, llega al Nuevo Mundo por México y de allí pasa al Perú, como si quisiera unir los manes de Cortés y de Pizarro. Durante siete años anduvo Sarmiento de Gamboa viajando por el Perú: recogía datos, hablaba con los viejos indios, escuchaba de éstos sus tradiciones y leyendas; de modo que lo verosímil y lo fantástico se dan la mano en su *Historia de los Incas*, recientemente descubierta y publicada. Y aquí Morales apunta una de sus atinadas observaciones: “Porque así es siempre la historia oral de los pueblos, la historia poética que se transmite de unas a otras generaciones, emocionadas al narrarlas y al escucharlas”.

Largo e interesante es el relato de las proezas y peripecias en tierra y por mar de Sarmiento de Gamboa. Si se salva por primera y por segunda vez de las garras de la Inquisición, al comenzar el año 1570 está de nuevo en tierra de aztecas, próximo a dirigirse a España con el propósito de hacer valer sus derechos de descubridor de las islas australes. Nueve años después, Sarmiento de Gamboa partía del Callao con rumbo al Estrecho de Magallanes. Varios capítulos de la obra de Morales están destinados a historiar aquella expedición. Si admiramos el valor de los exploradores modernos, como Conway, Bove, Parker King, de Agos-

tini, qué decir — se pregunta el autor del libro que nos ocupa — de Sarmiento de Gamboa, que guía la ruta de una escuadra en lucha más contra el terror de sus subordinados y la mala voluntad de sus camaradas que contra los embravecidos elementos. Sarmiento de Gamboa pertenece, pues, a la categoría de los grandes navegantes, del tipo del príncipe portugués Don Enrique, de Magallanes, de Balboa.

Después de consultar una extensa bibliografía, el señor Morales puede brindarnos un libro que llena su finalidad apologética y resulta útil para el estudioso.

**Monteagudo**, por *Máximo Soto Hall*. — Es altamente significativo, por lo honroso para nuestro país, el hecho de que los grandes hombres argentinos del siglo pasado hayan tenido excelentes, cuando no los mejores, biógrafos en el extranjero. Benjamín Vicuña Mackenna, chileno, publicó un notable libro sobre San Martín, libro que da la medida de la grandeza épica y moral del capitán de los Andes. J. Guillermo Guerra, chileno también, publicó la primera historia de Sarmiento, escrita sobre la base de una buena información y no exenta del vigor que cuadra al personaje. José Enrique Rodó, uruguayo, hizo, con brillante pluma, la mejor pintura de Juan María Gutiérrez y su época. Ahora es un guatemalteco — compatriota y camarada de Rubén Darío — el que nos presenta un retrato de Monteagudo.

Bernardo de Monteagudo, el hombre que recorrió más tierra firme en la lid por la emancipación americana — tal así como fué Buchardo el aventurero de los mares — era una figura un tanto fragmentaria en los anales argentinos. ¿Qué había sido de Monteagudo en el lapso que media entre su caída del ministerio, en Lima, en julio de 1822 y su vuelta a la misma capital peruana, en abril de 1824? Máximo Soto Hall nos lo dice. El pendolista argentino estuvo en Quito, en Guatemala, en Panamá; por allá se relacionó con hombres notables de la época, luchadores también por la causa de la libertad. Por allá conoció a Bolívar. Y el que había sido ministro de San Martín durante el protectorado del Perú, sería ahora, sin desmedro de su lealtad al héroe abnegado que se alejaba del nuevo mundo, sería el consejero, suerte de ministro sin cartera, del guerrero venezolano a quien

iba a corresponder la gloria de terminar la guerra hispanoamericana.

Una centella; más que eso, un idealista práctico; más todavía, un entero varón: he aquí el Monteagudo visto por Soto Hall. "Poesía del trueno que aterra, el relámpago que deslumbra y el rayo que mata", dice. Admirable es, en efecto, la odisea de Monteagudo. Hasta lo anecdótico interesa. (A un buen señor que le prestó dinero, cosa de 1.500 pesos, para costearse el viaje de Panamá hasta la Gran Colombia, le dejó un sobre cerrado, para ser abierto tres meses después de su partida; y abierto el tal sobre en el tiempo establecido, resultó contener tres perlas, las que compensaban con largueza al caballero).

Pero lo que Soto Hall se ha propuesto es poner de relieve el ideal americanista de Monteagudo. Ya en 1818 Bolívar había expuesto su propósito en favor de una federación americana, y en 1822 don José Cecilio del Valle, un ilustre guatemalteco, había escrito en igual sentido y hasta había usado — un siglo antes que Europa — el término de Sociedad de las Naciones. La idea, sin embargo, dificultada por los acontecimientos, había caído, tras la indiferencia, en el olvido. Fué entonces que el relámpago de Monteagudo la alumbró: la alumbró en su "Ensayo sobre la necesidad de una federación general entre los Estados hispanoamericanos y plan de su organización". Así alumbrada y esclarecida, la idea renació. Y los pueblos fueron invitados por una circular escrita por el antiguo redactor de la *Gaceta de Buenos Aires*. Y la conferencia se reunió, corriendo el año 1826, en el Istmo de Panamá. Y, de no haber muerto en la encrucijada alevosa del 28 de enero de 1825, Monteagudo habría sido — lo supone fundadamente su biógrafo — el jefe de la delegación enviada por Bolívar y el árbitro de los destinos de la magna asamblea.

Prestan realce a la obra del señor Soto Hall, autor de una treintena de volúmenes, la sobria elegancia del estilo y el encendido espíritu con que ha sido escrita.

Biografías de conquistadores, por *Roberto Levillier*.—El más ahincado de nuestros historiadores de la conquista acaba de publicar otro volumen sobre el tema de su especialidad. Un co-



nocimiento amplio de los hechos, que le permite penetrar en los hombres, lo ha convertido en apologista de los españoles que descubrieron estos territorios y fundaron ciudades. La verdad es que si Alejandría proclama, sobreviviendo en los tiempos, el nombre de su fundador, Alejandro el Grande, y si Constantino tuvo a honra dar su nombre a la antigua Bizancio y trasladó a ella la capital del Imperio romano, no es mucho que se erija en alto a los que establecieron pueblos en virtud de ideologías de finalidad estratégica, económica o civilizadora, pueblos que constituyen al presente capitales de naciones y de provincias y cuya ubicación geográfica nadie intentaría hoy cambiar.

En *Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán*, obra que comentamos en su oportunidad, Levillier presentó el resultado de sus descubrimientos históricos de los últimos veinte años. Impónese en ella el propósito de refutar las leyendas creadas con el fin de desacreditar a los conquistadores. En el presente libro acentúa el autor dos hechos por él probados e insinúa certeramente una advertencia, todo ello a saber: que los españoles fueron civilizadores y crearon pueblos sin cuidarse de que la tierra donde los asentaron tuviese oro; que gran número de ellos fueron gente instruida, culta y de buen origen; que deben rechazarse en la historia de la conquista americana afirmaciones generales, dado que las verdades variaron según el tiempo y el lugar.

La serie de cuarenta biografías, que ahora publica, gracias a las riquísimas fuentes de Charcas y Perú, establece cuáles fueron los propósitos de los mandatarios al enviar jornadas de exploración al Tucumán o al endilgar capitanes para fundar ciudades en la vasta región que es hoy el Noroeste argentino, al mismo tiempo que robustece su tesis.

He aquí los conquistadores incluidos en la serie: Alonso Abad, Hernando de Aguirre, Miguel de Ardiles, Francisco de Argañarás, Juan Gregorio Bazán, Santos Blázquez, Alonso de la Cámara, Juan Cano, Nicolás Carrizo, Francisco de Carvajal, Alonso de Cepeda, Alonso de Contreras, Alonso Díaz Caballero, Nicolás de Garnica, Pedro González de Prado, Luis de Luna, Lorenzo Maldonado, Bartolomé de Mansilla, Gaspar de Medina, Hernán Mejía Miraval, Diego Pacheco, Juan Pedrero de Trejo, Juan Pérez Moreno, Juan Pérez de Zorita, Blas Fonce, Martín de

Rentería, Hernando de Retamoso, Juan Rodríguez Juárez, Blas de Rosales, García Sánchez, Gonzalo Sánchez Garzón, Juan Tedoño, Pedro Sotelo Narváez, Lorenzo Suárez de Figueroa, Tristán de Tejeda, Fernando de Toledo Pimentel, Alonso de Tulacerbin, Bartolomé Valero, Diego de Villaruel y Pedro de Zárate.

Aunque sintéticas, estas biografías nos ofrecen los contornos y el alma — cosas que excluyéndose relativamente a veces y sumándose las más, resultan admirables — de aquellos hombres fieros y místicos, egoístas y generosos, soñadores y prácticos, que hicieron de la religión un escudo y de la proeza un hábito.

**Iniciación de la vida pública de Rosas**, por *Ricardo Levene*. — El doctor Levene, cuya labor, tan extensa ya, afirma su preclaro título de historiógrafo argentino, además de haber obtenido el primer premio nacional por su *Ensayo histórico sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno*, ha publicado recientemente —aparte de otros opúsculos de carácter universitario— dos trabajos de remarcable interés.

*La anarquía argentina de 1820*, el primero de ellos, sirve como introducción a los *Acuerdos de la Honorable Junta de los Representantes de la Provincia de Buenos Aires*. Es de suyo arduo el tema de este libro, en razón de su complejidad. Baldón de nuestra historia era el terrible año, según uno de los lugares comunes a que con frecuencia apelan los autores; Vicente Fidel López, por ejemplo, habla lisa y llanamente del espantable “derrumbe de 1820”. Para Levene, en 1820, “hay algo más que ambición insana, venganzas personales y fuerzas de facción, y aun contando con estos mismos hechos, que fueron fermento de aquella hora, se puede afirmar que la anarquía tiene un aspecto constitucional: aquel desorden engendró una organización”. Tras el desastre de Cepeda (1º de febrero) caía Buenos Aires, que fuera hasta entonces jurisdicción de la autoridad nacional: necesitó ésta caer para que pudiese ser aquella una provincia como las demás. En 1820 establecieron su autonomía varias provincias; entre estas San Juan, que en 1º de marzo se declaró “independiente de la que hasta aquí había sido capital de la provincia de Cuyo: Mendoza”. Una de las creaciones del proceso de esa reconstrucción es, por tanto, la de Buenos Aires como organis-

mo jurídico, vale decir: como entidad del gobierno representativo federal. Toda esta época con sus diversos acaecimientos y contingencias —la que se caracteriza por la acción de las masas y la ausencia del grande hombre— está tratada a fondo en el referido volumen de Ricardo Levene.

El otro trabajo, *Iniciación en la vida pública de Rosas*, es a su turno introducción del volumen II de los citados *Acuerdos de la Honorable Junta*. Le da tema el cumplimiento de la paz de 24 de noviembre de 1820 entre Buenos Aires y Santa Fe. Rectifica Levene otro error en este interesante folleto, error que consiste en prescindir de la actuación de Juan Manuel de Rosas durante el trienio 1820-23. En virtud del correspondiente tratado de paz entre las dos provincias, la de Buenos Aires debía entregar a la de Santa Fe 25.000 cabezas de ganado y Rosas, comandante de los Colorados del Monte a la sazón, tomó sobre sí la tarea del cumplimiento.

En su *Historia de la Confederación Argentina* Adolfo Saldañas, el único historiador que se ha detenido en este punto, dice que Rosas cumplió el compromiso sin que nada costara a la provincia. Levene, con documentos inéditos que ahora pasan a ser éditos en los *Acuerdos*, prueba que el gobierno de la provincia de Buenos Aires auxilió a Rosas en la emergencia con 37.500 pesos.

No importa ello restar méritos a la acción de Rosas. Rosas, con este servicio a la provincia y con la actitud seguida poco después al renunciar una banca en la legislatura de la misma, se granjeaba el reconocimiento y la simpatía de gobernantes y pueblo. Tal sería, dice Levene al comentar la literatura solemne del joven estanciero, la caracterización de Rosas en esta etapa de la iniciación de su vida pública, pletórica de espontaneidad y fuerza. “La crítica que lo clasifica como simulador y comediante —añade— no le puede alcanzar para este período de su juventud, en el que se mueve a impulsos de ideas y pasiones...”. Respetando la opinión del disertado historiógrafo, estamos en este punto con esa crítica que califica a Rosas como “simulador y comediante”, por que, fuera de duda, éste era, desde antes de los treinta años de edad, un “aprendiz de brujo”.

**Ensayo sobre los artifices de la platería en el Buenos Aires colonial**, por *Fernando Márquez Miranda*. — Trabajo de positivo mérito es el que ha realizado sobre un tema de indiscutible interés retrospectivo el profesor en las Universidades de Buenos Aires y La Plata, doctor Fernando Márquez Miranda. Cuando nos maravilla alguna de esas filigranas trabajadas en metales preciosos por nuestros antepasados —por ejemplo, la tarja de Potosí, que le fué ofrecida como magnífico presente al general Belgrano durante su campaña en el Alto Perú, pieza que se encuentra ahora en el Museo Histórico Nacional, de Buenos Aires— comprendemos lo que fué en América el arte de los plateros. La presente monografía agota tal vez la cuestión en lo que concierne al Río de la Plata. Emilio Ravignani y Ricardo Levene habían manifestado su curiosidad por el tema; pero éste, como dice Márquez Miranda, permanecía hasta hoy casi virgen. Fuentes inéditas y éditas, todo lo ha revisado atentamente, según se advierte leyendo el texto y notas del volumen.

El plan no podía ser mejor. Tentativas de organización del gremio de plateros en Buenos Aires y sus antecedentes en España, México y Perú, es materia del primer capítulo, extenso y erudito. El segundo capítulo entra de lleno a exponer lo que ocurría en Buenos Aires, dentro de este ramo, en el siglo XVII, y se refiere a un conflicto —a ratos hilarante— entre los plateros y la alcaldía, por haber ésta impuesto a aquéllos un gravamen para contribuir a costear las fiestas del Corpus Christi del año 1753. Los restantes capítulos abordan sucesivamente los siguientes puntos: conflictos gremiales entre los plateros de Buenos Aires; dificultades en la compraventa, el tráfico de alhajas en el Virreinato y los conflictos individuales del “gremio” de Buenos Aires; exámenes para maestros: trámites, conflictos y dificultades; los plateros y las festividades populares en México, Perú y Río de la Plata; y luego se inserta la lista de los artifices, maestros, aspirantes a maestros, oficiales y aprendices, en Buenos Aires, durante el período colonial. El texto de varios expedientes, a partir del año 1775, forma un nutrido apéndice. Además, y como ilustración fehaciente, se incluyen en láminas facsímiles reducidos de documentos existentes en el Archivo General de la Nación, Biblioteca Nacional, Archivo Histórico de la

Provincia de Buenos Aires y en el Archivo de la Curia Eclesiástica de Buenos Aires.

Aunque a veces el autor emplea el tono polémico, como cuando dice (pág. 81) que tal cosa "quizás le costaría probar con documentos al distinguido autor del *Mariano Moreno y la Revolución de Mayo*, su estilo es claro y sobrio, según cuadra a la índole de su importante obra, en la cual encara certeramente, dentro del estudio de nuestra historia económica, el origen y la evolución de la agremiación, que tanto cuenta hoy.

**La enseñanza de la historia**, por *Rómulo Zabala y Enrique de Gandía*. — A principios del año 1933 Enrique de Gandía publicó *La patria de Juan de Garay*, trabajo con el que completa un tríptico sobre el segundo fundador de Buenos Aires. Buzo de archivos y disecador de cronistas postcolombianos, Gandía revisó papeles parroquiales y municipales de Villalba de Losa, Mijala, Barriga, Vilarcayo y Orduña, en España, y compulsó páginas hispanoamericanas éditas a lo largo de cuatro centurias, para establecer cuál fué el lugar de nacimiento del esforzado vizcaíno. Pues bien: Juan de Garay, dice, nació en los caseríos de Garay, sitios en Belandia, barriada o feligresía de Orduña, y, siendo quizá huérfano, pasó varios años de su niñez en Villalba de Losa, junto con su tío Pedro de Zárate, con quien años después —cuando Juan de Garay tendría unos catorce años de edad— embarcó rumbo a América. Acaso sea ésta la última palabra sobre el discutido tema, para honra del experto y estudioso que la pronuncia.

El penúltimo libro de Gandía, aparecido a fines del mismo año, se titula *Límites de las gobernaciones sudamericanas en el siglo XVI*. En él se fijan los límites de todas las gobernaciones que hubo en Sud América en el referido siglo de la conquista y colonización (unas 34) y se estudia, entre otras cosas, la Línea de Tordesillas. La obra incluye cuatro mapas.

En colaboración con Rómulo Zabala, otro erudito en la materia, Enrique de Gandía acaba de publicar *La enseñanza de la historia*. Hispanoamérica o América Hispana es, en concepto de ambos, la denominación que cuadra al conjunto de repúblicas americanas de habla española y portuguesa, y no la de Ibe-

roamérica ni menos la de América Latina, que suelen usarse. En diez capítulos sintéticos plantean luego los diversos problemas relacionados con la enseñanza de la historia en escuelas y colegios. “Los sentimientos hostiles que dividen a los habitantes de las repúblicas de América son una formación artificial —expresan—, obra más de los manuales de historia puestos al servicio de la política, que de causas verdaderas”. Para evitar la prolongación de ese yerro y, de consiguiente, para restablecer la verdad histórica adulterada por tan mal entendidos localismos, hay que redactar un manual de historia americana destinado a ser adoptado oficialmente por todas las naciones de nuestro continente. El plan de un instituto internacional para enseñanza de la historia en las repúblicas americanas, en la forma consignada al principio de esta nota bibliográfica, y al cual la VII Conferencia Panamericana de Montevideo le prestó aprobación en su sesión plenaria, pertenece a los señores Zabala y Gandía. Merecen éstos un franco aplauso, por tanto.

**Rivadavia, su gestión diplomática en España**, por *Mario Belgrano*. — Después de haber publicado un excelente libro en el que se perfila, depurada, una biografía orgánica del creador de la bandera argentina, el señor Mario Belgrano da a luz un nuevo libro para considerar extensamente un punto, del que en aquélla habló con brevedad. Es el punto relativo a las gestiones que ante España tuvo a su cargo Rivadavia, tendientes a asegurar la suerte de la independencia para las Provincias Unidas del Río de la Plata. Sin duda es éste uno de los temas más complejos en nuestra historia, como que la misión diplomática confiada a don Bernardino, el ex secretario del Triunvirato, conjuntamente con Belgrano y Sarratea, hallábase sembrada de dificultades y peligros.

Fernando VII era a la sazón (1815) un rey restaurado en su trono y se disponía a enviar una fuerte expedición para reducir a las que consideraba “colonias insurrectas de América”. Solamente había un resquicio, cual era la inclinación real, propia de la incertidumbre con que se pesaban las grandes resoluciones a adoptarse, a entrar en negociaciones que permitieran, mediante algunas concesiones, mantener el imperio colonial. Tal el punto

de vista de la corona. Pero frente a ésta debía estar, y estuvo, la aspiración secreta, pero esencial, de los argentinos por su emancipación política; lo cual había confiado tanto a la energía de las tropas armadas, como a la capacidad intelectual de la diplomacia.

Terrible prueba la que pasó por entonces la "nueva, gloriosa nación" cantada en el Himno. Belgrano tuvo que regresar al Río de la Plata, y Rivadavia quedó en Europa. Sarratea se inclinaba al sometimiento al dominio español, en tanto que el famoso conde de Cabarrús, perito en intrigas, operaba como adscripto a la misión argentina, pero sin la sinceridad y el fuego del que defiende la libertad del país propio.

Mario Belgrano, que ha revisado muchos documentos, de los cuales parte era conocida y parte inédita, aclara la posición de Rivadavia y dice que por más que Sarratea pretendió en notas y cartas hacerle aparecer como partidario del intento de ofrecer un cetro en Buenos Aires a don Francisco de Paula, hijo del rey de España, ningún escrito de Rivadavia, ni tampoco documento alguno de origen español, certifica aquel aserto. La argentinidad de Rivadavia, que se acentuó y se hizo categórica desde que el Congreso de Tucumán declaró la independencia del país, sale incólume del libro de Mario Belgrano. Llenan, por tanto, una tarea justiciera y útil las monografías que, como ésta, ahondan un problema histórico y logran sacar en limpio una verdad.

**El general Güemes**, por *Ricardo Solá*. — Del jefe de los gauchos del Norte conocíamos más bien la figura legendaria, es decir aquella que no ha entrado del todo en el cono de la historia. La obra del general Ricardo Solá restablece a pleno la personalidad real y auténtica de don Martín de Güemes. Los veintitrés capítulos del interesante libro siguen al prócer salteño desde su iniciación en la milicia durante la época colonial hasta su muerte en 1820, con las armas en la mano en lucha por la libertad de su patria.

Entre las cosas que más atraen la atención en este libro, cuéntase el entredicho que por los años 1815 y 1816 sostuvieron Rondeau y Güemes. Aquél, como jefe del tercer ejército del

Norte, ejército nacional creado por disposiciones del gobierno de Buenos Aires, reclamaba de éste la cooperación con sus tropas. Pero Güemes se hacía el sordo. Rondeau no reunía para él las condiciones de capacidad reclamadas por la magnitud de la empresa: sus regimientos no tenían la disciplina que supiera imponer antes Belgrano ni en su cabeza asomaban las aptitudes de organizador y estratega de San Martín. Y lo cierto es que el desastre de Sipe-Sipe vino a dar su razón a Güemes. Reo de alta traición a la patria lo declaró Rondeau. Pero sobrevino la reconciliación y cuando tuvo que dar cuenta de ella Rondeau, como apunta Solá, dijo: "La buena opinión, el patriotismo, los recomendables servicios del señor gobernador intendente de la provincia de Salta, no han perdido nada por aquel incidente sensible; antes han adquirido un nuevo valor por la feliz transacción, hija de la justicia, de la sinceridad y de la virtud".

Güemes, que no habría sabido dirigir grandes ejércitos, pero que con su sistema peculiar de guerrillas fué eficazísimo, como que contuvo y triunfó sobre siete invasiones de realistas que venían por el altiplano, resultó, y no al acaso, punto de apoyo para la campaña que comenzando en Cuyo dió la libertad a Chile y proclamó, más tarde, la independencia del Perú. Todo esto surge documentadamente y con entera precisión de la obra escrita por el general Solá. Además, el honrado gobernante, el patriota austero y el amigo de sus soldados, cobran alto relieve en estas páginas caldeadas de efusividad.

**Las dos fundaciones de Buenos Aires**, por *Enrique Larreta*. — Esta obra es una reconstrucción magistral, en la que intervienen el dato y la fantasía, del momento en que D. Pedro de Mendoza realiza en 1536 la primera fundación de Buenos Aires y de aquel otro en que, desaparecida ésta, D. Juan de Garay efectúa la nueva fundación en 1580. La primera es trágica. "Nunca vino de España expedición más brillante", dice D. Enrique Larreta. Pero los vientos de la adversidad soplaron furiosamente contra los intrépidos argonautas. El hambre, el frío y las enfermedades consumaron la devastación. Y para como de desdichas, el adelantado Mendoza murió durante el viaje de regreso, ¡triste viaje!, y al ser su cadáver arrojado al



mar “se cree escuchar el rumor de un ascua en el agua”. El cuadro que ofrece este capítulo del libro —todos los capítulos son de extrema concentración— es de una dramaticidad impresionante. Cuarenta años después viene Garay. Pero “ya está señoreada toda la tierra”. Los ganados que se le escaparan a D. Pedro se han reproducido en número incontable. A la epopeya sucede la tranquilidad, una tranquilidad que acaso aburra a aquellos hombres acostumbrados a proezas homéricas. “Acá la Plaza, allá el Fuerte, acullá la iglesia mayor”; y luego el reparto de solares y huertas, con equidad, previsión y mucho seso. Así surgió Buenos Aires, ciudad superior hoy —superior en población y riqueza— a todas las ciudades españolas de donde salieron los fundadores. Pero las dos fundaciones, diferentes una de otra, dejaron para siempre a la ciudad el doble sello regional: desenfado andaluz, que le viene de Mendoza, cordura vizcaína, procedente de Garay. Con todo, Buenos Aires era una linda ciudad de aspecto colonial hasta muy entrado el siglo anterior. Ahora, en cambio, desaparecida la aldea de antaño por obra del aluvión inmigratorio, lo que vemos es la fealdad de lo heterogéneo. Esta cosa desteñida para un observador extraño, causa manifiesto desagrado a un artista argentino como Larreta. El quiere que por el predominio del buen gusto la plaza de Mayo vuelva a ser lo que fué, y más aún: quiere que sea la mejor plaza del mundo. Todo esto, que parece el ensueño de un poeta, está dicho en una prosa prieta, purísima, apta por sí misma para elevar a la categoría de cosa bella un asunto por nimio que fuese. El escritor que ha restaurado en el Plata el genio del siglo de oro español, es capaz de darnos, en cada una de sus obras, una obra maestra.

**El santo de la Espada**, por *Ricardo Rojas*. — Después de las obras sobre San Martín, escritas, con intervalo de cuarenta y tantos años, por Mitre y por Otero, resulta poco menos que infructuoso el publicar una obra relativa al prócer. Pero de Ricardo Rojas no exigimos un trabajo rigurosamente historiográfico. La búsqueda afanosa en fuentes inexploradas y el cotejo de documentos que comporta una labor de crítica, no es la cuerda de Rojas. Rojas es el polígrafo que pasea a veces por el campo

de la historia en procura de elementos de segunda mano para sus construcciones artísticas. Pruébalo la simetría con que ha estructurado *El santo de la Espada*: tres partes puestas bajo la égida de tres aforismos y cada parte dividida exactamente en diez capítulos. El mismo autor proclama su intento de interpretar la figura de San Martín en una obra que propiamente pertenece al orden de la creación estética. "Escribo así una biografía que se romancea, dice por otra parte, más que en la perspectiva social de la historia, en la perspectiva individual de la psicología, sin excluir el mito que es inherente a toda epopeya y que da a las vidas heroicas un misterio trascendental". Si miramos de tal modo, según él lo intenta, su Santo de la Espada, le hallamos un indiscutible valor nacionalista y docente, al mismo tiempo que avaloramos la brillantez abundosa del estilo.

Estuvo en boga en el país, hace algunos años, la sujeción estricta, exclusiva, al documento. Era táctica de la llamada *Nueva escuela histórica*, que logró tener a su servicio buenos repositorios, pero que no adquirió el dominio de las formas. Ya Groussac alcanzó a darles un colazo a los señores que proponían *recetas para escribir historia*. Luego se sobrepuso la influencia de Fustel de Coulanges, que llegó a nosotros con retardo, y la de Maurois, para quien "un buen retrato es un retrato parecido y un trasunto artístico de la realidad", y la de Emil Ludwig, autor que nos da construcciones muy personales en sus biografías de grandes hombres. Se vuelve, pues, a la verdad clásica de que la historia es ciencia y arte a la vez.

Cualquiera de los capítulos de la obra de Rojas puede ser extraído para una antología; algunos, como "Bajo la Cruz del Sur", "La noche de Guayaquil", "Maestro de su hija", hienden el ánimo del lector con honda unción.

**La santa furia del Padre Castañeda**, por *Arturo Capdevila*. — La fecundidad de este autor se manifiesta ahora en un nuevo y sazonado fruto de su clara y alta inteligencia. Conociase del Padre Castañeda un retrato desdibujado, debido quizás a las ronchas que su furia levantó. Para Capdevila es "santa furia" la del franciscano cordobés. El cronicón porteño, según se califica a sí mismo, trasunta la verdadera personalidad del fraile y muestra

a los comefraciles de la época revolucionaria. Dijimos acerca de otro libro de Capdevila —*Rivadavia y el españolismo liberal de la revolución argentina*— que es la historia de un prócer escrita por un poeta; pues ahora confirmamos el aserto, bien que con alguna variante: el que aparece aquí es el novelista. Parten límites la historia y la novela en esta biografía, dice él mismo; y ello en razón de ser el personaje profundamente novelesco, y porque “presumo —añade— que este mi libro será tanto más histórico cuanto más novelesco parezca”. Veamos. “Presentación de su Paternidad entre una nube de polvo”, “Donde se dan varias noticias que no pueden faltar”, “El ordenado desordenador”... por este tenor van titulándose los capítulos. Un talador del juego de Capdevila puede, burla burlando, expedirse en tales términos sin que se hagan cruces los datistas. Pero ¿quién era el Padre Castañeda? Ante todo quiere Capdevila que fray Francisco de Paula Castañeda sea un precursor de Sarmiento en el apostolado educador. Al fraile no le bastaba que los niños aprendiesen la doctrina cristiana, a leer, escribir y contar. El dibujo, la historia, la geografía, la geometría, la náutica, la arquitectura civil, militar y naval, la esgrima, la danza, la equitación: todo, en su concepto, debía aprenderse, aún tomando horas a la noche. “De no ganarle al franciscano aquella santa furia que lo condujo a pasquinar, ¿quién dudará que su vida entera se hubiera dirigido a la obra de la enseñanza, y que ciertamente Sarmiento habría estado de más?” Siempre tenemos que señalar —digamos aquí— algún punto de disidencia con Arturo Capdevila; pero él nos conquista con su rica imaginación y con su riquísimo lenguaje. Y nos quedamos agradeciéndole el regalo de su música.

**Rosas**, por *Antonio Galante*.— Como reacción frente a la tendencia, más o menos vergonzante en algunos y desembozada en otros, a imponer la apología de Rosas, surge este libro que analiza, con criterio psicológico, los sentimientos del tirano. Parecería, ciertamente, que el rosismo va convirtiéndose en una moda entre nosotros. Dice Antonio Galante que tal tendencia se oculta tras un riguroso método histórico e impecable estilo académico. El rosismo de nuestros contemporáneos tiene como fuente la documentación dejada por Rosas, que fué muy precavido

en este punto, y si en las obras de aquéllos asoma a veces el tirano, no lo es tanto como para descubrir sus crueldades y resulta casi invariablemente justificado: justificado con esta socorrida expresión: "Rosas fué un producto de su época". Habríamos de preguntar cómo se concilia esto de que la época que daba un ideólogo en Rivadavia expedía un foragido como Juan Manuel de Rosas. El primer reproche que se hace en el presente ensayo, en el que el estilo literario cede primacía al examen, es el de haber violado Rosas el primordial deber para con la patria, pues las legiones que lidiaron durante tres lustros por la emancipación política del país no lo contaron en sus filas. En otro capítulo, "Rosas y el fatalismo histórico", sostiene el autor que Rosas fué un hombre normal y no un desequilibrado; y discurrendo al respecto dice que el problema trascendental de la filosofía es el de la libertad y el determinismo. Es que Rosas fué un hombre calculador, astuto, pérfido, todo ello friamente, y sólo con alguna escasa compensación de incansable trabajador y mediano administrador de la cosa pública. El señor Galante ofrenda su libro a la ciudad de Dolores, que guarda el recuerdo de tantas víctimas de la tiranía.

**Sarmiento**, por *Aníbal Ponce*.— Los libros de Guerra, de Salinas, de Lugones, de Bunge y de Palcos, sobre Sarmiento, colocan en sólido pedestal la figura ciclópea del civilizador. También el escritor Aníbal Ponce nos había dado un atrayente ensayo sobre *La vejez de Sarmiento*. Este nuevo libro suyo aborda el estudio más completo, en mira de un boceto integral del personaje, con lo que resulta especialmente útil para la juventud estudiosa. La obra escrita de Sarmiento, sobre todo *Recuerdos de Provincia*, ha servido de base al biógrafo; en lo que ha hecho bien, puesto que este libro, publicado en Chile cuando el emigrado contaba 49 años de edad, es el mejor elemento para conocer el período de su formación. El publicista, el fundador de establecimientos de enseñanza, el gobernante, el diplomático, el sociólogo, el parlamentario, tienen su lugar en las páginas del señor Ponce. La apreciación del *Facundo* y de *Conflicto y armonías de las razas en América*, es justa. El episodio en que el gran viejo aparece irguiéndose con aquellas palabras lapidarias:

"Yo soy don yo", es de los mejor logrados. Esencialmente, Ponce considera a Sarmiento como el "constructor de la nueva Argentina". Con todo, y con reconocer muchos aciertos y la belleza de no pocas páginas, el retrato no resulta tan vigoroso como cuadra a la talla de Sarmiento.

JUAN RÓMULO FERNÁNDEZ.

## ERNESTO QUESADA

(FALLECIÓ EL 7 DE FEBRERO EN SPIEZ, SUIZA)

**E**L año pasado NOSOTROS se asociaba ampliamente al homenaje tributado en Alemania y en la Argentina, al doctor Ernesto Quesada, en ocasión del septuagésimoquinto aniversario de su nacimiento. (Ver N° 290-291, julio-agosto, 1933). Un año antes (N° 278, julio, 1932) habíamos publicado un extenso reportaje al prestigioso profesor y escritor, hecho en su residencia de Villa Olvido, en Spiez (Suiza), por el periodista boliviano Humberto Vázquez Machicado. En este reportaje, cuya sabrosa lectura volvemos a recomendar, nuestro ilustre compatriota hacía desfilar, a la luz del recuerdo, su fecunda existencia de estudioso y publicista, y llegando a los días presentes, exponía su incansable actividad actual. En unas y otras páginas citadas encontrará el lector una riquísima información y autorizados juicios sobre la obra del argentino eminente que acaba de fallecer el día 7 de febrero en su montañoso retiro de nombre algo misantrópico.

Fué la de don Ernesto Quesada una vigorosa personalidad. Heredero de una tradición clarísima, la de su padre, don Vicente G., diplomático e historiador, el *Victor Gálvez* de las entretenidas *Memorias de un viejo* con quien el hijo dirigió en común la *Nueva Revista de Buenos Aires* (1881-85), —continuación de la *Revista de Buenos Aires* del propio don Vicente y Alberto Navarro Viola (1863-71)— Ernesto Quesada mantuvo y enriqueció durante más de medio siglo esa tradición de alta cultura y laboriosidad ejemplar. Su primer libro, en colaboración, es de 1877, cuando el joven estudiante de derecho tenía solamente diecinueve años; su primera obra personal, un apretado volumen titulado *La sociedad romana en el primer siglo de nuestra era*, estudio crítico sobre Persio y Juvenal, es del año siguiente.

Desde entonces ¿a qué número alcanzan las publicaciones hechas por Quesada, en libros, algunos macizos, o en folletos, todos densísimos? La última lista que recordamos, contaba 286. Y quedan las inéditas. Sobre las más diferentes materias. Jurista —ejerció altos cargos en la magistratura hasta el día de su jubilación—, sociólogo —fué profesor de la materia en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires—, historiador, diplomático, financista, crítico literario, bibliófilo, su información era



LA ÚLTIMA RESIDENCIA: VILLA OLVIDO (SPIEZ)

tan vasta como asombrosa su capacidad de trabajo. Esa fecundidad suya era proverbial, y motivaba más de una apreciación burlesca, harto explicable en labios de quienes, salvo nada frecuentes excepciones como ésta, no nos caracterizamos por la continuidad en el esfuerzo ni por la laboriosidad excesiva. Había en él, en esa su laboriosidad sorprendente, en su avidez de conocimientos, en su método de trabajo, en su prolija abundancia al tratar cualquier asunto, en su mentalidad, y también en sus costumbres, en su apostura, en su gesto, en la composición de su figura, mucho del *herr Professor*, orgullo de la Universidad y la ciencia alemanas de la época guilbermina. Aunque bien argentino por su estirpe, la educación que recibió en Alemania durante su juventud, después de haberse graduado en 1882 en nuestra

Facultad de Derecho, dejó huellas hondísimas en su espíritu, en sus aficiones y en sus maneras. He ahí uno de los motivos por que, al renunciar a la magistratura, eligió la Suiza bernesa como retiro de su ancianidad nada perezosa, vinculándose desde entonces más estrechamente aún, al mundo intelectual y universitario de su segunda patria, la adoptiva de su espíritu. Posiblemente contribuyó a esa expatriación voluntaria, la decepción de no hallar en la Argentina quienes supieran valorar y salvar de la dispersión, una de las grandes obras de su vida, su biblioteca particular, rica de 82.000 piezas, entre libros, folletos y manuscritos. Aún recordamos en esta casa cuánto preocupaba esta indiferencia a José Ingenieros, otro admirable trabajador, que por lo mismo sabía apreciar en su entero valor la obra de su colega mayor en años. Por eso, y también obedeciendo a un deseo testamentario de su padre, donó Quesada su biblioteca a la Universidad de Berlín, la cual ha creado en torno de ese fondo bibliográfico un Instituto de cultura, de docencia e investigación, —el *Ibero-Amerikanische Institut*—, que hace tanto honor a Alemania como a la Argentina, con beneficio recíproco para ambos países, según puede verse en la relación que de esa obra hizo recientemente en las páginas de NOSOTROS (Nº 283) el doctor Issó Brante Schweide.

Quesada leía y escribía sin darse otro descanso que el necesario para reemplazar sus energías mediante la gimnasia y la equitación, que mantuvieron vigoroso y sano hasta la muerte, su recio cuerpo. Escribía *ex-abundantia cordis*. No era un prosista castigado, de intachable corrección, ni podía serlo, practicando como practicaba el “no tuve tiempo para escribir más breve” del escritor francés. Sí fué un escritor de larga vena, de gran variedad de movimientos, que nos trasmitía en la dilatada avenida de su prosa, innumerables observaciones y sugerencias personales, junto al caudaloso zumo exprimido de sus lecturas.

El tiempo decantará la obra de este talentoso polígrafo. Los argentinos, según la dirección de nuestra curiosidad, podemos aprender bastante en los muchos libros y opúsculos que componen esa obra imponente. A él la curiosidad, el anhelo de saber, no le abandonaron nunca hasta su postrer día. El sociólogo que en el siglo XIX frecuentaba y comentaba, en el libro o en la cátedra, a Comte, a Spencer, a Mill, a Marx, a Durkheim, a



Stammler, volvía los ojos ahora con no menor interés, a la obra de Spengler y Keyserling. Por los mismos días en que una sentencia judicial sobre propiedad literaria se convertía bajo su pluma en un voluminoso libro, escribía sobre cuestiones lingüísticas, sobre problemas filológicos, sobre asuntos históricos o di-



UNO DE SUS ULTIMOS RETRATOS

plomáticos. La historia argentina fué objeto de más de una paciente rebusca suya. Entre sus muchas publicaciones sobre esta materia, merece recordarse muy especialmente el libro *La época de Rosas*, ágil y audaz defensa del tirano, publicada en 1898 y reeditada por la Facultad de Filosofía y Letras, con amplias adiciones, en 1923. Sobre *La enseñanza de la historia en las Universidades alemanas* publicó en 1910 un macizo informe, acopio

de noticias y documentos que agotan la materia; y otro no menos voluminoso sobre *La legislación inmobiliaria tunecina*. Viajó mucho. Una vez viajó alrededor del mundo. Relató ese viaje en NOSOTROS (Nos. 63 y 64, año 1914). Animoso hasta sus últimos días, en 1927 voló con su esposa y dos amigos en hidroplano, hasta la región polar de Spitzberg, a 81° de latitud. Pero no era un contemplativo. En cada uno de esos viajes recogía materiales suficientes como para alimentar durante largos meses sus futuras jornadas de trabajo. También le atrajeron las cuestiones puramente literarias, y así nos ha dejado interesantes páginas críticas sobre libros y escritores extranjeros y argentinos: Goethe y Disraeli; Avellaneda, Ocantos, Gamboa, Cané, Rodó, Estrada, Obligado, González; sobre asuntos de índole general: el problema del idioma nacional, el criollismo en la literatura argentina, etc.

NOSOTROS tuvo en todo tiempo en Quesada, aun residente en el extranjero, un paternal amigo. Se vinculó con esta revista, desde los días en que sus noveles directores cursaban sociología en la cátedra universitaria que él regentaba; a pesar de su aparente desabrimiento, diríamos, de su aire erizado y tremebundo, supo de inmediato valorar la juvenil empresa y estimular y ayudar con su consejo y colaboración a sus fundadores. Su primera colaboración en esta revista fué de 1908 (Nº 13-14), un extenso estudio sobre *Ferri conferencista*, donde abogaba entonces por lo que más tarde se ha hecho, por la organización de las conferencias de los intelectuales extranjeros, por universidades o círculos de cultura, substrayéndolos de ese modo a los empresarios de teatro y a los auditorios de bajo nivel, que antes obligaban a los conferenciantes al histrionismo y a la superficialidad, con mengua de su personalidad verdadera. Desde entonces colaboró asiduamente en estas páginas.

Todavía se carteaba con nosotros desde Villa Olvido, donde sus días transcurrían entre sus recuerdos, su correspondencia, sus renovadas lecturas y la piadosa dedicación a la obra de ordenación de los treinta volúmenes inéditos de las *Memorias* de Vicente G. Quesada. Por eso su muerte nos sorprende por lo inesperada, y nos aflige por ser la de un maestro y un amigo.

LA DIRECCIÓN.

# CRÓNICA

---

LUIS PARDO (Luis García)

LA muerte del hidalgo español, en la apostura y en el ser moral, que fué don Luis Pardo, ha sido hondamente sentida en los círculos literarios en los cuales era familiar y querida su figura prócer. De su tertulia, de su "peña", frecuentada por periodistas, dibujantes, artistas y literatos, siempre llegaron a Nosotros los ecos de la simpatía que despertaba su afabilidad paternal, su generosidad de colega mayor, su cultura, sólida aunque nada ostentosa, su ingenio chispeante. *Caras y Caretas*, la gran revista ilustrada, tuvo en él a uno de sus creadores de la primera hora, allá a fines del siglo pasado, pues se contó entre quienes le dieron vida, carácter, peculiares rasgos distintivos. Y a ella ha pertenecido hasta su último día, fiel a su labor de decenios, sin descanso. Para nosotros, lectores que éramos niños cuando *Caras y Caretas* surgía a la vida, él se repartió de inmediato, desde la primera hora, nuestras preferencias, junto con el inolvidable José A. Alvarez. Pero nuestros conocidos no eran Alvarez y Pardo, sino *Fray Mocho* y *Luis García*. Luis García: he ahí un nombre que quedará en la historia de la musa humorística en la Argentina, toda ella de origen español. Ningún poeta humorístico más leído, más difundido, más popular que Luis García. Ninguno con mayor dominio del verso, hasta hacer con él, con el metro y la rima, los más sorprendentes malabarismos; ninguno de vena más fácil, más fluida, de inventiva más rica, de risa más sana. El hizo su *Sinfonía*, semanalmente, a lo largo de treinta y seis años, y derramó en muchas otras páginas de la misma revista su inagotable ingenio festivo. Una montaña de volúmenes podría componerse con sus "obras de burlas", y entre ellas hallaríamos de todo: la sátira política y la de costumbres, la caricatura personal o literaria, el comentario risueño, la narración burlesca, la humorada intrascendente, el puro funambulismo del temerario técnico del verso. Y toda suerte de ocurrencias, y más de una gota de lirismo auténtico. Sus amigos debieran reunir, en un volumen siquiera, la mejor parte de sus poesías, las de valor más permanente por trascender de la actualidad fugaz. Ellas formarían una antología del buen humor porteño, mientras Buenos Aires crecía, de gran ciudad chata, a gigantesca cosmópolis, la cual podría servir a todos, de recreo e información, y de lección a más de un presuntuoso poeta novel, de aquellos que confunden lírica y humorismo.

LA DIRECCIÓN.

## LETRAS ARGENTINAS

**El paisaje argentino en función de arte**, ensayos, por *Carlos B. Quiroga*. Ediciones argentinas Tor, Buenos Aires, (sin fecha).

**TEMA** lleno de sugerencias es éste del paisaje argentino en las obras literarias tratado por Carlos B. Quiroga. Recordamos de inmediato que el paisaje estético argentino le debe abundantes páginas que cuentan

entre las más felices de nuestro costumbrismo, y que algunos libros suyos han traspuesto las fronteras como mensajeros de nacionalidad artística. Obra tesonera la suya en la ruta nativista, reafirma no sólo la persistencia de temas y motivos sino su calidad inconfundible.

Viene a la memoria el nombre más significativo en la serie de sus obras: *La raza sufrida*, novela en que elevó el tema cordillerano a plano no alcanzado ni aproximadamente por los autores que le precedieron. Consiguió colocarse, además, a la par de los más conspicuos representantes de la literatura nacionalista del país, en particular de los cultores de la pampa estética. Lastima grande que ese libro múltiple, a la vez realista y lírico, permanezca en incognita para la mayoría de nuestros críticos, atentos más que a jerarquizar valores y orientar a los lectores con su juicio, a pronunciar las mismas cuatro palabras banales sobre la más reciente y llamativa carátula libresca. Es así como Carlos B. Quiroga figura entre los escritores que trabajan con menor estímulo de la crítica argentina, que, repetimos, no ha sabido valorar ni tampoco señalar defectos en un libro como *La raza sufrida*, pletórico de vida y lleno de sugerencias estéticas. Críticos extranjeros como Miomandre, Luisa Luisi, Contreras y otros, lo han indicado a nuestra propia consideración puesto en la serie de novelas representativas de la literatura americana.

Y bien, ¿qué nos trae Quiroga de nuevo en su presente libro? Lo diremos en breve: trae un constante recuerdo de su gran novela y la expresión de un amor hondo por las obras raigales de la literatura argentina. Ensayo de interpretación del paisaje físico en las obras que lo retratan, y al mismo tiempo valoración de los libros según la mayor o menor intensidad con que ese paisaje se muestra traspuesto a la realidad literaria, resulta en buena parte un paralelo del valor estético de la pampa y la montaña, paralelo en el que *La raza sufrida* es una presencia, ya subterránea, ya manifiesta, casi obsesionante en el autor. Otra vez probaríase un anterior aserto nuestro: que Quiroga es siempre el hombre de la montaña, empapado de esa emoción que ha sido el norte de su literatura y que tal vez no logre desalojar de su espíritu hasta que consiga producir la obra maestra de nuestro regionalismo, que hay derecho a pedirle realice cuanto antes.

Quiroga, haciendo crítica y jerarquizando valores no sale fuera del círculo de su intuición de artista. Gran intuitivo de la novela, apasionado, vehemente en la búsqueda de una belleza de que se siente depositario en buena parte, persigue en las obras regionales de nuestra literatura eso mismo que él ha buscado anhelosamente en las suyas: la conquista estética del paisaje geográfico argentino, o, como dice Miomandre, el estremecimiento metafísico que lo pone en contacto con las fuerzas eternas. El color local se despoja en sus manos de todo residuo efectista; deja de ser lo meramente pintoresco para hacerse sencilla pero trascendentalmente bello. Tal es la calidad de su regionalismo.

Algunas conclusiones significativas pueden deducirse de lo afirmado. El ensayo, o la crítica, sólo entran en su panorama estético a título de aproximaciones, de etapas provisionarias en pos de una meta, lírica en esencia, que, dadas las aptitudes del escritor tendrá que realizarse en la novela. Y que no suene lo último a paradoja. La novela reposa en amplia base lírica, intuitiva, en el sentido que el filósofo del lenguaje, Guillermo de Humboldt, definía lo poético: "La poesía da la realidad en su apariencia sensible, como se siente exterior e interiormente". Sin usar tecnicismos ni citas, cualquier lector se da cuenta de esto. Una novela que no importe un punto de vista personal, que no vaya cargada de esa sui generis emoción que resulta de la contemplación intuitiva de la realidad, no gusta ni conmueve; será un libro más o menos bien escrito, pero no es obra, creación. Después de Zola y los novelistas de su escuela, comprendidos los realistas, ningún autor ha alcanzado las cimas de la novela sin la base de

un potente lirismo. Y ya había lirismo en los realistas; recuérdese si no a Dickens. En los días que corren la fama levanta a la categoría de excelso cultor del género a un emotivo, un lírico, un introvertido frente al mundo: el británico Lawrence, cuya gran novela *Canguro* ha merecido los al parecer contradictorios adjetivos de caótica y de genial. No es pues sólo la técnica, ilustre maestro Gálvez, lo que hace un buen libro narrativo. La técnica es necesaria a la obra y contribuye como una buena herramienta a que resulte lograda, pero no es lo principal y no basta por tanto a salvar un libro carente de intuición, lirismo, fundamental novedad, arrebató, genialidad o como quiera llamarse a este elemento huidizo a la definición pero que el lector capta no obstante sin necesidad de intermedios.

Otra conclusión muy digna de anotarse, y que Quiroga desarrolla a guisa de introducción al ensayo primero, es el modo paulatino cómo esa conciencia estética váse elaborando en el terreno literario. La pampa, comarca privilegiada, según él, en lo que atañe a su revelación en nuestra literatura, ha pasado por el tamiz de varias generaciones de escritores, algunos, brillantes y notorias personalidades, antes de su definitiva conquista estética. Desde Echeverría, a quien con razón considera el precursor, hasta Güiraldes y Larreta — a quienes pudiera acaso sumarse los nombres de Acevedo Díaz, con su *Ramón Hazaña*, y el de Justo P. Sáenz, por algunos relatos de *Baguales* y *Pasto puna*, — sus exponentes máximos, hay una formación evolutiva en que paisaje físico y contemplador váense compenetrando, aceptado que el paisaje estético, según Quiroga lo define, "no es sino la tierra a través del alma humana". El paisaje estético se da cuando en obras literarias, o pictóricas, valaderas también como ejemplos, se evoca con sentimiento y belleza una determinada porción geográfica y sus características moradores. La verdad de este paisaje deriva-se del hecho de ser identificable al paisaje geográfico observado directamente o conocido por abundantes referencias, y su belleza, de la idealización con miras al efecto estético que el autor háyale impreso en su obra. Así, de una novela pampeana, pongamos por caso, *Ramón Hazaña*, diremos: he ahí la pampa tradicional, la estancia criolla y los gauchos, un poco venidos a menos, es cierto, pero gauchos todavía en el sentido de nuestra sentimentalidad martinfierrisca. Y siendo la obra suelta en la narración, evocadora fiel y sencilla de la tierra, y las figuras humanas, con ese no sé qué al cual intuitivamente llamamos sabor o acento criollo, no vacilamos en hablar de pampa estética en una tal novela.

Surge de lo dicho que la conquista del paisaje para el arte es imposible de lograr sin esa surra de elementos llamados en síntesis tradición. Tradición vale por historia, leyendas, esfuerzos culturales, emoción patriótica, ensayos personales, teorías en boga, afanes de independencia artística. Por eso no puede extrañar que Echeverría, siendo un precursor, no alcanzara a dar la visión cabal del ambiente pampeano ni de sus moradores. Sólo en contadas estrofas y trozos rítmicos de *La cautiva*, y casi únicamente en el canto primero, "El desierto", pueden desglosarse octosílabos y hasta décimas completas en los que la incommensurable llanura y el salvaje centauro alcanzan neto perfil de verdad y llevan al ánimo el convencimiento de lo artísticamente logrado. Todavía otros motivos restringían ímpetu y acierto a la inspiración de Echeverría. Por un lado no era un verdadero conocedor de la pampa física —no había ido más allá de la llanura bonaerense—, ni sus intuiciones poéticas eran lo suficiente vigorosas para suplir esa carencia de contemplación directa. Pesaban sobre él, además, prejuicios de escuela, agravados por su condición de discípulo sin genio, poeta por reflexión en buena parte. Recién los gauchescos trasladarían al verso la verdadera pampa, precedido en la empresa, el máximo payador, por la prosa genial de Sarmiento. Puede aceptarse por

hecho inconcuso que en las páginas pertinentes de *Facundo* se logra por primera vez la pampa estética. La visión del gran intuitivo que fué Sarmiento fué acabada al dar la imagen real sublimada en poesía de nuestra característica llanura. Si el autor de *Facundo* no usó para definir la pampa el calificativo de metafísica, que a Quiroga, que expresamente lo toma de Larreta, parecele tan exacto y sugerente, expresó en cambio el mismo contenido con palabras clarísimas. Otro tanto había de hacer Ortega y Gasset, y aun visitantes posteriores, desde luego con mengua del concepto, por repetido.

Los juicios literarios de Quiroga son seguros, y revelan lectura atenta y comprensión. Su estimación del *Martín Fierro*, concordante a ratos y discordante a las veces del juicio de Rojas, es interesante y meditada. Es posible que el mérito de nuestros gauchescos se haya exagerado bastante, sobre todo ciertos aspectos y señaladamente el valor filológico del *Martín Fierro*. Si se tiene en cuenta que el idioma español nunca atravesó un período de formación en el Nuevo Mundo, dado que los conquistadores lo trajeron tan adulto y definido como los demás órganos de colonización que importaron, es visiblemente exagerado el criterio que lo asimila a epopeyas auténticas, como el "Cantar del Cid". Poema de tipo arcaizante por la lengua, escrito por un hombre culto de la ciudad, que, eso sí, demostró ser un acabado conocedor de nuestra pampa y del gaucho, ha sido considerado por Rojas epopeya civil de la lucha del gaucho contra el indio.

En verdad, y así lo enfoca Quiroga, no es posible calificarlo de epopeya sino haciendo para el género una especial adaptación a la época, al momento y a las características de forma y contenido del poema gauchesco. El parentesco con *La Araucana* parecele a Quiroga —y sin duda lo es— un exceso erudito de don Ricardo Rojas. Otros críticos coinciden en la misma censura, y si bien grandes españoles como Menéndez y Pelayo y Unamuno, no discuten mayormente este parentesco, ello débese a la amplitud ecuménica, dentro de la hermandad idiomática española, en que Rojas engloba a los hispano-hablantes del Nuevo Mundo. Naturalmente que miradas las cosas desde tan alto plano, insumida nuestra literatura en la española, para un crítico peninsular, "la adhesión a su pensamiento surge inmediata y espontánea", como dijera Américo Castro, y no hay interés en hacer éste o el otro distinguo. Pero Castro, que es crítico agudo y sabio, no suscribe la españolisima tesis de Unamuno, quien sostiene: "Es un poema que apenas si tiene sentido alguno desglosado de nuestra literatura" (española peninsular). Para Castro, el *Martín Fierro* presenta un innegable carácter local, y añade que "no podía escribirse sino allí donde fué escrito". Más aun, objeta la calidad cerradamente nacionalista que por otro lado Rojas le atribuye —y que no desdice lo señalado líneas arriba acerca del iberismo del poema, según esta calificación sentada por el mismo Rojas: "el *Martín Fierro* es de toda la raza ibérica como documento filológico; pero es de nuestra raza argentina como documento literario"—, y llega Castro a indicar la verdadera esencia del poema en la siguiente conclusión, que conviene transcribir por extenso: "Científicamente no veo clara la unidad indisoluble que Rojas establece entre el concepto de nacionalidad y el de la peculiaridad de *Martín Fierro*. Por una mezcla de azares y torpezas no son una misma nación Bolivia, Argentina, Uruguay y Paraguay; de formar una unidad estos países, ¿por qué no habría podido surgir el *Martín Fierro* como gesta de la pampa? Y habría representado entonces una variedad regional, respecto del país mayor, dentro del cual podrían surgir otras variedades". Lo que significa decir que el *Martín Fierro* es el poema regional de la pampa, interesante como espejo de una determinada comarca geográfica, y del tipo, variedad racial, que la puebla.

No podemos, desde luego, en los límites de una crónica, rehacer la labor de juicio e interpretación de todos los libros regionalistas que el autor menciona —y de otros, no pocos, que deja en el tintero— en su presente ensayo. Tarea es que por nuestra cuenta llevaremos a cabo por extenso alguna vez. Todavía queda incompleta esta noticia, reducida al comentario único del primer trabajo en el orden, si bien es el más importante. No poco habría que decir de los dos ensayos siguientes, consagrados respectivamente a estudiar, y sobre todo recordar emocionadamente, a los ilustres argentinos Joaquín V. González y Fray Mamerto Esquiú. Digamos sólo en síntesis que en el hombre, ya se trate de humildes pobladores de la serranía, ya de eminentes hijos del mismo medio, Quiroga rastrea también el paisaje espiritual, la medida en que la criatura es hija de su ambiente, y cómo lo físico condiciona lo anímico más recóndito. No hizo otra cosa Sarmiento al deducir a Facundo de la calcinada llanura riojana. ¿Y cuánto no se ha repetido que Don Quijote es Castilla misma hecha espíritu? Del protagonista de *La raza sufrida* escribió Miomandre: "Preciso es no olvidar que Ventura (Quinteros) es un hombre culto, y que lo que él busca con más pasión tras las apariencias del paisaje, es cierto estremecimiento metafísico, que lo pone directamente en relación con las fuerzas eternas". También Quiroga es el hombre culto que anhela fundir su propia alma con las cosas de la tierra; así la tierra será espíritu y el hombre será cosmos a su vez. ¿Panteísmo? ¿Pero es que en los místicos no hay también, y acaso en ellos más que en los que no lo son, una buena dosis de panteísmo? De cualquier modo, no es arbitraria la elección que Quiroga ha hecho de dos figuras de místicos (cada cual a su modo), para integrar un libro sobre el paisaje estético.

JUAN B. GONZALEZ.

**Fuego en la montaña**, por *Arturo Lorusso*. Editorial Penca, Buenos Aires, 1933.

CON argumento sencillo, intrascendente en cuanto a ulterioridades no estrictamente novelísticas, ha construido el señor Antonio Lorusso una novela de ambiente y costumbres contemporáneas acerca de la cual podemos anticipar que desde ya cuenta entre las mejor realizadas en los últimos tiempos. Sobresale en el estudio de los caracteres, diestra y justamente observados, y si no es en rigor obra de fundamental arraigo en su medio físico tampoco ha sido éste descuidado en sus indispensables vinculaciones con los protagonistas. Ha resultado así una novela emotiva, bien trabada, de interesante lectura, en general, fielmente evocadora a ratos de sugestivos parajes de la serranía cordobesa —su teatro—, y que deja en el ánimo la sensación de haber anudado conocimiento con un escritor de verdad, probó y experimentado. Muestra en alto grado la aptitud de animar figuras, de presentarlas de bulto, vitales, pensantes, enamoradas o doloridas, como es dable verlas en la cotidiana existencia. Las situaciones destacan escalonadas en animado *crescendo* de emoción y dramaticidad. Lo que la novela cuenta sucede efectivamente en la novela. Cuando en el escenario ideal que es toda obra de ficción el autor despierta nuestra curiosidad y estimula nuestra simpatía conectando sin discontinuidad lo fantástico de su creación a la vida real que todos conocemos, y asistimos con los sentidos despiertos al ir y venir, pensar y querer de los tipos que el libro evoca por inexplicable milagro, entonces no hay duda que estamos en presencia de una obra lograda en lo esencial y que se trata de un verdadero novelista. Y tal impresión hemos recogido al leer *Fuego en la montaña*.

Escribimos obra lograda en lo esencial, porque no nos parece plausible por entero la novela de Lorusso. A nuestro juicio adolece de cierta des-

armonía entre la vestidura verbal y la acción o intriga; el estilo movido y certeramente revelador con frecuencia, denuncia altibajos de pereza o de insuficiente adecuación en no pocos momentos de la lectura, sobre todo en las páginas iniciales, algo pesadas y vulgares. Es curioso constatar este desvío por la forma junto al desvelo por la estructuración de las figuras, el juego escénico y los matices psicológicos consignados de acuerdo a la edad, la situación y lo que en general podríamos llamar el complejo social circundante. Poco creemos en los novelistas dichos estilistas, o sea aquellos en que la preocupación formal se exhibe avasalladora; la buena novela debe mostrar en equilibrio sus elementos integrantes, sin comprometer con el tono elevado su esencial naturalidad. Pero cuando se logra ajustar la dignidad de la forma al contenido, la obra adquiere significativo realce, y quizás, sólo entonces se llega a la ejecución cabalmente lograda. Lorusso, que comienza haciendo gala de humorismo, no consigue mantenerse airoosamente en esa postura; cae a menudo en la gracia burda, o simplemente anodina, plebeyizando a título de chistoso realismo expresiones y hasta decisivos rasgos de sus propios tipos. Parece como si el autor hubiese procedido con una idea absorbente: el temor de ser solemnemente fatigoso, o detallista con exceso. Ha sorteado así todo paisajismo ornamental, no obstante tener a la mano trozos naturales de riquísimo colorido. No lo censuramos por esto. Si bien el paisaje puede por sí mismo ser arte, si no forma cuerpo con la obra, si es desglosable sin que el conjunto se mutile, puede naturalmente prescindirse de él. Mas no se olvide que pocos ingredientes como el paisaje contribuyen a crear la atmósfera de la ficción, es decir, a quitarle al relato o novela lo embustero novelasco. Convengamos en que si el arte es mentira jamás lo aceptamos por arte si no logra transmitirnos la evidencia de lo verdadero.

Una vez más repetimos la exigencia que para la novela formulara Ortega y Gasset: "el tempo lento", opuesto a lo anecdótico y movido que debe ser el ritmo de la prosa en la narración breve o el cuento. Lorusso quiere comunicar movimiento a su estilo y cree que el humor es buen recurso para desplazarse, para centrar la atención sobre los hechos y arribar ansioso al resultado. Tal vez pudiera ser —Eça de Queiroz trazó un cuadro de alucinante verdad histórica y psicológica en *La Reliquia*, sobre un motivo que no podía ser más serio, y en ningún momento cambió el tono regocijado de su humor—, tal vez sea posible, pero la calidad del humorismo de *Fuego en la montaña* no nos parece recomendable, y seguros estamos de que trocada esta tonalidad de la prosa por la simple narrativa, aligerada en partes —los capítulos iniciales—, e intensificada en otras para dar cabida a otros tipos y otras sugerencias coloristas del ambiente, el libro habría alcanzado categoría de primera fila en nuestra novelística.

Hablamos de pereza, y la hay sin duda alguna. Sirvan de muestra las palabras iniciales: "Me gusta esta oficina. No es una gran oficina, pero es una oficina grande, en la que se respiran paz y aire a plenos pulmones". Aparte de la triple repetición del sujeto, que podía ser muy bien un recurso estilístico azorinesco, la imagen que sugiere aparece contradicha por las frases descriptivas siguientes, que la muestran sucia, desordenada, aburrida, un lugar, en fin, que invitaría mucho más a abandonarlo que a "respirar el aire a plenos pulmones". La imagen respondía sin duda a la otra realidad, de la que ya el autor empezaba a sentirse empapado y a la que anhelaba llegar cuanto antes: las sierras, las quebradas impregnadas de paz y aromas agrestes y los maravillosos valles de la montaña cordobesa. Dos breves capítulos dedica a la dicha oficina, y, ciertamente, poco sacamos en concreto. La oficina —muy otra, por su valor en el relato, que la de Santana, en los cuentos oficinescos de Mariani— no tiene otro significado que servir de asidero a los personajes auténticos de la narración, y los tipos que dentro de la misma quiere mostrarnos son



simples muñecos, sin papel en la obra. Ni logra dar la sensación de una casa real, ni de un verdadero despacho administrativo. Todo aparece en caricatura, en "humour". Sospechamos que tal borronado comienzo lo escribió el autor cuando aún no sabía adónde iría a parar en su esbozada novela, y que cuando ésta tomó forma y consistencia no tuvo paciencia para reescribirlo. De ahí que haya que pasar no menos de 50 páginas de "humour" y desarticuladas marchas y contramarchas de acción incipiente y de tipos tallados a manotadas, haciendo equilibrio entre la caricatura y el color local, para llegar, con la escena de Alta Gracia, al legítimo cauce de la novela, puestos los personajes centrales en el primer plano que mantendrán en todo el resto del relato.

Otra manera de interpretar la escritura y aun la totalidad de la obra sería tomar en cuenta para explicarlas la especial posición de autor teatral de Lorusso. El desvío y poca seguridad de su prosa van aparejados al primor de muchas escenas, como la citada de Alta Gracia, que constituye un cuadro perfectamente teatralizable. La que tiene lugar en el hotel de Yacanto, ya adelantados los sucesos, y que es decisiva para la determinación final del enamorado, estaría en el mismo caso. Cabe decir otro tanto de los momentos de convalecencia de María; y, por último, la despedida de los amantes, hasta por la castidad del cuadro, de indudable efecto teatral, de impulsos que se doblegan a un puro y a la vez heroico concepto del amor, escenas son que parecen haber sido trazadas para vistas sobre las tablas.

La acción novelesca posee unidad por la presencia constante del protagonista, que, con temple que no se desmiente de hombre fuerte y resuelto, atraviesa el libro de la primera a la última página. Este carácter, con visos de autobiográfico, es sugestivo por más de un motivo. Ante todo es real; tomado o no del mundo circundante es en la novela una presencia, un tipo. Hombre casado y ya maduro se enamora de una jovencita que podría ser su hija, y ama con sinceridad que no podríamos poner en duda. Prende el amor con violencia inusitada en esta alma que ya debiera empezar a enfriarse para tan cálidos afectos, pero nada de irreal ni de falso perturba la grata contemplación que el novelista nos depara. Este hombre enamorado no es en ningún momento ridículo ni inmoral, y eso que ama con el ímpetu abrasador de una tardía juventud. La gradación del cariño, las fomas como se manifiesta, los deliquios que suscita, son intachables dentro de lo que todos entendemos por verdadero. ¿Y qué decir de la heroína? Un bello, bellissimo tipo de enamorada, y el carácter con más quilates de prototipo, ha conseguido crear Lorusso. Su María está modelada con la delicadeza de una figura votiva del amor, pero sin faltarle uno solo de los rasgos de humana feminidad que definen a la mujer verdadera.

Renaremos ahora más de cerca en esto que podríamos considerar la técnica de las figuras novelescas. ¿Los tipos alcanzan plenitud humana como para considerarlos tales fuera de la recortada acción de la novela? ¿Han sido plasmados a título de síntesis humanas, o sólo con miras a un circunscrito escenario, el de la novela misma? Hay equilibrio de caracteres y acción, o predominio de las figuras sobre la acción, o viceversa?

Parécenos que, no obstante la reconocida calidad humana de los personajes, los centrales en particular, la aventura ha constituido la pre-ocupación dominante del novelista. En rigor, lo novelado es un pasaje sentimental, muy intenso sin duda, pero transitorio si miramos la índole habitual, permanente, de los dos protagonistas. Recuérdese que infinidad de novelas han sido escritas para mostrar cómo viven, cómo aman, odian o sueñan ciertas gentes en su existencia cotidiana, siendo eso, precisamente, la vida cotidiana, lo que los escritores han querido revelar. Acá no. *Fuego en la montaña* ofrece la novela de dos existencias sin interés casi por sí mismas, iluminadas transitoriamente por la pasión. Cuando

Cruz, al cabo de heroico razonamiento, decide renunciar a la posesión de la mujer ya conquistada para reintegrarse a su vida vulgar de marido, reflexiona, puesto el pensamiento en la amada: "Volveremos a ser dos trayectorias distintas, dos puntos, dos líneas divergentes en el espacio, que no nos encontraremos, así como no sea en el melancólico recuerdo. Me iré solo, solo como vine, para no volver, igualmente apurado, igualmente con la cara turbia y los ojos húmedos, y tú quedarás en tu sierra azul para seguir tu vida de mujer que tiene la divina ignorancia de los clavetes y no sabe nada de estas amargas cosas... Yo seguiré mi rumbo, mi huella... la del viejo buey que nunca debió salir del camino trillado, tirando la carreta..." Es entonces el momento dramático, escénico, de dos vidas sin mayor interés por sí mismas, lo que el novelista ha captado y llevado al libro. El desenlace, en que vemos al médico protagonista en brazos de la esposa, arrepentido y dolorido, destaca más el carácter de tangencia sentimental, de intermedio dramático, y también, justo es decirlo, enfría la temperatura vital de lo que, emotivamente juzgado, hubiera terminado mejor en cálida realidad de amor cumplido.

Más, a pesar de lo señalado, escuchemos las razones del autor, tal como pueden éstas deducirse del conjunto y sobre todo del desenlace de la novela. Una meditación muy reposada ha orientado los momentos finales de la acción. El autor de *Fuego en la montaña* ha pesado con sumo cuidado los ingredientes de orden moral, social y desde luego humanos de su ficción. Sin salirse del arte ha dejado bien sentados los fueros de la moral, al punto que invita a reflexionar sobre el debatido tema de lo moral artístico. Recordemos la insistencia con que Taine (*El ideal en el arte*) recalca lo que él llama "condición benéfica del carácter", que no es sino la moralidad esencial de los caracteres, y veamos cómo no sólo en plano de estimación teórica sino en el juego efectivo de la realización estética puede afirmarse la moral, sin mengua de la verdad. Y es que la moral, obrando en su legítimo papel de resorte interno y no de tesis, lo que resultaría forzado y hasta ridículo, puede en definitiva insanción, tal como lo sienta Taine, ser un factor de verosimilitud más. Nuestra imaginación, nuestra simpatía por la bella enamorada, cuya prevista desesperación nos aflige hizonos protestar recién del desenlace demasiado lógico, insincero casi de primera intención. Pero la reflexión —en arte, lógica y verdad son en el fondo lo mismo— nos hace darle la razón al autor, reconociendo que cuanto monologa el protagonista en el capítulo XXIV refleja el balance de su verdadera situación, y que al obrar como lo hizo procedió en la única forma que un hombre de sus años, estado y compromisos con la sociedad en cuyo seno vivía podía hacerlo sin falsearse a sí mismo. Ciertamente fué estrangulado el amor y sacrificado un corazón creyente, pero, ¿es que podía hacer otra cosa? El mismo se pregunta: "¿En qué queda mi gran amor?" Y se da esta respuesta que no sabríamos objetar: "Queda incommovible, más grande, más excelso que nunca, porque, ¿cuál mayor prueba puede ofrecer un amor de verdad que la renuncia absoluta, completa, sobre todo cuando se ha llegado a la conquista y a la dominación definitiva?"

JUAN B. GONZALEZ.

**Puerto Hambre**, novela, por E. González Trillo y L. Ortiz Behety.  
Editorial Tor, Buenos Aires, 1933.

**C**URIOSA por la forma y el contenido es la novela que la razón literaria E. González Trillo-L. Ortiz Behety acaba de poner en circulación por intermedio de Tor. Y nada habría que agregar sino elogios de no haber los autores, por un exceso de subjetivismo, malogrado en buena parte su obra. Por exceso, o por no bien entendido subjetivismo.

Comprendemos el propósito. Propusieron los novelistas elevar el tema a un plano donde no pudiera atarlos ningún compromiso con la realidad para lograr imponer con toda su trágica fuerza una sensación de horror. Y han logrado el propósito en cuanto a la sensación escalofriante, pero no en cuanto a la novela considerada en sí misma.

*Puerto Hambre* narra la proeza del colonizador Sarmiento de Gamboa que allá por 1583, embarcado con corta escuadrilla en Sanlúcar de Barrameda, se dirige a América para poblar el estrecho de Magallanes. Viene con el título de gobernador del Estrecho, pero no tiene mando en la expedición, circunstancia muy importante, pues de ella derivan buena parte de sus males sin cuento. El relato exhibe las penurias de la travesía y destaca sobre el fondo de codicia, crueldad y cobardía de los otros jefes, en primer término el comandante, Flores de Valdés, la pasta de hombre de mar, la rectitud inflexible pero nunca cruel, la tenacidad indomable unida a una dignidad sin igual de Sarmiento de Gamboa. Sobre cubierta, frente al mar bravo e inhospitalario, habiendo ya tremendas desgracias que lamentar en barcos hundidos y tripulaciones enteras tragadas por el abismo, este hombre parece la imagen del poder humano empeñado a su vez en no dar cuartel a la naturaleza. No cede ni cederá; desventura alguna lo hará desistir de su sueño de poblar el Estrecho. Sin embargo, poco dice su físico de su temple. "Es un hombrecito escuálido, de cuerpo enflaquecido por el sufrimiento y la angustia, de ojos tristes, de rostro pálido, sumido, huesoso. Una barba negra, sombría, lo hace más taciturno". Mas este mismo hombre: "Habla con firmeza, duramente, seguro de que no podrá fracasar, de que seguirá adelante y poblará el Estrecho. Tan seguro como que hay estrellas en el cielo y agua en el mar. Así lo ha prometido y así lo hará". Figura que se sale de la escueta crónica, como se ve, con perfil tentadoramente novelable. Acierto de los autores, precedido en campo vecino, simbólico-histórico, por el escritor Ernesto Morales, con su sabroso y documentado *Sarmiento de Gamboa*.

Y he ahí la novela: mares procelosos, naufragios, agotadores trabajos a bordo, enfermedades a cuales más horribles, sed, hambre, sublevaciones, el amor también, pero a raciones como las vituallas, desesperanzas, abominaciones, codicia homicida y una voluntad que no se dobla: Sarmiento de Gamboa. Esto por lo que al mar atañe; en tierra no fueron mejor las cosas. Llegados al Estrecho, naufragos más que conquistadores, hacen amistad con los indígenas y las cosas van bien unos días, pero luego, otra vez los horrores, las desgracias irreparables. Una ola de locura criminal convierte en fieras a estos hombres todavía no repuestos de las desdichas de a bordo. Matan bárbaramente a los indios, que les devuelven el sistema tan nuevo de relaciones en las tierras recién conocidas, se asesinan entre ellos. No hay cuartel; es la demencia destructora desatada, la locura homicida contagiando a todos como irrefragable peste. ¿Y Sarmiento de Gamboa? Es una gran silueta que en tierra se desdibuja, se torna opaca, desaparece casi. Acá lo falso de la novela. Un poblador de su temple, que supo dominar a tripulaciones de hambrientos sublevados que no temió a los elementos enfurecidos en barco que a veces semejaba más bien una balsa de naufragos, en tierra no tiene autoridad, y mira, impasible nos parece, cómo su obra se desmorona y su esfuerzo se torna estéril.

¿Razones del cambio? Alguno ha pensado en voz alta por ahí: "El olor a sangre ayuda a vivir. Hace desear la vida". Cuando la matanza empieza. Gamboa, a quien hemos de imaginar cruzado de brazos, reflexiona: "Tierra cargada de fuerzas nuevas, de raíz oculta, y animal violento, de pelo bravo de rastro incierto, de uña abierta; tierra de salado misterio, de duro aroma". Razones poéticas, si bien se las mira, para gente de tan recia fiebre. Desatado el horror, los motivos llegan en alas de una poesía suntuosa, cual emanación maléfica de las tierras incógnitas,

que así se defendían de la profanación. No obstante saber todos que el instinto es siempre fuerza conservadora, que no prodiga energías si no es para perpetuarse, acá obra al contrario. Se mata por matar, por deporte diríamos. La novela explica: "Es el choque con la tierra". Los novelistas ensayan la poesía del horror; describen círculos dantescos sobre la helada Patagonia. "Es un desbordamiento incontenible del instinto, una bestial sacudida de toda la carne. Hay que hacer huir la peste y el frío con el calor de la refriega, entre el golpeteo astillante de los arcabuces, el humo negro de la carne, el olor a sangre, borbotones de sangre, heridas profundas, heridas anchas, cabezas segadas, ruido, estrépito, calor. Las manos empiezan a calentarse, los ojos ya no están empañados por una niebla fría, todo el cuerpo vibra en furiosas acometidas de pasión. Es el choque con la tierra. Ya no es el mar con su sombrío y monótono son, ya no es la carne fofa de los ahogados, ya no es la pena que los achica y los hace débiles. Es el contacto con la tierra, es el encuentro del coraje, de la carne tirante y firme, de los cuajarones de sangre hirviendo, del goce frenético ante el sacrificio de la carne oscura. La reconstrucción de la vida, el hallazgo del júbilo. Todo libre, todo ancho. Y nunca más la sucia y fofa tristeza".

La larga transcripción era necesaria. Muestra ella con viva elocuencia lo que la novela tiene y a la vez exhibe lo que le falta. La retórica del horror da pauta a su prosa; campea por todo el libro tal modelo de macabra elocuencia. Y por venir la obra excesivamente impregnada de ese lúgubre color es que se debilita el acento de verdad y verdadera emoción que con otro procedimiento hubiera resultado fácil, fácil a escritores como González Trillo y Ortiz Behety, cuyo talento no ponemos un momento en duda.

Han abusado de lo subjetivo, descuidando de darle asidero realmente convincente en los hechos. Sarmiento de Gamboa arriba con un puñado de hombres a Magallanes, pero apenas desembarcados se multiplican de modo prodigioso. Día tras día se destruyen; los devoran las enfermedades, el frío, las luchas sangrientas con los indios, los asesinatos entre sí por los motivos más simples, y siempre siguen formando una multitud, lo que es a todas luces inverosímil. Y sobre todo, ¿qué ha sido de Sarmiento de Gamboa? ¿Dónde se ha refugiado su energía de recio colonizador, recio entre los muchos muy fuertes que España por aquella época producía? No puede dudarse que este hermoso carácter ha sido falseado por un propósito preconcebido: subjetivizar el tono de la novela con miras a la sola sensación espeluznante.

Desde el comienzo la obra muestra su trama desunida, y un como temor a plantear bien el asunto y hacer un desarrollo coherente. Y es lástima, pues el acierta parcial es indudable. Bien documentados los autores en cuanto a la náutica de la época, manejan los términos y expresiones de mar en forma que nada dejan que desear. Dan la sensación de ambiente y de época como en obra de evocación corresponde, y no puede negarse que arriban a su meta de horror. Mas la novela, que pudo alcanzar categoría de obra amenisima y de viviente documento además, parece larga en sus apenas excedidas 200 páginas. Como lectores debemos declarar que con fatiga y mareo llegamos al final.

JUAN B. GONZALEZ.

**45 días y 30 marineros**, novela por *Norah Lange*. Editorial Tor, Bs. Aires, 1933.

Si es lícito, y, sobre todo, si puede ser de alguna utilidad, hablar, en trance de juzgar un libro, de sexo, ninguna oportunidad mejor que ésta que con su novela nos depara la señorita *Norah Lange*. **45 días y 30**

*marineros* es, en efecto, la obra que sólo una mujer podía ofrecer. Femenidad exquisita, selección de motivos frente a la vida, como sólo una persona del sexo podía elegir, filosofía —si el término no es pesado con exceso para el caso— netamente femenina, y, en síntesis, ubicación de la mujer —una mujer, desde luego, en este particular— con su problema vital, el amor, dentro de una sociedad masculina, planteada y lograda con tanto brío, gracia, frescura, y crudeza también en inevitables momentos, que no podía pedirse nada mejor como contenido y como forma. Norah Lange, que ha publicado tres libros de versos y una novela, anterior, afirma ahora un prestigio que sin ninguna duda se acrecentará en lo futuro.

El asunto, como hace suponer el título, es un viaje por mar de la heroína, Ingrid, joven y bonita, además de espíritu independiente sin mácula de "feminismo", debe hacer la travesía desde Buenos Aires a Oslo, en barco noruego tripulado por oficiales y marinería noruegos. Sola, desde el embarque hállase en la situación de una mujer sin compañía que durante muchos días convivirá con extraños, en un medio totalmente masculino. Se habrá adivinado que el barco no era de pasajeros, estando permitida la aceptación, no obstante, de contadísimas y seleccionadas personas. Mas en el viaje que hiciera Ingrid ninguna otra mujer fué aceptada. Viaja, así, sola, empezando para ella apenas dejado el puerto, la experiencia de su curiosa vida a bordo. "Media hora más tarde, muy despacio, Buenos Aires va quedando ubicada en el recuerdo, como una larga hilera de tierra atestiguada por dos o tres campanarios". Su carácter expansivo, decididor, tan cordial como alegre, la vincula casi de inmediato a la oficialidad, y no tardan sus efluvios simpáticos en correr de proa a popa, alcanzando a marineros y hasta a personal de servicio. Sin quererlo y sin buscarlo váse trocando en imán que en serios momentos llegó a poner en peligro hasta la brújula del puente de mando. Toda la vida a bordo empieza a centrarse en su torno, y desde la primera escala anúnciase ya las escaramuzas de la conquista. Véase así rodeada, agasajada, cortejada y hasta peligrosamente asediada por la oficialidad superior, el capitán, el primero. Asunto *vaudevillesco*, es cierto, pero con toques de psicología, femenina y masculina, con cantarina gracia, y, también, porque es la verdad, con un fondo de seria observación y hasta de amargura, florecida en consue- los menudos, como sólo un escritor de veras artista podía lograrlo. Y Norah Lange lo es.

Hubiera podido, desde luego, ampliar el panorama de su libro, o, dicho al revés, conceder entrada al panorama, rico y novedoso, de los puer- tos, y enriquecer el contenido con la inclusión de otros aspectos de la vida a bordo. Hubiera podido hacerlo, y su novela tendría horizonte para hacer caber el gusto de mayor número de lectores, y habría ganado en variedad y acaso en interés y fuerza también. Mas, preguntémoslo, ¿está bien o no tal cual nos la ofrece? No se pida al autor lo que él no quiso poner, ni se sugieran enmiendas a lo que está bien hecho. Norah Lange ha querido ceñirse a la estricta crónica de amor; eso se propuso hacer y eso hizo.

La destreza de la autora como narradora surge evidente. No hay ni una página de relleno en las casi 200 del libro. Ningún elemento pinto- resco o descriptivo la distrae, y, ¡admirable pedagogía novelesca!, a pesar de ir lo narrado en tercera persona, la autora se mantiene en incógnito tan sostenido que diríase mejor una ausencia. Ni un instante deja de lado a la heroína, más bien dicho, es la heroína misma quien llena el libro, y el lugar que ella no ocupa cólmanlo, en constante acción tendida hacia ella, los demás personajes. Todas las figuras son reales y vincu- ladas de manera natural con el ambiente. Son hombres y son marinos, mucho más hombres, pequeños y auténticos hombres, que marinos; y aparecen todos encuadrados en el gran aburrimiento, fugaces placeres y algunas responsabilidades que forman la trama de la vida a bordo.

Lectores escrupulosos podrían censurar a la autora la prolijidad detallista de algunas escenas, que reclamaban con mayor presteza telón, y en general la preocupación demasiado absorbente por lo sexual. Ocurre así que la novela marcha desde el comienzo al fin sobre una sucesión apenas interrumpida de escenas de amor y bebida, de bebida y amor. Sobreabundan el whisky y los besos, besos, algunos de ellos tremendos, si bien nunca ningún varón logró trasponer la trascendente divisoria que la muchacha defendió echando mano a todos sus recursos de mujer, y en alguna ocasión al terminante expediente de atrancar la puerta del camarote. Pero todo este complejo picante y en momentos escabroso, ha sido, ya lo dijimos, airosamente encarrilado por la novelista. La obra es completa dentro de su propio círculo y ha sido realizada con maestría indudable. Norah Lange se propuso novelar un momento de tormenta y no temió desencadenar todos los vientos. Mas si ella llegó a puerto, tan airosa como Ingrid, sin mancilla a pesar de la jauría de a bordo, no nos parece recomendable el camino, que a muchos conduciría al naufragio. Como su heroína, la autora ha jugado con fuego, diremos usando un símil vulgar, y no se ha quemado. Otros, en cambio, se abrasarían.

JUAN B. GONZALEZ.

**La vida de Fray Mamerto Esquíú,** por *Manuel Gálvez*. Editorial Tor, Buenos Aires, 1933.

LA historia argentina ha llegado a su período *místico*. La *vida* de los héroes militares pasa a un segundo plano, la de los poetas languidece, y por sobre el paramento cesáreo de sus ínclitos soldados y de la rima estentórea, surge entre las florecillas del huerto el santo de la epopeya. Y vinieron los *santos* cuando se los necesitó. Fray Mamerto Esquíú —dícenos su biógrafo— al vestir “por primera vez el sayalito” vió pasar “por la provincia al general Facundo Quiroga, con tres mil soldados. ¡Terrible prestigio el del Tigre de los Llanos! Años atrás, había dejado en Catamarca fama de bárbaro y de cruel. Las mujeres pedían al cielo que alejara al hombre de quien se decía que era *un azote de Dios*”. El fraile que vivió la época trágica, defendió —llegada la hora— la paz de los espíritus. En un memorable discurso —“aquel 9 de julio de 1853, en la plaza de Catamarca”— hizo el elogio de la constitución alberdiana. *Laetamur de gloria vestra* fué el voto jocundo lanzado por el pobrecito del valle catamarqueño. La voz del predicador llegó hasta el Plata. Escuchóla el gran Vélez Sársfield. “¿Qué voz es ésta que viene de la montaña?”, preguntóse el traductor de la Éneida. Y él mismo, respondió: “Cuando en un pueblo aparece un orador de la altura del Padre Esquíú; cuando él es comprendido y se sabe valorar su mérito, ese pueblo es un pueblo civilizado, aunque sus casas sean chozas”.

En esta forma quedó bautizado por Salvador M. del Carril, como el “orador de la constitución de mayo”, el mayor título civil de la Argentina dividida. La otra parte de su existencia corresponde a la evangelización de las almas —“evangelista de hondo misticismo”, como en el hermoso juicio de don Ricardo Rojas.

Manuel Gálvez lleva al piadoso lector por la ruta de Esquíú. El misionero llega a Tarija, “en permanente mundo de eternidad”, huyendo de su “cruel Patria”, aunque sin dejar de amarla. Por el camino sintió la amargura del ataque, a raíz de una carta que le dirigiera a Peña-loza, asesinado poco antes en Olta. “Hombre manso y patriarcal”, afirma Gálvez al hablar del Chacho, e injustamente agravia a Sarmiento. “culpable” del “desprestigio” del “monstruo inexplicable”. “Jefe militar sin bandera”, dijo de él Mitre en su famoso mensaje al Congreso del año 1863, y en estos días Juan B. Terán mencionó el episodio de la “guerrita

de La Rioja" como una inmolación análoga a la muerte de Liniers, con exacto criterio de historiador. De Bolivia pasó al Ecuador, perseguido por los honores del mitrado; al poco tiempo retornó a Tarija y en escasos días a su tierra natal. "Había partido a los treinta y seis años, apenas pasada la juventud; y volvía a los cuarenta y nueve, edad en que se anuncia la vejez", anota el biógrafo.

Gálvez sigue al "santo" en su peregrinar por el viejo mundo. Y de nuevo "el retorno", allá por el año 1877. Contra su voluntad es ungido obispo el humilde discípulo del fraile de Asís. "Dos años, justamente, ocupó Esquiú el obispado de Córdoba", escribe el recio novelista. Aproximábase ya la hora de la despedida. "Tránsito", lleva como epigrafe el último capítulo de *La vida de fray Mamerto Esquiú*. El peregrino ha vuelto a la tierra de su huerto florecido. "Yo ya no tengo fe sino en Dios", exclamó el sacerdote antes de su muerte. Y : á, serenamente, en la soledad de una aldehuela de Catamarca, dejó de existir Esquiú, aquel pastor de almas de la Argentina turbulenta.

PORFIRIO FARIÑA NÚÑEZ.

**Hombres sin valor**, por *Augusto Scapitti*. Buenos Aires, 1933.

**L**A producción libresca plantea problemas interesantes: existe en ella una absoluta democracia igualitaria que permite a cualquier ciudadano escribir un libro. Con acercarse a una imprenta y cerrar trato, basta. Y si hay en perspectiva la obtención de un premio municipal, este derecho de publicación, o este anhelo de tener un libro en su haber, se torna más legítimo, más natural. La ventaja de esta libertad sin control es evidente y en extremo valiosa para la vida del espíritu y la literatura de un país. Permite que una voz, una de esas voces que surgen de pronto agregando algo a la altura alcanzada en las letras, sea donde sea, provenga de donde proviniera, se haga oír. Pero al lado de esto, está la infinita y no interrumpida producción de expresiones impresas que nada dicen ni nada significan, y cuya existencia no dejará sin duda rastro alguno, a no ser el hecho puramente personal de permitir al autor agregar en sus conversaciones esta frase siempre mágica: "Sí; soy autor de un libro. Hace unos años escribí un libro de... o sobre..." Y este hecho, este publicar un libro en la vida de un hombre, interese o no a lo rigurosamente literario, sea o no literatura, frustrado o no su intento, es siempre un signo de elevación del espíritu, un mostrar lo mejor de un hombre. Y el destino que espera a estas producciones que no logran penetrar en esa zona que demarca lo que por una u otra causa interesa en realidad a la literatura y, en general, a toda manifestación espiritual, es, precisamente, éste: de no ser otra cosa sino algo estrictamente personal.

Estas consideraciones primeras las creemos necesarias para entrar a referirnos a este libro de Augusto Scapitti, *Hombres sin valor*. La impresión que produce su lectura es la de un penoso descenso, desagradable, a veces, a un mundo inferior. El recorte de vida que en él se nos ofrece, es algo opaco, ingenuo. La vida está aquí decapitada de todo lo hermoso, lo fuerte, lo intenso, lo apasionante, lo interesante que tiene. Este rebajar la vida en la expresión artística es deprimente y, quizá, imperdonable. Porque un hecho callejero, el más simple, es algo grandioso en sí mismo. Pero hay seres que tienen el raro privilegio de disminuirlo no bien se refieren a él, no bien lo narran. Enfocado desde un mundo limitado y opaco, traspuesto en una mentalidad sin grandeza y sin profundidad, el hecho se pierde. El autor de este libro posee buenas ideas argumentales que aparecen siempre como larvadas, como meras posibilidades; buenas dotes de observador, cierta imaginación. Pero existe en él una absoluta falta de capacidad para animar sus relatos y darles un desarrollo

interesante. Excepción hecha del capítulo "Cambio de moral" y, quizá, también "Un romántico más", los demás relatos del libro apenas resisten la lectura. Todos ellos dan la impresión de esa ligereza y superficialidad que caracteriza a ciertas crónicas periodísticas —ciertas, porque las hay muy buenas— que se ha pretendido llevar a un plano superior, en este caso el libro, argumentándolas y aderezándolas sin conseguirlo.

A nuestro juicio, lo mejor de esta obra es la nota que el autor pone en el lugar reservado al "copyright". El volumen finaliza con un índice de sus capítulos y esta original advertencia: "Este es el contenido del libro *Hombres sin valor*. Si quieres más, lector, espera".

Apresurémonos a decir que nosotros no queremos más libros como éste. Y a reconocer, también, que habrá mucha gente que gustará de él y esperará más volúmenes del señor Scapitti. Y ante este hecho, toda crítica enmudece. Como ante un signo de la vida, puro fenómeno, puro misterio.

ENRIQUE MALLEA.

**Cantados**, por *González Carbalho*. Buenos Aires, "La Facultad", 1933.

**V**ERSIFICACIÓN regular. Abundan los romances, romancillos y sonetos. No se sabe si el participio que da nombre al volumen, desempeña función de nombre o de adjetivo. De todas maneras, no abunda en sugestión. Me parece pobre.

*Fué por caminos, corazón desnudo,  
mi juventud de vagabunda copla...*

Hay en los versos actuales del poeta, serenidad de pausa. Es como si el autor, en la tarde aun luminosa, hiciera un alto. Vuelve, con serenidad, la vista. Contempla el hollado camino y, mientras aguarda algo, —¿qué? Su alma no se apasiona por saberlo— canta.

*Esta pausa sin verso ni oración,  
esta dedicación desamparada,  
más que la voz en el poema izada  
le contará a los tiempos mi pasión.*

La voz cristalina tórname profunda. La espontaneidad fluyente se aquieta en lentos, en amplios círculos de reflexión. El dolor pertinaz hace nacer en los labios la pregunta.

*Hoy son mis sueños desvelada pena,  
los que antes fueron rumoroso río.  
Mirando al mundo me torné sombrío  
como quien piensa ante un reloj de arena.*

La expresión está desbrozada. El verso, sintético, tiene ostentaciones de conquistado *métier*.

Un capítulo se titula *Cantado en tu alabanza*. Y, terminado el libro, dice en una página: *Tu nombre: María Irene*. Restituyo esta especie de ofertorio, ritual y escueto, al que parecería su verdadero lugar.

El primer *Cantado* y el que tiene por título *Bajo el cielo del alba*, merecen especial mención por su delicadeza y enervante languidez. Me traen el recuerdo de Juan Ramón Jiménez.

Una estrofa brevísima, es particularmente bella:

*A los cuatro horizontes he mirado  
a través de mi lágrima;  
en ella estabas, en su diminuta  
vitrina, sonriendo, solitaria.*



En el capítulo *El nombre del Pastor*, descuellan de modo notable los *Contarcillos para los pies de Cristo*.

Hay, en ciertos romances del poeta, profunda unción cristiana y emocionado sentimiento paternal.

Léanse algunos bellos y nobles versos:

*El Niño demoraba  
su paso en ese olvido  
flotante, de la infancia.*

.....  
*Todo nombre es el de Cristo;  
todo verso es oración.*

.....  
*La fuerza se volvió mansa ternura  
cuando en tus ojos acampó la tarde.*

Hay, también, versos poco recomendables. Dice en la *Estampa de María y el Niño*:

*El alma es como un náufrago que lo acercan a un puerto  
o como una esperanza de niña que renguea.*

La comparación que señalo en el último verso, me parece de extremada fealdad.

*Criatura de Dios, por eso alegre,  
que lleva en sí viento que siempre gime.*

Aparte de la anfibiaología, la acentuación defectuosa del último verso lo destruye en absoluto.

En *Madurez y Cantado para un barrio del sur*, hay cierta inconsecuencia sentimental. No ha de ser el comentarista, ciertamente, quien tome por ello cuentas al poeta. Es bueno señalar, sin embargo, la contradicción. Dice, primero, el autor:

*El beso por azar ya no es sabroso.*

Y unas páginas después:

*me llevaré una novia  
noche a noche del brazo.*

Varias composiciones elegiacas, nueve sonetos bien logrados y otras poesías integran el excelente libro. Si algo pudiera echarse de menos en él, es un poco de mayor hondura lírica y suntuosidad de imágenes.

AUGUSTO CORTINA.

**Romance del Amor nuevo**, poemas, por Raúl Rubianes. Buenos Aires, 1933.

**E**L hilo de agua y *La curva del tiempo*, fueron los dos primeros libros de Raúl Rubianes, a los que hoy añade un tercero: *Romance del amor nuevo*.

Hay una línea ascendente, línea lenta, pero segura, de superación, en la poesía de Rubianes.

Atraído por todos los caminos, hijo de todas las dudas, fuertemente influenciado por su temperamento ecléctico, no sigue una escuela ni se embandera en un *ismo*. Deja su musa flotar al amor de todos los vientos. Situarlo, pues, en panoramas de nuestra poesía, nos es difícil; pero no im-

posible: un centro ligeramente izquierdista, que no tendría nada de particular se convirtiera más tarde en derechista, le corresponde hoy...

Mañana, veremos.

*Ineluctable* es la primera composición que nos atrae: el sentido de fatalidad que inspira todos los amores está certeramente definido en ella, en tono algo grandilocuente, es verdad. El tema no lo repudia.

En *Olvido* hallamos la fugacidad de la paz humana expresada con precisión. No siempre la banal copla de amor gastado; alguna vez llegan los recuerdos y entonces la lira del poeta se torna amarga y dolorida, sin escepticismo.

*Coplas* es una de las partes del libro más hondas y sentidas y mejor expresadas. Tal vez porque *Coplas* ha nacido espontáneamente.

Aquí y allá, destacamos de las páginas de *Romancero del amor nuevo*, felices síntesis, y éforas bien halladas. Y notamos, de paso, que una pequeña dosis de crítica no estaría de más a Rubianes. ¡Es tan difícil sacrificar los *hijos*!

*Nocturno romántico*, *Amor*, *Derecho* y tal vez alguna más, son composiciones que desentonan dentro de la línea de su libro, que nos parece hijo de un temperamento de poeta en el cual la honestidad literaria no está ausente.

E. S. C.

**Delfineas**, por *Delfina Molina* y *Vedia de Bastianini*. García Santos, Buenos Aires, 1934.

**L**A dedicatoria del libro, tan humana, expresión de un corazón a la vez de madre y de educadora, anuncia ya el contenido y valor de aquél. Es un contenido entrañable y cordial, una especie de confesión, en prosa y en verso, de una mujer superior que se debate entre las contradicciones que trabajan su alma, apasionada, inquieta, anhelosa de romper el cerco que le pone su condición femenina y de superarlo en una síntesis, me atrevería a decir, de femineidad y masculinidad, de acción y ensueño.

La señora Molina y Vedia de Bastianini, universitaria, la primera mujer graduada en nuestra Facultad de Ciencias, poseedora de un título de doctora en química, pero también de una manifiesta versación en los estudios literarios, profesora, conferenciante y escritora, es antes que todo eso un temperamento y un carácter originales, dice ella que independiente en absoluto de los demás. Ya el título del libro, *Delfineas*, define esa afirmación de sí misma. Algunos rasgos de ese carácter, su dinamismo, su tenaz energía, su franqueza, son varoniles, siendo por lo demás la señora de Bastianini, exquisitamente femenina, apasionada, vehemente, tierna, soñadora. No sin misterio aparece bajo su pluma el nombre de Santa Teresa. Aquella mística de tanta madurez de juicio y sentido práctico como capaz de los más sublimes arrobos, tan hacendosa en las menudencias de la vida ordinaria y tan distante de la tierra en sus fervorosos éxtasis, a la vez Marta y María, Lía y Raquel, sin duda está muy presente a nuestra autora en sus meditaciones. No menos ha de admirar en aquélla la viril energía y el espíritu andariego, que la exaltada fantasía, la ardiente abnegación femeninas y la total entrega de su yo, candorosa y sincera, en las confesiones íntimas, a las que también se siente inclinada nuestra autora, como lo prueba el prólogo de este libro, que es anticipación de sus memorias. Una contemplativa se siente ella también, buceando en sí misma, bajo la faz aparente de su actividad de todas las horas. Conoce el transporte místico y la alucinación: sabe lo que arriesga en nuestro chato mundo, al confesarlo. De ahí que haya hecho asimismo tema de sus cavilaciones, las *Confesiones*

de San Agustín, y que advirtamos en su pensamiento y en su prosa, motivos y rasgos que muestran la patente influencia de Unamuno, otro místico inquieto, enredado en contradicciones espirituales de las cuales se esfuerza en zafarse mediante ingeniosas agudezas, y hasta equívocos, que no desmienten su pertenencia a la estirpe española de Quevedo y Gracián.

*Por gracia de amor* intituló su primer libro de versos la señora de Bastianini y tal es el título de una de las composiciones de este libro. Pero no es éste el amor carnal, desenfrenado a veces hasta la impudicia, que confiesan o gimen o aúllan demasiadas poetisas, a quienes no he de negarles ese derecho *lírico* en nombre de la moral, cuando la confesión, el arrullo o el rugido, encuentran la expresión ajustada y bella. Este es un amor humano, pero que se expresa tan poco por la voz del sexo, que no parece ser sino el himno o la elegía a una comunión purísima entre dos almas y entre dos destinos, siempre con aspiración a lo eterno. En el amado hay algo de fantasmal, ensueño del recuerdo, fantasía del anhelo, una suerte de aparición; y aun en los versos donde su presencia se corporiza y la sangre corre por sus venas, por más apasionado que suene el acento de la amada y aunque la poesía se llame *Sexos*, éste guarda su castidad. Más no sabría ni querría ahondar en este misticismo amoroso.

En seguida, junto a estos transportes, aparece la otra mujer, la que tiene vuelta la mirada, no hacia adentro, sino hacia el mundo, la vida familiar y hogareña. El sentimiento de la naturaleza es muy vivo en ella. No por nada pinta —ella dice ser una “modesta aficionada”— y ha sido también juez experto en materia de arte, bajo el pseudónimo de *Juan de Afuera*. Tiene en el verso el sentido preciso del color y la línea, lo que le permite alardes más felices de cuanto ella supone, tal como el de describir en una poesía, *Mi creación*, las pequeñas innovaciones artísticas hechas en su jardín: —“una obra casi de estricta albañilería”, declara desdeñosamente.

Digo, más de cuanto ella supone, porque la autora, personal como es, ha sentido la necesidad de comentar sus propias impresiones poéticas, explicárselas y explicárnoslas. Como su amigo el ilustre Unamuno, todo cuanto escribe esta mujer de talento es una confesión; o mejor, dialogismo, discusión consigo misma o con los demás, salpicada de reminiscencias, de confidencias, de anécdotas. Como lector, la prefiero en esa prosa llana, sencilla, en la cual sabe decirnos tantas cosas interesantes, observaciones sobre nuestro idioma, sobre la psicología americana, sobre la vida, sobre el paisaje, exploraciones en su propio ser. Sus versos, que contienen tantos rasgos delicados o agudos, así como aciertos de expresión, no forman nunca una composición, un poema, plenamente logrado. A mi juicio, llevada de primera intención por su ritmo interior, acorde con la idea y el sentimiento, por su propia confesada facilidad ella se abandona demasiado. Ese discurso no alcanza en la música y plasticidad del verso —y no es extraño al hecho el empleo casi exclusivo de la incierta asonancia,— aquella plenitud y perfección que se consiguen por medio de una vigilancia tiránica y descontentadiza sobre la palabra. La autora no querrá creerme, porque prefiere el verso a la prosa; pero yo le aconsejaría que, sin hacer traición a aquél, se probara como ensayista en trabajos de mayor aliento que los publicados en este volumen. Su espíritu polémico, su afición al análisis, su inclinación a preguntarse el por qué y el cómo de las cosas, ese andar suyo zigzagueante, que hace alto en todo sitio pintoresco o curioso del camino para mirarlo y remirarlo, pasando de inmediato y sin transición a la contemplación introspectiva y a la confidencia personal, son todas cualidades del buen ensa-

yista, a las que se junta aquí el sentimiento lírico. Además es una mujer esencialmente americana, argentina, mejor, porteña, mejor aún, de tronco porteño y raíz española, apta por consiguiente para escudriñar con conocimiento íntimo los aspectos peculiares de nuestra sociabilidad, de nuestra cultura, de nuestra moral, y capaz de expresar sus observaciones en el lenguaje llano y desenvuelto, brusco y jovial, de aquellos porteños de ayer que no tenían pelos en la lengua.

R. F. G.

### Las bodas de plata de "La gloria de don Ramiro".

**E**N un grueso volumen de formato mayor, bien impreso, la Comisión de homenaje constituida para celebrar el vigésimo aniversario de *La Gloria de don Ramiro*, que preside don Rómulo Zabala, ha iniciado su tarea de editar los juicios, impresiones y estudios especializados más importantes escritos sobre la famosa novela cuya bodas de plata festejaronse en 1933.

Este aniversario encuentra la obra que ha cimentado el alto prestigio literario de don Enrique Larreta, con una vitalidad apenas disminuida en los veinticinco años transcurridos. Cuando apareció en 1908, y a través de este cuarto de siglo, ha sido repetidamente juzgada por críticos autorizados, extranjeros y argentinos —cuyos juicios, seleccionados, se publican precisamente en este primer tomo del Homenaje—, y poco nuevo podría ya decirse de la conocida acción novelesca, de la pintura de época y ambiente, de los caracteres y del estilo y léxico, a los cuales no han faltado tampoco interesantes reparos (véase *El caso de la Gloria de don Ramiro* por Luis Vila y Chávez, pseudónimo de Martín Aldao, declarado en la segunda edición del mismo año —1913— que lleva el pie de imprenta de Arnoldo Moen y Hno., B. A.). Nosotros dió su juicio, por la pluma de Roberto F. Giusti, en el número de enero-febrero de 1909, y se complace en reafirmarse en él (1). Ciertamente se trata de una novela excepcional, que honra las letras americanas. Si no estamos de acuerdo con la asociación al homenaje, de nuestra escuela secundaria y normal, por el carácter de la novela, libro sombrío de voluptuosidad y muerte, no escrito por cierto con el propósito de despertar energías en los jóvenes, nos es muy grato, en cambio, reconocer su valor artístico, que permanece casi intacto.

Son muchos los artículos críticos de ayer y de hoy, recogidos en este tomo, firmados, por orden cronológico, entre otros conocidos escritores, por Benavente, Fernández Villegas, Gómez de Baquero, la Condesa de Pardo Bazán, Pedro González Blanco, Pérez de Ayala, Tenreiro, Giusti, Gerchunoff, Murature, Acebal, Unamuno, Ramos, Darío, Rémy de Gournot, Rachilde, Paul Adam, Roujon, Bertaut, Peseux-Richard, Grandmontagne, Maeztu, Méndez Calzada, Marone (autor de la versión italiana), Bracco, Farinelli, los hermanos Alvarez Quintero, etc.

La segunda parte de este tomo reúne las conferencias pronunciadas sobre *La Gloria* en 1933, en "Los Amigos del Arte", por los escritores Carlos Reyles, Octavio Ramírez y Alvaro Melián Lafinur, y las que pronunciaron en otras instituciones, los señores Alberto Casal Castel, Ramón Pardal y Enrique de Gandía, secretario este último de la Comisión de homenaje. La tercera, los discursos pronunciados en otros actos de homenaje; y al final va una minuciosa bibliografía, compuesta por don

(1) Nuestro director manifiesta, sin embargo, que no ha autorizado la publicación del juicio tal como aparece reimpreso en este tomo, por cuanto no puede hacerse responsable, veinticinco años después, de algunos deslices gramaticales de su pluma de muchacho, cuya corrección indicó oportunamente al señor secretario de la Comisión de homenaje.

Rómulo Zabala, de las distintos ediciones de la novela, nacionales y extranjeras, habiendo traducciones de ella en lengua francesa, holandesa, portuguesa, rusa, inglesa, alemana, italiana y servia.

El segundo tomo anunciado contendrá los estudios especializados sobre diversos aspectos de *La Gloria*, encargados a distinguidos estudiosos extranjeros y argentinos. Como se ve, una consagración extraordinaria de un libro sobresaliente en las letras hispanoamericanas.

### LAS LETRAS HISPANOAMERICANAS EN LOS ESTADOS UNIDOS

**E**L catedrático de la Universidad de Illinois, y actualmente profesor visitante de la de Puerto Rico, don JOSÉ A. BALSEIRO, ha publicado (Macmillan, Nueva York, 1933) una colección de sus extensos estudios de crítica literaria acerca de los *Novelistas españoles modernos*. Estos son Valera, Pereda, Alarcón, Pérez Galdós, Pardo Bazán, Coloma, Picón, "Clarín" y Palacio Valdés, la lista ya consagrada aun en los manuales. No nos explicamos, ni lo explica en el prólogo el profesor Balseiro, por qué excluye a Blasco Ibáñez, a Baroja, a Valle Inclán, a Azorín, a León, a Miró, etc., el primero, a nuestro juicio, sin justificación alguna, pues ya pertenece a la historia literaria con tanto derecho, por lo menos, y sin duda más, que el autor de *Dulce y sabrosa* o el padre Coloma, cuyo acre fanatismo, sea dicho en verdad, el crítico, liberal, dista mucho de admirar.

Los estudios del profesor Balseiro se recomiendan por la rigurosa puntualidad de la información y el método didáctico. Aunque él nos dice que pudo haber escrito más sobre cada autor, no hay aspecto característico de la vida, la sensibilidad y la obra, no hay libro de los citados autores, que no sea examinado paso a paso, por orden cronológico, en sucesivos capítulos, siempre a la luz de la bibliografía existente y con el auxilio de precisas y abundantes transcripciones y citas de los novelistas analizados y de sus críticos. No es la suya una crítica vigorosamente personal, aunque no falten las apreciaciones propias, ni muy removedora: su llaneza y método tienen cierto carácter escolar, de aula, en la cual suponemos que habrán nacido estos estudios tan claros y ordenados; por lo mismo, es indiscutible que en este momento el libro de Balseiro representa la información más completa, de conjunto, reunida sobre la materia tratada, recapitulación de gran parte de la bibliografía y crítica existentes, aun las de escaso valor o de interés circunstancial, y superación de libros como el farragoso de Andrés González Blanco.

Merece especial elogio la presentación de *Nuestros novelistas modernos*. No puede pedirse, para un libro de esta naturaleza, composición más agradable: por parte de los editores, una impresión en nitidos, variados y adecuados tipos, sobre buen papel, y la encuadernación en tela; por parte del autor, una impecable ordenación didáctica de la materia, acompañada de notas bibliográficas, traducciones de citas, sinopsis históricas, índices nominales, ilustraciones, índices temáticos, etc.

—**B**LASCO Ibáñez ocupa en cambio el último capítulo de la edición revisada y completada de la obra de CÉSAR BARJA, titulada *Libros y autores modernos* (Campbell's, Los Angeles, California, 1933), cuya primera edición es de 1924. Profesor en la Universidad de Los Angeles, ha compuesto bajo aquel título el culto crítico —que también ha colaborado en Nosotros— un examen sumamente interesante de la literatura española en los siglos XVIII y XIX. Tenemos presentes ambas ediciones. Esta segunda retoca en muchas partes la anterior, ya completándola con el dicho capítulo sobre Blasco Ibáñez, con otro anterior sobre "Clarín" y Palacio

Valdés y con adiciones parecidas en los demás; ya rehaciéndola y ampliándola en partes fundamentales como la historia del drama romántico; o ya reduciéndola en otras, abreviando disquisiciones y especialmente por la casi total eliminación de las abundantes citas ilustrativas intercaladas en la primera.

Conservamos de la lectura de la obra de Barja sobre los *Libros y autores modernos* —precedida de otro tomo sobre *Libros y autores clásicos* (1923), que no conocemos— una grata impresión. El señor Barja muestra en ese libro una gran libertad de juicio, independizándose de la crítica tradicional, libertad tanto más necesaria por tratarse de la valoración de dos siglos como son el XVIII y el XIX, sobre los cuales pesa un cúmulo de ideas hechas que conviene aventar. Era esa primera edición un libro escrito a la llana, en estilo periodístico, posiblemente algo verboso, pero exuberante de vida, removedor de ideas, combativo, iconoclasta a ratos, muy útil para contrapesar ciertos excesos de la valoración oficializada.

En esta segunda edición el autor procura, cortando digresiones, abreviando aquí y allá sus disquisiciones, ceñirse más al asunto tratado, informar con mayor precisión. Ha querido el señor Barja, sin duda, hacer un libro más didáctico, y lo ha conseguido. En aquél soltaba su pluma; en éste la refrena: el crítico habrá tenido sus razones para suprimir algunas. También las había tenido para redondear o rectificar algún juicio. No podemos disputar con él sobre eso, aun cuando a veces le prefiramos en la primera redacción.

También la presentación e impresión de este libro son excelentes. La bibliografía, rica y puntual. Quien estudie la literatura española moderna encontrará en ambas obras, en la de Barja y en la de Balseiro, preciosos auxiliares. En verdad impresiona pensar que son los Estados Unidos —sus universidades y sus prensas— quienes ofrecen a los estudiosos españoles e hispanoamericanos que enseñan allí, la ocasión de enriquecer con libros de tanto provecho e interés, la bibliografía histórica y crítica de las letras hispanoamericanas.

—**P**ERO es que en los Estados Unidos se hace más. Sus estudiosos nativos dedican atención creciente a las letras españolas e hispanoamericanas, en trabajos críticos y de erudición que exigen una organización bibliográfica colectiva no menor que la capacidad de trabajo individual. Ahora es ALFRED COESTER, profesor en la Stanford University, discreto historiador de la literatura argentina, a quien tuvimos el placer de conocer y agasajar hace algunos años, el que nos envía *A tentative bibliography of the belles lettres of the Argentine Republic* (Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1933), catálogo alfabético de nuestros narradores, costumbristas, poetas, críticos y ensayistas, formado con cuidadoso acopio de informaciones precisas. No está exento de errores y omisiones; difícilmente podría estarlo. Lo reconocen sin esfuerzo los propios editores. Se trata de un intento de bibliografía, no de un catálogo definitivo hecho sobre un fichero sistemático y completo. El autor declara sus fuentes de información: no olvida el *Anuario bibliográfico* de Navarro Viola ni la *Bibliografía General Argentina*, en curso de publicación en el periódico *La Literatura Argentina* de L. J. Rosso; pero no podía ceñirse a los dichos solamente, a aquél, por ser cosa ya antigua, a ésta, muy completa, por estar apenas en la letra C. Por supuesto, entre los informadores contemporáneos, ha contado Coester con el auxilio de la revista NOSOTROS, a la cual considera "una de las principales fuentes de la obra", haciendo especial mención de la colección completa de esta revista consultada en la excelente biblioteca de libros argentinos de la Stanford University. Con lo cual los estudiosos norteamericanos nos dan

una prueba más de cuánto se estima allá nuestra obra casi treintenaria.

Por su propio carácter, tampoco pretende ser esta bibliografía una selección crítica. La mención de libros y autores mediocres, insignificantes o francamente malos, se confunde en sus bien dispuestas columnas, con la de los libros y autores representativos. Sólo se trata de un útil instrumento de trabajo, perfectible, para tantos estudiosos de nuestras letras que enseñan o cursan sus estudios en las universidades norteamericanas. No hemos notado que falte ningún escritor representativo (con excepción de Ingenieros, que pudo figurar con *Un hombre mediocre* y *Crónicas de viaje*—reedición este último libro de *Al margen de la ciencia e Italia*—; si muchos de poca o ninguna importancia, o muy recientes.

Hemos leído atentamente esta bibliografía, señalando en ella algunos errores y las ya aludidas omisiones. Contamos entre los primeros, aparte de algunas confusiones entre la obra del padre y del hijo, como en el caso de Ricardo Gutiérrez, o del desdoblamiento de un escritor, como ocurre con Goycochea Menéndez, Fernández Moreno y Maturana, la inclusión en el catálogo de escritores españoles como Vicente Medina, sólo residente en la Argentina; de otros como Consuelo Berges y Concha Méndez Cuesta, que han impreso aquí, de paso; de otros, que aunque pertenecan al teatro rioplatense, siempre han residido en el Uruguay, como Edmundo Bianchi, Ernesto Herrera e Ismael Cortinas, y por fin de dramaturgos extranjeros, como Arturo Fraccaroli y Sabatino López, que han sido representados vertidos al castellano en nuestra escena. Las omisiones de algunos libros de los autores citados en este catálogo, anotadas por nosotros, suman pocas docenas; pero nos ha parecido más conveniente transmitirselas epistolariamente al bibliógrafo amigo, a fin de que las tome en cuenta en una segunda edición de su meritorio trabajo.

—**A** la obra de la *Hispanic Society*—tan extraordinaria en el campo de los estudios filológicos hispánicos— se suma la del departamento de español de muchas universidades, en primer término, la de Columbia, la cual ha creado el Instituto de las Españas, cuya labor espiritual es del más alto valor. No es la primera vez que se cita en NOSOTROS este Instituto dirigido por Federico de Onís, ni que se recomiendan sus excelentes publicaciones, cuyo director es Angel del Río. Tres más acaban de llegarnos, de las cuales la más interesante para nosotros, argentinos, es el libro de la doctora RUTH RICHARDSON, del Colegio de Wooster, sobre *Florencio Sanchez and the Argentine Theatre* (1933). Se trata de un libro de unas doscientas cincuenta páginas, el más completo escrito hasta hoy sobre la obra del malogrado comediógrafo, como que en él se recogen, depuran y aquilatan, todas las noticias biográficas y bibliográficas y todas las apreciaciones críticas publicadas sobre la vida y obra de aquél.

Se inicia el libro con un estudio sobre la historia del teatro argentino desde 1747 a 1900, del cual son fuentes principales las obras o capítulos escritos sobre esta materia por Mariano G. Bosch, Vicente Rossi, Ricardo Rojas, Alfredo A. Bianchi, Jorge Max Rohde, Roberto F. Giusti y José J. Podestá (sus *Memorias*). Continúa con la biografía de Florencio Sánchez, que la A. refiere, siguiendo paso a paso, casi únicamente, la misma biografía reconstruida por Roberto F. Giusti en su conocido libro sobre el dramaturgo uruguayo, hasta el presente la fuente de información más completa y más aprovechada por quienes han estudiado el punto.

Sigue en un tercer capítulo el examen circunstanciado, por orden cronológico, de cada una de las obras dramáticas de Sánchez, repetimos que un análisis muy completo, porque la A., sin dejar de darnos sus propias opiniones, coteja todas las autorizadas vertidas por los diferentes críticos, a quienes cita leal y ampliamente, acompañando las transcrip-

ciones en lengua inglesa, del correspondiente texto español. En esta parte, nuevamente, el crítico en cuyos juicios más veces se funda la A., es Roberto F. Giusti (por error llamado en este libro, *Giusti*); y además en Arturo Vázquez Cey, autor de un penetrante estudio crítico sobre *Florencio Sánchez y el Teatro Argentino* (B. A., 1929), en Emilio Frugoni, Zum Felde, Echagüe, Roxlo, Juan Agustín García, Rohde y otros.

Aunque podamos disentir de la A. en algún detalle o descubrir alguna imprecisión en uno que otro juicio, justo es celebrar la riqueza de su información y el conocimiento directo y seguro que tiene de tantas cosas —hombres, ideas, sentimientos— tan distantes de ella no sólo en el espacio sino también en el tiempo y en el plano del espíritu. Esto es estudiar seriamente un asunto. A la A. no le ha faltado —ella recuerda agradecida a este respecto, el auxilio que le ha prestado la señorita Allena Luce— ninguna información bibliográfica necesaria, de Montevideo y Buenos Aires, además de haber contado con dos fuentes principales de información y crítica como son los libros de Giusti y Vázquez Cey.

En el mismo capítulo son estudiados brevemente los demás escritos de Sánchez, sus diálogos y sus artículos periodísticos. En los siguientes, por el mismo método ya dicho, la ideología de su teatro (cap. IV), el artista dramático (cap. V) y la contribución de Sánchez al teatro nacional (cap. VI). En apéndice se publica una completa cronología de los estrenos de Sánchez (fundada en Giusti; una errata: el estreno de *La Gringa* fué el 21 de noviembre, no el 1º), un catálogo de las principales ediciones de sus obras y una amplia bibliografía crítica, en la cual hemos de salvar a continuación algunos errores, pasando por alto una que otra omisión, errata o defecto de ordenación cronológica. A saber, los principales:

El sainete *Las bodas de Chivico* (no *Chívico*) y *Puncha* —edit. por el Instituto de Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras de B. A., y esto debió decirse, así como de las demás publicaciones del mismo Instituto— es de Collao, no de *Callao*. Ese capítulo bibliográfico relativo a los dramas significativos en la historia del teatro [rioplatense] necesita ser completado, depurado y reordenado. Faltan obras (por ejemplo las de Juan Cruz Varela, y otras publicadas por el mismo Instituto) y sobran, como significativas, o faltan otras (por ejemplo *Sobre las ruinas de Payró*). Eduardo Acevedo Díaz, autor de *Los Nuestrós*, es hijo del novelista, y no el mismo novelista uruguayo que escribió *Brenda e Ismael*. El joven Manuel Belgrano, autor del drama *Molina*, no fué poeta ni *leader* de la revolución. Como *leader* la A. lo confunde probablemente con su homónimo ilustre. Enrique García Velloso es autor de muchas otras comedias, y más representativas, que las dos que le atribuye la A. A pesar de sus errores aislados, la antes citada Bibliografía de Coester, podrá servirle para rectificar su libro sobre Sánchez en una segunda edición. Leopoldo Lugones no es uruguayo, sino argentino. Nació en Río Seco (Córdoba). *La literatura argentina* de Rojas no abarca 15 vols. Son 4 en la 1ª edición; 8, en la segunda. La bibliografía de Rojas, además, muy incompleta, así como la de otros escritores de la misma lista. Corregir: Barbagelata, Isaacs, Pagano. Aconsejamos asimismo a la A., rehacer enteramente la lista de la página 224, de las obras principales estrenadas entre 1910 y 1930. *Sobre las ruinas* es de 1904. *Almo Gaucha*, de Ghirardo, de 1905; *Las de Barranco* (no de *Barranca*), de 1908. *La humilde quimera* no es de Cione, sino de Martínez Cuitiño, como consta correctamente en la página 236 del mismo libro. Y sobran obras y autores, y faltan otros. Rectificamos también en el texto del libro: Rubén Darío (página 54) no fué de la tertulia del café "Los Inmortales". Otras eran las tertulias de fines del siglo pasado. No nos explicamos



qué origen tiene la versión de que *El Pasado* de Sánchez haya de llamarse *El Pasado de una vida*, como casi sin excepción titula esta comedia la A.

Hechas estas salvedades, que tocan más bien a las noticias bibliográficas, fácilmente rectificables en una nueva edición, repetimos nuestro aplauso a la seriedad con que esta obra de información y crítica ha sido realizada, y a su inspirador don Federico de Onís, así como nuestra complacencia de que merezca la literatura argentina tan calificado interés de los intelectuales de Estados Unidos.

—UN libro no menos interesante, de unas trescientas páginas, ha publicado el profesor DILLWYNN F. RATCLIFF, de la Universidad de Cincinnati, sobre el tema *Venezuela Prose Fiction* (Instituto de las Españas en los EE. UU., New York, 1933), historia analítica de la novela venezolana desde sus orígenes hasta los autores más recientes, Urbaneja Achelpohh y Rómulo Gallegos, obra sobre la cual preferimos que den su juicio, más autorizado, los críticos de Caracas.

—LA tercera de las publicaciones mencionadas es un opúsculo en el cual se publica en inglés y en castellano, la conferencia leída en la Universidad de Missouri, Columbia, por el embajador de España en los EE. UU., don JUAN FRANCISCO DE CÁRDENAS, quien, más bien con énfasis histórico antes que atendiendo a la realidad contemporánea, disertó sobre *Hispania Culture and language in the United States*, o, de otro modo, sobre por qué los Estados Unidos deben compenetrarse con la cultura hispánica.

—CERRAMOS esta crónica bibliográfica incluyendo en ella a justo título un opúsculo acerca de las *Fuentes de información sobre Libros de la América Latina*, que ha publicado la Unión Panamericana (2ª ed., 15 de octubre de 1933). Comprende este catálogo, compilado por el bibliotecario Charles E. Babcock, la lista de las revistas que tienen secciones de Crítica Literaria y bibliográfica; la de las revistas de Bibliografía y Biblioteca, y la de las Librerías más importantes de América Latina.

Nos.

## LETRAS ITALIANAS

*Il cuore e l'assurdo*, di Giuseppe Villaroel. I poeti italiani viventi. *La Prora*. Milano, 1933.

JOSE Villaroel representa en la poesía italiana contemporánea un caso muy interesante. Fiel a un mundo poético suyo, que se expresa en cantos armoniosos, rigurosamente encerrados en las fórmulas tradicionales, viene madurándose desde hace veinte años en numerosos ensayos y superaciones, aunque permaneciendo refractario a las diversas y aventuradas experiencias literarias de su tiempo. No debe creerse por eso que esta actitud sea originada por la incapacidad de nuestro autor de participar en la inquietud espiritual de la época moderna y que la incompreensión de ciertas orientaciones, no sólo preferidas por las nuevas generaciones, sino también punto de arrihada de artistas de la vieja guardia, proceda, como en muchos otros casos, de una resignación supina a las enseñanzas tradicionales, excluyendo "a priori" la posibilidad de fructíferas experiencias originales. Más bien nos encontramos en presencia de un espíritu devoto a los principios humanísticos del arte. Hemos visto a Villaroel justificar y defender su posición con escritos vivaces que deno-

tan una clara comprensión de las cosas y la aptitud de penetrar la compleja y atormentada alma moderna. Trátase, pues, de una resistencia consciente y polémica a los peligros que ofrecen los extravíos estéticos contenidos en los programas de las varias corrientes innovadoras. En último análisis: un hombre vital y combativo, viviente y no muerto, como quiera que sea interesante, aun cuando más tarde la crítica histórica pueda señalar su error.

Analizando su obra, que va de 1910, con las poesías *Pei chiostrì dell'anima*, a 1933, con el presente *Il cuore e l'assurdo*, es fácil comprobar los efectos de esta fe. Existe una línea directriz sobre la cual lentamente ha venido formándose la personalidad del poeta. No ha sido un camino fácil. Su voz es uniforme y parece imposible que consiga destacarse en el coro. Ciertos sonos los encontramos en todos sus libros, del primero al último, y parece que deban ahogar la trama sinfónica original, más difícil de descubrir.

*C'è il sole che si addormenta fra i rami della pineta.  
Le amache, nell'ombra, coi tavoli quasi deserti.  
I paralumi rossi. E sugli spiazzì scoperti  
ritma la gitana una sua danza inquieta.  
Le donne —nei loro pigiama verdi, gialli, arancione—  
sfilano, fra i tronchi, labili come sopra uno schermo.  
Il cielo, in lontananza, è un mare bianco e fermo,  
E la radio gorgheggia una rauca canzone.*

Quien notara solamente este aspecto, llamémoslo musical, de Villaroel, podría afirmar que su poesía ha jugado malamente con él, por cuanto no procura más que un goce sensorial, cuando hoy toda la crítica está de acuerdo en pedir a los poetas la capacidad de producir la emoción intensa y duradera. Menos música y más dilatada contemplación, menos entrega al corazón y más ideas. Pero todo esto Villaroel lo sabe mejor que nosotros y precisamente nos lo prueba en este libro. Este llega oportuno para iluminar y recoger en un haz los elementos esenciales de su poesía. Efectivamente, de ninguna obra suya como de la actual, están desterrados los temas —aunque bien expresados—, estetizantes, frívolos, sensuales, que caracterizaban un tanto el arte de Villaroel, como por ejemplo:

*Nei grandi occhi verdelago c'è un lucore impudico  
se mi guardi a sorpresa, con aria indifferente.  
Dallo scollo della bluse sopra il seno incipiente,  
s'orla il lino della camicia in un esile intrico.  
Accavalli le gambe. E, nell' attimo in cui sbalza  
la campana della veste, intravedo le trine  
delle piccole mutande e, lucenti, al confine,  
le fibbie, sulla carne ove cessa la calza.*

En cambio, están representados en este libro con una densidad y amplitud sorprendentes, los temas, que pueden descubrirse, por supuesto, también en los otros volúmenes, auténticamente poéticos en el sentido de la actividad del pensamiento, de la contenida pero poderosa capacidad lírica, de la sobriedad del verso, conceptuoso y naciente de un indudable estado de gracia.

El poeta está pensativo y sufre. La vida ha entrado reflexiva en sus venas en el lugar del instinto y lo guía. Las cosas para él, que tiene el don de la imagen fresca y del verso armonioso, trasmútanse en emociones, no ya epidérmicas, sino llenas de un ardor y una ansiedad que son la misma cara de la alcanzada creación.

*Tra le notti disumane e le albe senza splendori  
galleggia la mia tristezza sopra il fiume del tempo.  
Le estati, messaggere di tropicali ardori,  
lasciano sulla terra un polveroso lembo.  
Gli autunni, forieri di randagi pastori,  
trascinano nei deserti il respiro degli armenti.  
E gl'inverni, sospeso sui nevosi stupori,  
portano nei camini il martirio dei venti.  
Le primavere alle finestre, sopra gli orti fioriti,  
balenano di voli oltre i segni del mare.  
E la vista e la morte e il silente migrare  
delle nubi e degli astri negli spazi infiniti...*

Ahora, sus hermosos versos siguen siendo musicales y tradicionales, pero intensificados y vivificados por un caudal de alma y pensamiento que se corresponde en sus secretas angustias y éxtasis con la vida moderna, tal cual se nos aparece cuando con absurda desesperación queremos descubirla.

Roma.

ARTURO TOFANELLI.

### LETRAS RUSAS

**Le 2ème Jour de la création**, por *Elias Ehrenburg*. Traducida al francés por Madeleine Etard. Paris, N. R. F. 1933.

**E**XISTE, en todos los países del mundo, una literatura revolucionaria elaborada por escritores burgueses que se han puesto al servicio de la clase obrera, pero no existe todavía en ninguna parte del mundo —ni en Rusia— una literatura proletaria de envergadura hecha por y para proletarios.

El arte es manifestación de cultura que a su vez es producto de la estructura social y económica. La cultura contemporánea, burguesa, ha sido elaborada y heredada por la clase usufructuaria de la sociedad actual —la burguesía— en el trascurso de varias generaciones, sin intervención alguna, ni en la creación ni en el goce, de la masa proletaria, masa de no herederos, que se ha colocado frente a la tabla de valores burgueses en actitud de combate y de negación.

Toda literatura sincera y auténtica reflejará el mundo interior y exterior de la clase a que pertenece el escritor y como todos los escritores actuales de valía —incluso en Rusia— pertenecen a la burguesía, resulta que los personajes diseñados con mayor maestría pertenecen, invariablemente, a la clase burguesa. En nada cuentan para la literatura contemporánea la gruesa capa de proletarios que hay en el mundo, nada nos dice de la vida y de las preocupaciones de la clase obrera, de los problemas tremendos que a esta clase ha planteado la crisis actual, por la sencillísima razón de que los novelistas burgueses los ignoran. La crisis económica y moral de nuestros días ha repercutido en la novela contemporánea no como expresión de la crisis en general sino como reflejo de lo que ha afectado esta crisis a la burguesía.

Si los individuos viven aislados siempre es posible, perteneciendo a una misma clase social, un cierto grado de comunicación. Pero las clases sociales viven totalmente aisladas entre sí, impermeables hasta último grado. Entre la burguesía y la masa proletaria no cabe inteligencia posible, hablan idiomas totalmente distintos.

Esto no quiere decir que los escritores burgueses permanezcan, frente a la clase a que pertenecen, en actitud idéntica de halago y sumisión. Muchos de ellos, los que precisamente han formado los grupos de escri-

tores revolucionarios, realizan una crítica corrosiva y despiadada de la clase burguesa, que por este solo hecho quedan convertidos en aliados del proletariado. Dreiser, Dos Passos, Heinrich Mann, Renn, Michael Gold, Glaeser, Barbusse, Malraux, Ehrenburg y otros cien nombres más han formado en los grupos de escritores revolucionarios.

Todos estos escritores que simpatizan con la clase obrera, que comprenden la razón y la justicia que asiste a la clase obrera en su lucha implacable contra el capitalismo, se encuentran ante una dolorosa ignorancia del hombre obrero, de su modo de vivir, de su modo de enfrentar la vida, de sentirla, de su concepción del universo; así se explica el carácter de esbozo inseguro que tienen siempre, en sus novelas, los personajes obreros y lo acertado de los personajes y ambientes burgueses hasta cuando son tratados con hostilidad.

Trotsky ha censurado a Malraux, a propósito de *Los Conquistadores*, el haber visto la revolución china a través de personajes burgueses. Pero la censura es injusta en cuanto que Malraux, burgués, no podía hacer otra cosa. Malraux habría podido describirnos —lo ha hecho en parte en *La Condición Humana*— movimientos de masa. Pero la novela pertenece a un género que no puede construirse sobre colectividades; pretender hacer novela de masas es una insensatez. Con masas, con multitudes, podrá hacerse una epopeya, pero la novela debe tomar siempre por base y punto de partida al individuo. Y aquí es donde habría fallado Malraux —y fallarían todos los escritores burgueses— de intentar tratar al obrero tomado individualmente y sobre todo si pretendieran bucear en su psicología ya que toda introspección es, inevitablemente, autointrospección.

Lo que une a los escritores revolucionarios no es, por cierto, sus ideas constructivas. Con frecuencia hay una disparidad tal en sus aspiraciones, que viven separados por un arco de 180 grados. ¿Qué puede haber de común entre Jean Richard Bloch y André Malraux? Su disconformismo, nada más. Bloch mira las grandes creaciones del espíritu de la Edad Media y aborrece el presente. Malraux mira a la Rusia Soviética y aborrece el presente. El uno suspira por el pasado, el otro por el porvenir. Les une su común odio por el presente.

Ehrenburg es el más europeo y el menos europeísta de todos los escritores contemporáneos. Antiburgués elevado al cubo, nada tiene de comunista. Escribió en *Julio Jurenito*, geografía sarcástica de Europa en el segundo decenio del siglo actual: "pasan ante mí Rusia, Francia, la guerra, la revolución, el hambre, la tranquilidad. Ni discuto ni venero. Sé que hay muchas cadenas de formas y metales diversos, pero todas, al fin, cadenas y hacia ninguna de ellas se alargará mi brazo débil".

*Julio Jurenito*, *Rapaz*, *Citroen 10 H. P.*, *Fábrica de sueños*, *España*, *República de trabajadores* son obras de Ehrenburg informadas por un mar de sarcasmo, pero ni un átomo de fe. A lo sumo lampos de melancolía, melancolía judía de *Callejuela de Moscú*, la más humana y mejor lograda de todas sus novelas, y de algunas páginas de *Los amores de Juana Ney* y otras de *Grachus Babeuf*.

Cuando en sus novelas, especialmente en *Rapaz*, Ehrenburg ha tratado a la burocracia soviética, lo ha hecho en forma tan mordaz, que los lectores simpatizantes con el comunismo lo han situado entre los escritores contrarrevolucionarios. Pero lo cierto es que en la Rusia Soviética está por aparecer todavía el escritor que pinte con colores simpáticos a la burocracia oficial, y otra cosa también es cierta, y que Ehrenburg ha visto con toda claridad, y es que si en los países capitalistas el hecho de declararse comunista, cuando no se está a sueldo de la policía, implica acarrear una serie de molestias desagradables que culminan frecuentemente con la cárcel, la tortura o el destierro, en Rusia las peores formas del filisteísmo y del arribismo se desarrollan a la sombra de la bandera roja. Ehrenburg no perdonará nunca la humillación impuesta a Rakovsky

por el gobierno francés, humillación aprobada y ampliada con el destierro a Siberia por la burocracia staliniana.

¡Pero cómo se ennoblece la voz de Ehrenburg, cuando, en *Rapaz*, nos describe el komsomol, y cómo se enternece, cómo se humaniza en *Calles de Moscú*, al hablarnos de la pandilla de niños desamparados, encarnación y símbolo de la nueva Rusia!

Adrede esta vez Ehrenburg no ha querido polemizar por cuestiones políticas. Su posición frente al mundo capitalista y su posición frente a la burocracia soviética habían quedado fijados en sus obras anteriores.

El 2º día de la creación es la descripción de la juventud rusa actual en su empeño por crear un nuevo mundo. Una juventud tosca, inculta, un tanto bárbara, pero llena de energía, de voluntad y de fe en el porvenir.

La acción se desarrolla en Siberia, en la construcción de los altos hornos siderúrgicos de Kusnetsk, nuevo centro industrial en edificación, producto del Plan Quinquenal, y en Tomsk, la floreciente capital siberiana de la época de los zares, actualmente una ciudad decadente, en trance de liquidación. Es la Rusia del 2º Plan Quinquenal.

Ehrenburg hace resaltar el carácter primario de la realidad rusa. Es el mundo primigenio del segundo día de la creación, cuando el dios bíblico dijo: "*Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas*". Un mundo informe, tosco, maleable, pero donde todo estaba por hacer todavía. Así es también la Rusia que nos describe Ehrenburg en su última novela.

Dos cosas son necesarias para dar forma a este mundo informe: voluntad y medios. Voluntad hay de sobra en Rusia; faltan medios e inteligencia —otro medio—. Todo lo suple la voluntad. Una voluntad de hierro, un esfuerzo titánico. Se construye el mundo nuevo utilizando idénticos procedimientos a los utilizados por los Faraones para levantar las Pirámides. El trabajo humano accionando directamente sobre la materia, sin la ayuda de los instrumentos proporcionados por la técnica moderna. ¡Y en qué condiciones se trabaja en Siberia! En invierno, bajo una temperatura glacial que desciende frecuentemente de los 40 grados bajo cero; y si bien la jornada de trabajo no es más larga que en cualquier país capitalista, es duplicada voluntariamente por las brigadas de choque del komsomol, en su concepción casi deportiva del trabajo y en su gusto por los records.

Dos personajes se oponen en la novela: Volodia Safonof y Petka Rjanof. Dos ciudades se oponen en la novela: Tomsk y Kusnetsk: La Rusia vieja y la Rusia Nueva. Safonof, el personaje mejor pintado de la novela, es hijo de un profesional de la época zarista, uno de aquellos profesionales independientes formados por la lectura de Tolstoi y de los periódicos liberales y que en número tan crecido recorrieron el camino a Siberia. El hijo tiene la misma independencia de juicio que el padre, lo que le ocasiona en la Rusia actual casi tantas molestias como a su antecesor en la época zarista. Lleva impreso el sello del eterno intelectual ruso. Culto, refinado, frecuentador de los grandes maestros de las letras; su juicio es ágil y certero; avergonzado de su capacidad para la ternura, trata de disfraczar lo mejor posible su lado "humano"; está siempre a la defensiva y esgrime el sarcasmo en forma irrefutable. En una ocasión, en la Universidad, durante una clase, el profesor Baichenco le dijo: "Usted es un *izgoi* típico". Safonof buscó en el diccionario y encontró: "*Izgoi*, borrado de lista, seminarista iletrado, príncipe sin dominio, comerciante quebrado, fracasado". Safonof pensó que el profesor tenía razón y sonrió. Apático como Oblomov, nunca sabe exactamente lo que desea. No sabe reír con franqueza y, sin quererlo, se aleja de sus camaradas. No es ni más osado ni más timorato que los otros, pero gusta interesarse por una serie de tópicos que en Rusia no interesan a nadie. Gusta hacer sufrir

a Irina, mujer a la que ama entrañablemente, porque sabe que hay algo, mezcla de apatía y vergüenza por su cariño, que él considera debilidad, que le aparta de ella. En los momentos decisivos opta siempre por la retirada, por la evasión y, finalmente, por el suicidio.

En Rusia, y en toda Europa, durante los quince últimos años, una ola de suicidios ha barrido con lo mejor de la juventud. Esto no puede explicarse por simples razones de orden económico. Las causas son más profundas. Es una consecuencia de la crisis moral, del caos intelectual, de la total ausencia de una fe creadora. ¿Pueden explicarse, por razones económicas, los suicidios de Esenin, de Mayakovsky, de Blok?... Es un hecho, por otra parte, que lo mejor de la Rusia zarista, el número de luchadores idealistas que todo lo sacrificaron por la revolución, sabiendo de antemano que nada tenían que ganar, no ha sido asimilado por la revolución, han vivido como extraños al mundo nuevo, hostilizados por el ambiente.

Petka Rjanof es un tipo totalmente opuesto a Volodia Safonof. Hijo de campesinos pobrísimos, el hambre lo lleva a Kusnetsk y llega, por propios merecimientos, a ascender a "udarnik", es decir, a jefe de una brigada de choque. Pertenece, naturalmente, al komsomol, esa juventud comunista tan simpática a Ehrenburg. Hombre de una sola pieza, sano, fuerte, ancho de espaldas, voluntarioso. Tosco y bueno.

No sé hasta donde es exacta la pintura de Petka Rjanof, pero, francamente, me parece que Ehrenburg ha exagerado bastante, lo ha idealizado demasiado.

Escribe Víctor Serge en su reciente libro *Literatura y Revolución* a propósito de este tipo de obrero, tan frecuentemente idealizado en la literatura rusa contemporánea: "Un autor dramático —Tehurkin— sostiene que el obrero no tiene verdadera vida más que en la fábrica —Paréntesis personal: no he visto jamás obreros de este género en la U. R. S. S.— Es el triunfo del esquema. Y, por añadidura, de un esquema fundado en una idea falsa, de ninguna manera socialista: *La idea del productor para la producción*. La concepción proletaria es diametralmente opuesta: *Es la de la producción para el productor*". Y agrega Serge más adelante: "La idea general —del héroe del trabajo en la literatura— ha sido establecido de antemano; el tipo general, también; el fin, lo mismo: el obrero recibe la Orden de Lenin. Todo está preestablecido. De aquí el resultado desastroso. Ninguna literatura viva, es decir, verdadera, puede salir de una fabricación tan preparada. ¿Vuestro héroe puede ser mal marido? ¿creyente? ¿alcohólico? ¿pendenciero en sus malos ratos? ¿Que se me cite uno solo de este género, entre los retratos publicados! No, es preciso que sea "héroe del trabajo" de los pies a la cabeza; y si no pertenece al Partido, a punto de entrar en él.

Para pintar ese Petka Rjanof, Ehrenburg se ha supeditado demasiado al esquema, tan justamente censurado por Víctor Serge. Nos habría gustado verlo un poco más humano, menos "héroe del trabajo", con menos virtudes, con algún defecto. ¡Cuánto mejor lograda es la figura de Artorio Likov, el komsomol de *Rapaz!*

Otro detalle digno de subrayarse es el siguiente: El komsomol que nos pinta Ehrenburg en *Rapaz* vive pediente del desarrollo del movimiento revolucionario mundial. Las perspectivas de revolución en China y la India, las luchas sociales en Alemania, lo absorben. Pero el komsomol que nos describe en *El 2º día de la creación* ignora, o poco menos, la existencia de un movimiento revolucionario mundial. Pasaron ya muchos años desde la muerte de Lenin, que supeditaba el triunfo del socialismo en Rusia al triunfo de la revolución en todo el mundo. Ahora Stalin, el inventor de la idea del socialismo en un solo país, dirige, como un ponti-

fice infalible, los destinos de la Internacional Comunista y Rusia ha ido desentendiéndose cada vez más del movimiento revolucionario en el resto del mundo. La Internacional Comunista está hoy a la defensiva frente a los progresos del fascismo, cada vez más pujante. Pero cuando una organización revolucionaria se pone a la defensiva, cuando de agresiva se hace conservadora, es que su papel revolucionario ya ha declinado, ha muerto.

M. LLINÁS VILANOVA.

## LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS EN DICIEMBRE, ENERO Y FEBRERO

Novelas, cuentos, poemas en prosa, etc.

- MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ: *Redención*. Novela. Ilustró Manuel Augusto Domínguez. Librerías Anaconda. B. A. 1933. 262 pp.
- ARTURO LORUSSO: *Fuego en la montaña*. Novela. Ed. Penca. De las Artes 973. B. A. 1933. 192 pp. \$ 0.95.
- DANIEL P. MONTI: *Contrastes*. Historia de niños para todos... B. A. 1934. 140 pp. \$ 1.50.
- ULDARICA MAÑAS: *Tú*. Poemas en prosa. La Habana, 1933. 72 pp.
- MARTÍN SACASTÍN: *17 disparos contra lo porvenir*. Col. Cometa. XII. Editorial Tor. B. A. 1933. 176 pp. \$ 0.80.
- CARLOS ALBERTO ARROYO: *La Universidad del amor*. Librerías Anaconda. B. A. 1933. 160 pp. \$ 0.95.
- ENRIQUE DE GANDÍA: *Luces en el Océano*. Librerías Anaconda. B. A. 1933. 164 pp. \$ 0.95.
- GABRIEL LUCIO: *Cuentos infantiles*. Ed. Integrales. Jalapa. Ver. México, 1933. 86 pp.
- PAUL VAILLANT COUTURIER: *Juan sin pan*. Trad. de Linda Volosky e I. Gormann. Grabados en linoleum de Pedro Olmos. Ed. Documentos. Santiago de Chile, 1933. 48 pp.
- JUAN P. RAMOS: *La vuelta de las horas*. Novela. Viau y Zona. B. A., 1933. 234 pp.
- BERNARDO GRAIVER: *El libro de los negativos*. Anaconda. 1934. 112 pp. \$ 0.95.
- CHARLES PLISNIER: *L'enfant aux stigmates*. Roman. Ed. "Labor". Paris-Bruxelles. 236 pp.

### Verso

- MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ: *Canciones de la niña de Andersen*. Librerías Anaconda. Florida 508. B. A. 1933. 128 pp. \$ 0.95.
- JUAN ANTONIO AHUMADA: *Canción del amor serrano*. Prólogo de Raúl A. Orgaz. Librería del Colegio. B. A. 1933. 190 pp.
- EMMA SOLÁ DE SOLÁ: *El Sendero y la Estrella*. B. A. 1933. 96 pp.
- ALEJANDRO MANCO-CAMPOS: *Uno, dos, tres*. Barranco. Paris, 1933. 72 pp.
- ALVAREZ CURBELO: *La eterna imagen*. B. A., 1933. 78 pp.
- ALBERTO URETA: *Las tiendas del desierto*. Gil, Lima, 1933. 142 pp.
- CARLOS CARLINO (h.): *Cara a cara*. (Versos en la ciudad). 1933. 64 pp.
- RODRIGO RODRÍGUEZ SAN MARTÍN: *Mapa de un corazón*. Poemas. Illapel. Chile, 1933. 56 pp.
- ARMANDO ESAÚL MOLINA: *Poliedro*. Ilustró Victor Carnevale. B. A. 1933. 120 pp.
- FRANCISCO COPELLI Y MARRONI: *Alas de luz*. Ed. "El Canta Claro". B. A. 1933. 160 pp.

- RENÉ M. SANTOS: *La clesidra de los éxtasis*. Prólogo de Enrique Díez Canedo. Montevideo, 1933. 128 pp.
- C. SABAT ERCASTY: *Lirida*. (Cántico de la poesía). Montevideo, 1933. 16 pp.
- JOSÉ MUÑOZ COTA: *Romance tallado en alba*. México, 1933. 70 pp.
- MARÍA LUISA VERA: *Arcilla*. México, 1933. 40 pp.
- FERMÍN REQUENA: *Horas fugaces*. Prólogo de Eduardo de Ory. Aracena, 1932. 108 pp.
- JOSÉ MUÑOZ COTA y MARÍA LUISA VERA: *Barriada*. Poema. México, 1933. 24 pp.
- PAULINA SIMONIELLO: *Ivoty*. Poema histórico. Grabados de José García Bañón. B. A. 1933. 122 pp.
- ORESTES BELLÉ: *Estampas*. Poemas. B. A. 1934. 80 pp.

### Crítica, Historia Literaria, Ensayos

- JOSÉ MANCISIDOR: *Zola*. Xalapa. Ver., México. 36 pp.
- RAMÓN DOLL: *Policía intelectual*. Críticas. Col. Cometa. IV. Tor. B. A. 1933. 172 pp. \$ 0.80.
- ALONE: *Las mejores páginas de Marcel Proust*. Selección y ensayo de Alone. Nacimiento. Santiago de Chile, 1933. 387 pp.
- E. SOLAR CORREA: *Señalanzas literarias de la Colonia*. Nacimiento. Santiago de Chile, 1933. 322 pp.
- RUTH RICHARDSON: *Florencio Sánchez and the Argentine theatre*. Instituto de las Españas en los Estados Unidos. New York, 1933. 254 pp.
- DILLWYN F. RATCLIFF: *Venezuelan prose fiction*. Instituto de las Españas en los Estados Unidos. New York, 1933. 296 pp.
- JUAN FRANCISCO DE CÁRDENAS: *Hispanic Culture and Language in the United States*. Instituto de las Españas en los Estados Unidos. New York, 1933. 50 pp.
- ANDRÉ DEVAUX: *Armand Godoy*. Editions des Portiques. 144. Avenue des Champs Elysées. Paris, 1933. 192 pp.
- CARLOS B. QUIROGA: *El paisaje argentino en función de arte*. Tor. B. A. 1933. \$ 0.80.
- JUAN PABLO ECHAGÜE (Jean Paul): *Paisajes y figuras de San Juan*. Tor. B. A. 1933. 160 pp. \$ 0.80.
- G. AGENORE MAGNO: *Ronald de Carvalho e la poesia dell'America Latina*. Estratto dal "Convivium". Torino, 1933. 8 pp.
- W. ANWANDER: *Ensayo de una Sinopsis de las Literaturas Española, Francesa, Inglesa y Alemana*. Publ. de la revista "Atenea", de la Universidad de Concepción. Santiago de Chile, 1933. 72 pp.
- "*La Gloria de Don Ramiro*" en *veinticinco años de crítica*. Homenaje a Don Enrique Larreta. 1908-1933. Tomo I. Librerías Anaconda. B. A. 1933. 382 pp. (26 x 18½).
- JULIO SAAVEDRA MOLINA: *El verso que no cultivó Rubén Darío*. (De los Anales de la Universidad de Chile). Santiago, 1933. 32 pp.
- FIDEL A. ZÁRATE: *Las aguas de Heráclito*. La Floralia del Inca. Lima, 1933. 256 pp.
- JOSÉ A. BALSEIRO: *Novelistas españoles modernos*. The Macmillan Hispanic Series. New York, 1933. 476 pp. \$ 2.50.

### Política, Derecho, Economía, Sociología, etc.

- LUCILA DE GREGORIO LAVIÉ: *Protección jurídica de las obras artísticas y literarias*. Antología Jurídica. Solis 306. B. A. 1933. 24 pp. \$ 0.60.



- ENRIQUE DÍAZ DE GUIJARRO: *La libertad de ejercer industria lícita frente a la concesión de servicios públicos*. Antología Jurídica. Solis 306. B. A. 1933. 20 pp. \$ 0.60.
- ALFONSO REYES: *Atenea política*. Ed. Pax. Santiago de Chile, 1933. 60 pp.
- JOHN LOCKE: *Tratado del Gobierno Cívil*. De su verdadero origen, de su extensión y de su objeto. Claridad. B. A. 1933. 190 pp.
- EMILIO FRUGONI: *La revolución del machete*. Panorama político del Uruguay. Claridad. B. A. 1933. 256 pp. \$ 2.00.
- ALFREDO L. PALACIOS: *El socialismo argentino y las reformas penales*. Claridad. B. A. 1934. 190 pp. \$ 1.50.
- ARTURO C. DA ROCHA: *Acción Parlamentaria y Socialista*. Intr. del Dr. Alfredo L. Palacios sobre Función del Socialismo Argentino. B. A. 1934. 188 pp.
- KLAUS MEHNERT: *Inchiesta sulla Gioventú Sovietica*. Edizione accresciuta dall'Autore. Casa editrice A. Corticelli. Milano. 228 pp. 10 l.
- DIÓGENES VÁZQUEZ: *Teoría regionalista y regionalismo peruano*. Lima. 1932. 322 pp.
- KARL JASPERS: *Ambiente espiritual de nuestro tiempo*. Trad. directa del al. por Ramón de la Serna. Editorial Labor. Barcelona-Buenos Aires. 208 pp.
- PAUL POLLITZ: *Psicología del delincuente*. Trad. directa del al., por Valentín Guerra. Editorial Labor. Barcelona-Buenos Aires. 214 pp.
- MANUEL PINTO: *La Constitución de la República Española. Carácter y fisonomía*. B. A. 1933. 54 pp.
- CARLOS COSSIO: *La revolución del 6 de Setiembre*. Intr. filosófica a su historia y Esquema universal de la política argentina. "La Facultad". Florida 359. B. A. 1933. 216 pp.
- WILHELM FANFEL, ADOLF GRABOWSKY, M. CRUCHAGA ORSA, KARL HEINRICH PANHORST y WERNER v. RHEINBABEN: *Ibero-América y Alemania*. Obra colectiva sobre las relaciones amistosas, desarme e igualdad de derechos. Carl Heymanns Verlag. Berlín, 1933. 318 pp.
- SIGFRIDO A. RADAELLI y CARLOS MOUCHET: *La nueva Ley de "Propiedad Intelectual"*. Naturaleza de los delitos contra los derechos intelectuales. Texto y comentario de la Ley 11.723 y decreto reglamentario. Claridad. "Biblioteca Jurídica". B. A. 1934. 80 pp. \$ 0.30.
- LALIO O. ZENO: *La medicina en Rusia*. Pref. del prof. Sergio Judin, de Moscú. Librerías Anaconda. B. A. 1933. 182 pp. \$ 0.95.
- ANTONIO S. DE BUSTAMANTE y MONTORO: *La ideología autonomista*. La Habana, 1933. 102 pp.
- ADOLFO DICKMANN: *Nacionalismo y Socialismo*. B. A. 1933. 144 pp.
- LUIS E. HEYSEN: *Presente y porvenir del agro argentino*. Pref. de Tomás Amadeo. Lima, Perú, 1933. 130 pp.
- JOSÉ FIGUEROLA: *Jornada de trabajo. Descanso semanal. Cursos profesionales*. Prol. del Dr. Eduardo J. Bullrich. El Ateneo. Florida 371. B. A. 1933. 182 pp.
- LUIS MONSALVE POZOS: *Indoamérica*. Cuenca. Ecuador, 1934. 170 pp.
- FIDEL A. ZÁRATE: *El tramonto del Parlamentarismo*. Contribución al debate de las ideas sobre la estructura del Poder Electoral y Legislativo. Lima, Perú. 1933. 264 pp.
- RAYMOND LESLIE BUELL: *The World Adrift*. World Affairs Pamphlets Nº 1. Foreign Policy Association. New York, 1933. 38 pp.
- ENRIQUE SANTIAGO: *El punto de vista obrero ante el problema de la reducción de la jornada de trabajo*. Sociedad para el progreso social. Publ. Nº 35. Madrid, 1933. 18 pp.
- MARIANO MARFIL: *El punto de vista patronal ante el problema de la reducción de la jornada de trabajo*. Sociedad para el progreso social. Publ. Nº 36. Madrid, 1933. 24 pp.

- L. VICTOR PARET: *Un punto de vista independiente ante el problema de la reducción de la jornada de trabajo*. Sociedad para el progreso social. Publ. N° 37. Madrid, 1933. 24 pp.
- DOCUMENTOS INTERNACIONALES: *El Proceso que conmueve al mundo. ¡Un informe sensacional!* El texto oficial del informe de la Comisión de Juristas de Londres sobre el incendio del Reichstag. Casilla 3585. Santiago de Chile. 32 pp.
- L'école supérieure dans l'U. R. S. S. V. O. K. S.*, organe de la Société pour les relations culturelles entre l'U. R. R. S. et l'étranger. 1933. vol. III. Moscou. 122 pp.

#### Historia, Memorias, Diarios, Biografías, Viajes, etc.

- MANUEL GÁLVEZ: *La vida de Fray Mamerto Esquiú*. Editorial Tor. B. A., 1933. 206 p. \$ 0.80.
- MÁXIMO SOTO HALL: *Monteagudo y el ideal panamericano*. Tor. B. A., 1933. 192 pp. \$ 0.80.
- ARTHUR POSNANSKY: *Precursores de Colón*. Las perlas agri y las representaciones sobre tejidos arcaicos, como prueba del descubrimiento de América antes de Colón. Con 2. láminas fuera de texto y advertencias de Narciso Binayán. Sociedad de Historia Argentina. B. A., 1933. 16 pp.
- NARCISO BINAYÁN: *Ciclos en la Historia Argentina*. B. A., 1933. 8 pp.
- FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA: *Ensayo sobre los artifices de la platería en el Buenos Aires colonial*. Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas. Número LXII. B. A., 1933. 236-LXXVIII—6 pp.
- LUCIEN WOLF: *El fantasma judío y los falsos protocolos de los ancianos sabios de Sión*. Trad. directa del inglés por Jehuda Sefardi. C. I. A. P. Madrid, 1933. 76 pp.
- MIGUEL LUIS ROCUANT: *En la barca de Ulises*. Impresiones de Grecia. Dibujos de Henry Spencer. Madrid, 1933. 276 pp.
- BENJAMÍN VARGAS PEÑA: *Vencer o morir*. Asunción (Paraguay), 1933. 158 pp.
- ANGEL VARGAS PEÑA: *El Mayor General José Ildelfonso de Machain. ¿Traidor o prócer?* Asunción (Paraguay), 1933. 58 pp.
- RÓMULO ZABALA Y ENRIQUE DE GANDÍA: *La enseñanza de la Historia en las Escuelas primarias de Hispano América*. Librerías Anaconda. B. A., 1933. 76 pp. \$ 0.95.
- JUAN ANTONIO SUSTO: *Homenaje al doctor Manuel Amador Guerrero en el centenario de su nacimiento*. 1833-Junio 30-1933. Academia Panamericana de la Historia. Vol. II. Panamá, 1933. 170 pp.

#### Cuestiones educacionales

- MARÍA ESTELA CAMPANA DE PAULSEN: *Pedagogía para la enseñanza del Canto*. Nota preliminar de Joaquín Romero. B. A., 1933. 128 pp.
- ERICH STERN: *Anormalidades mentales y educabilidad difícil de niños y jóvenes*. Traducción del alemán por Alejandro Chleusebairgue y Antonio Cabro. Editorial Labor. Barcelona-Buenos Aires. 244 pp.

#### Filosofía. Psicología

- GIUSEPPE RENSI: *Le Ragioni dell'Irrazionalismo*. Alfredo Guida, ed. Napoli, 1933. 220 pp.
- HONORIO DELGADO Y MARIANO IBÉRICO: *Psicología*. Lima, 1933. 288 pp.

- RAMÓN SOTO FERNÁNDEZ: *El Libro del Saber*. Toledo, 1933. 150 pp.  
 C. CASTAÑER: *Soul and Matter*. A systematic enquiry into inductive metaphysics. London, 1933. 48 pp.

### Estética, Arte

- B. VENTURA PESSOLANO: *La estética de la proyección sentimental*. (Introducción histórica y psicológica a su problemática). A. García Santos. B. A., 1933. 120 pp.  
 ALPONSO REYES: *La Caída*. Exégesis en marfil. Río de Janeiro, 1933. 16 pp.  
*Mostra dell'Architettura italiana d'oggi*. Istituto Argentino di Cultura italiana. B. A. Direzione Generale degli italiani all'estero. Roma. 82 pp.

### Bibliografía

- ALFRED COESTER: *A tentative bibliography of the belles lettres of the Argentine Republic*. Cambridge, Massachusetts. Harvard University Press. 1933. 96 pp.  
*Fuentes de información sobre libros de la América Latina*. Unión Pan Americana. Compiladas en la Biblioteca Colón de la Unión Pan Americana. Washington, 1933. Serie Bibliográfica N° 3. (2ª edición, revisada y aumentada). 28 pp.  
*Catálogo de libros americanos de la Librería "Cervantes", de Julio Suárez*, Lavalle 558. Tomo primero. A-R. Con una noticia preliminar de Emilio Ravignani. B. A., 1933. 220 pp.

### Teatro

- CAROLINA ALIÓ: *El Genio*. Cinco actos breves. B. A., 1933. 46 pp.

### Varios

- LUIS DUHAU: *Elevación*. Asistencia Social Nacional en las Escuelas. B. A., 1933. 32 pp.  
*Cuadernos de Literatura Proletaria*. 2. Federación de Escritores proletarios. Ap. postal 2691. México. 32 pp.  
 SALVADOR MAZZA y otros: *Observaciones sobre fiebre ondulante*. Universidad de Buenos Aires. Misión de estudios de Patología regional argentina. Jujuy. Publ. N° 13. B. A., 1933. 18 pp.

## LOS ESCRITORES ARGENTINOS JUZGADOS EN EL EXTRANJERO

### Sobre Antonio Aita, crítico.

**B**AJO el título *Letteratura Sud Americana. Un crítico: Antonio Aita*, el prestigioso escritor italiano MARIO PUCCINI, ha publicado en la excelente revista romana, *Occidente* (N° de julio a setiembre de 1933, año segundo, voi. IV), el artículo que traducimos a continuación:

"Hasta hace pocos años, quien se hubiese propuesto estudiar las diversas manifestaciones y expresiones espirituales y literarias de esa América que sólo por razones de lengua se llama española, pero que con la España al presente poco tiene que hacer, no sólo hubiera hallado difi-

cultad en llegar a un juicio preciso sino también a uno aproximativo: tau presente está aún allí el influjo de la cultura europea; raros los rasgos de independencia; tardía, aún en los ejemplares más enérgicos, la voluntad de crear y de producir lejos de cualquier influjo o de cualquier ejemplo. No faltaba inquietud de investigación; pero como los escritores no iban de lo interior a lo exterior en esta búsqueda, sino viceversa, a menudo su esfuerzo se traicionaba; y no era un espectáculo que podía suscitar muchas esperanzas. Pero todo termina por asentarse en este mundo, y de un decenio a esta parte, tiene el placer, quien se asome a la literatura de allí, no sólo de hallar escritores originales y a menudo profundos, sino también de distinguir una literatura de otra, el escritor argentino del mejicano, el uruguayo del cubano. Indudablemente hay curiosidad en todos y en cada uno hacia la literatura europea, la francesa sobre todo; pero es más bien la curiosidad un poco ansiosa de quien quiere conocer para superar, no la chata y perezosa curiosidad de quien se conforma con imitar, repetir o rehacer. Y hay deseo de trabajar y trabajar seriamente: y se abandonan las experiencias de reflejo para buscar la realidad y la poesía en sus fuentes; y se cree menos en la literatura que en la vida; y cada país tiene confianza, convencida confianza en la virtud, en la fuerza, en la vitalidad de la propia gente.

El poeta, el escritor, en otras palabras, han reconocido que, no obstante ser rica de confluencias y de mezclas, la raza sudamericana tiene caracteres propios, decisivos, seguros, hasta potentes; y a ellos corresponde afirmarlos, ellos solos pueden imponerlos a la atención del mundo. De este progreso, la Argentina ha sido sin duda el mayor factor. Probablemente, porque fué la más rica de inteligencias; pero también por ser menos pobre de inquietudes; y es bien sabido que los pueblos y los hombres descontentos encuentran siempre antes que los otros a sí mismos y a los de fuera. Poetas y poetisas, novelistas y ensayistas, muchos años y muchos ingenios fueron seguramente necesarios para llegar a la originalidad y la independencia actuales; pero ¿qué cuentan diez nombres y diez obras sacrificadas frente a la victoria de toda una generación? El hecho cierto ahora es éste: que existe una Argentina literaria; tal vez no nos contentará siempre y en todas sus expresiones, pero no por eso admiraremos menos el esfuerzo cumplido y los resultados obtenidos. El cual y los cuales no han sido verdaderamente obra de la masa (todavía, no obstante la presencia innegable de tantos elementos originales, los bajos fondos de la literatura abundan en imitadores del arte europeo, sobre problemas estrafalarios y desgarrados), sino de poquisimos ingenios lisciplinados y heroicos que hasta fueron al encuentro de la impopularidad con tal de afirmar la propia voluntad de independencia, la propia ansia de originalidad.

Con esto, naturalmente, no se quiere afirmar que hoy por hoy haya allí muchos grandes escritores, o que nos hayan llegado del Plata muchas auténticas obras maestras. Pero han salido a la luz, en estos últimos años, obras literarias de notable importancia; y, lo que más cuenta, no hay ya esa confusión, esa incertidumbre, esa inconstancia que ayer hacían tan difícil la comprensión de ese mundo; y tan arduo un juicio de conjunto. Mérito, claro está, de los tiempos, que han mudado y no sólo en la Argentina y en América; pero, sobre todo, de ocho o diez figuras de primera línea, artistas, críticos, ensayistas, que han trabajado más que en extensión en profundidad, aclarando con su obra, sea ella creadora o explicativa, el clima literario del país. Y ciertamente porque los creadores han tenido más que los críticos y los enyasetas rápida fortuna y no menos rápido encuentro con el público, el gusto y el tono de éste se levantaron más en virtud de las obras de arte que de las obras de divulgación y de exégesis; pero esto no quita mérito tampoco a los segundos: que, sino

otra cosa, ayudaron a aclarar, impulsar a leer, acompañando y siguiendo con alto espíritu de comprensión a los artistas que creaban.

\*

De uno de los centros culturales que histórica y espiritualmente han contribuido mejor a dar al clima literario argentino claridad y sentido —es decir, de la revista *Nosotros* que, dirigida por Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti, cuenta ya más de 26 años de vida—, sale, en 1930, la primera obra del crítico Antonio Aita: *Algunos aspectos de la literatura argentina*. Nada de excepcional, nada más que una tentativa de fijar ciertos valores, de aclarar ciertas posiciones, de determinar influencias e interferencias.

Pero hay ya en este joven, aunque todavía dispense elogios e himnos a diestra y siniestra con abundante facundia, una no común voluntad de puntualidad y de precisión, y luego, si se piensa que la crítica militante en la Argentina, hasta él o poco antes, no era crítica sino apenas reseña bibliográfica y a menudo absolutamente estereotipada, esta voluntad de Aita llamó sobre su persona, atención y simpatía. Verdad es que en ese libro hay aún aspereza; inexperiencia también, y por consiguiente por un lado equivoco y por otro exceso de términos gruesos e impropios. Tanto es así que el autor mismo, un año después, sintió la necesidad de volver urgentemente sobre aquel pequeño libro y rehacerlo en gran parte. Claro que no estamos aún frente a una obra crítica que se imponga, en sentido absoluto; pero, con respecto al primero, este segundo: *La literatura argentina contemporánea*, (Rosso, 1931), es ya una obra: es decir algo que revela un crítico capaz de independencia y provisto de gusto; que tiene ideas propias y no las olvida cuando analiza las obras y los hombres ante las cuales y los cuales tiene razón de defenderse. Un buen paso y una noble fatiga. Pero Aita quiere, precisamente, poner mucho más en alto las propias ambiciones e intenciones; ante todo con respecto a la propia literatura y en segundo lugar a la de América Latina, como atmósfera literaria y como mundo vivo y viviente, buscando alcanzar de una y otra los núcleos centrales y pasionales. Labor más pesada y nada fácil; siendo, es verdad, española la lengua de los varios países americanos, pero teniendo empero cada uno su personalidad y su propio carácter, cuando no enteramente raíces y bases distintas. Logró, sin embargo, en *La literatura y la realidad americana* (Rosso, 1931), demostrar lo que se agitaba de verdaderamente vivo en la sangre y en el espíritu de toda la América del Sud: deseos, ansias, inquietudes, sentimientos y pensamientos. Libro importante; uno de esos libros a los que no puede dejar de recurrir quien quiera darse cuenta de ciertos fenómenos no solamente literarios sino morales, no tan sólo espirituales, sino éticos, políticos, sociales. Ensancho así la propia perspectiva dialéctica, Aita no estaba más que a un paso del libro no sólo discursivo y explicativo, sino también comprensivo y sintético: de ese tipo de libro, queremos decir, que no tiene tan sólo una función didáctica, sino también humana: ese tipo de libro que donde se le lleve, a cualquier lengua que se traduzca, por lo que ofrece y lo que propone (aunque no resuelva) es a todos y para todos necesario. Pero *Expresiones*, (Rosso, 1933), no nos trae aún el Aita que ya esperábamos. ¿Una pausa, un *hors d'œuvre*? No, algo más: y un libro indudablemente bastante notable. Es, sobre todo, un conjunto de ensayos sobre varios escritores, principalmente europeos; y, seguramente, en cuanto a fuerza de interpretación y compostura de lenguaje aquí no tenemos un Aita debilitado, y si se quiere, en cierto sentido, reforzado; pero un libro de ensayos sobre escritores muy dispares, no tiene una unidad lógica, tiene solamente una unidad ideal. Con esto no queremos decir que no se sienta el "modo" de Aita en cada uno de los ensayos, ni que los temas

elegidos sean de poca entidad e importancia; menos aún que esos temas sean tratados negligentemente. Pero un libro de ensayos sobre escritores de varios climas literarios y de caracteres muy diversos, si entre ensayo y ensayo no tiene algo que lo comente, pensamientos y notas de estética genérica, un libro así corre el riesgo de no parecer la obra de una única mente y de una única pluma, sino casi la labor de varias mentes y varias plumas. No es éste el caso, pues Aita, como decíamos, sabe intervenir casi siempre con sus ideas y con sus razones dialécticas, pero, no por esto la sensación de cosa desligada, pasa y nos abandona. Por otra parte, ¿cómo después de haber leído el hermoso ensayo sobre Rilke, poder seguir al crítico a lo largo de la prolija interpretación que nos ofrece, por ejemplo, de un Morand? Comprendemos la necesidad de hacer un libro, de reunir un conjunto de ensayos; pero si la homogeneidad de los temas no es posible siempre, es al menos posible mantener la homogeneidad, permitaseme, de las estaturas. Mejor, mucho mejor hubiesen sido avvicinar pocas figuras y profundizarlas, alcanzarlas enteramente; tanto por sí mismas como en relación a la atmósfera literaria de donde surgían. Ejemplar, en este sentido, el ensayo sobre Svevo. Como todos los sudamericanos también Aita no conoce a fondo nuestra literatura; ignora las experiencias, los pasos y los esfuerzos; debido a lo cual, a través de su ensayo, nosotros vemos a Svevo, que cual una isla solitaria, se yergue en el océano de... la nada. Se dirá: pero éste es el mismo juicio de Crémieux. Exacto. Por esto precisamente queríamos decir: que este ensayo es ejemplar, por estar compuesto por fuera y no por dentro; es decir, de un conocimiento no directo, sino de segunda mano. Y como en Crémieux, también en Aita, pocos nombres y malísimamente colocados: Verga, D'Annunzio, De Amicis, Pirandello. Quienes no serían —increíble, pero así lo afirman—, sino los preparadores del único gran novelista que Italia ha sabido dar al mundo en este último medio siglo: Svevo, precisamente. Somos buenos estimadores de Italo Svevo, pero que el arte grande de Verga y Pirandello haya venido al mundo para preparar *La conciencia de Zeno*, francamente no lo creemos. Pero si a Crémieux le estaba permitido decir esto y aún más, pues tenía sus buenas razones, a un argentino que conoce el italiano y es joven, y no tiene motivos polémicos contra nosotros, ¿cómo permitirle?

Justo es consignar, aparte de estos errores, más que de tono, de concepto, que en *Expresiones* hay ensayos bastante finos y comprensivos: señalamos, sobre todo el sobre Rilke ya elogiado más arriba y el sobre Zweig. Pero el que aventaja por mucho a todos, es el ensayo sobre Güiraldes, el gran novelista argentino de *Don Segundo Sombra*. En este ensayo, la crítica de Aita se vuelve, efectivamente, adherente y pasional; no ve más a sus autores a través de los lentes deformadores de juicios críticos ya expresados por otros y difundidos; aproxima su sujeto con sus propios ojos y su propio corazón; se empeña, crítico y hombre; y hasta que no siente haber restituido las sensaciones que ha experimentado ante la obra de su autor, no se decide a abandonarlo. De donde la creación, o mejor la re-creación de un carácter y de una figura literaria: ensayo y retrato, verdaderamente inolvidable.

MARIO PUCCINI.

## LENGUA Y CULTURA ITALIANAS EN LA ARGENTINA

**E**L argentino Pedro Juan Vignale comenta en *Augustea*, de Roma (31 de diciembre), el pretendido desconocimiento de su estirpe de parte de los intelectuales argentinos de origen italiano, y aconseja sobre el modo de extender la influencia espiritual italiana en la Argentina. Toma pie en

una afirmación aislada del texto, hecha en NOSOTROS sobre la inmigración italiana por la señora Delfina Molina y Vedia de Bastianini, en la encuesta del número extraordinario en que celebramos nuestro vigésimoquinto aniversario. *La Tribuna*, de Roma (12 de enero), también nos dedica, alarmada, su flecha, a este mismo propósito (1). No es de nuestra incumbencia lo que un colaborador de NOSOTROS, responsable, pueda opinar en un artículo firmado, y con tanta mayor razón, en una encuesta, que en nuestro país son libérrimas; ni tenemos interés en discutirle al señor Vignale sus censuras a los intelectuales de origen italiano, limitando por lo menos, como podríamos hacerlo, la extensión de sus aseveraciones. Pero lo que no podemos pasar en silencio es la frivolidad de la redacción de *Augustea*, que intercala en el artículo una nota especial para señalar a los directores de NOSOTROS como intelectuales de estirpe italiana, renegados de su origen; y otra —y ésta ya es insolencia— en que insinúa que los directores de NOSOTROS habrían corregido y desnaturalizado su apellido, de haberles sido posible.

No nos preocupa demasiado lo que puedan pensar en *Augustea* de la conducta de los intelectuales argentinos y de la obra de NOSOTROS; pero si es que en esa casa escriben de buena fe, tenemos derecho a reclamarles que lo hagan con menos ligereza, informándose antes sobre cuál ha sido siempre la actitud de nuestra revista, y en particular de sus directores, documentada en muchas páginas pasadas y recientes, ante la cultura italiana y sus relaciones con la Argentina.

\*

Se nos ocurre que bastaría a limitar, como dijimos, la extensión de las aseveraciones del periodista señor Vignale, malamente remachadas por *Augustea*, la encuesta llevada recientemente a cabo, precisamente en los pasados diciembre y enero, por Folco Testena, en su *Giornale d'Italia*, a propósito de la especie que se difundió, posiblemente sin fundamento, de que la enseñanza del idioma italiano sería eliminada de los planes de estudio de nuestra escuela secundaria. ¿Qué es lo que han contestado todos los interrogados, que han sido bastantes y representativos? Que no, que esa enseñanza no debe ser eliminada. Hacemos gracia al lector de los himnos elevados por los interrogados, a la milenaria cultura italiana, para fundar su respuesta. De ellos, algunos, los menos, no eran tampoco de estirpe italiana, así Ibarguren, Arrieta, García Velloso y Torrendell.

Hemos leído una por una las contestaciones de los escritores, artistas, políticos de dicha estirpe, y todos están concordes en repudiar aquella supuesta eliminación, declarándose orgullosos de que en sus venas corra sangre latina, y sensibles a las altas expresiones de las letras y el arte peninsulares. No nos permite la falta de espacio extractar debidamente todas las respuestas. "Por razones étnicas, políticas y culturales debe mantenerse esa enseñanza", afirmó nuestro director Alfredo A. Bianchi, uno de los primeros consultados. Pidiendo, lo mismo que él, una enseñanza del italiano más eficaz y efectiva, afirmó nuestro director Roberto F. Giusti "la conveniencia de mantener el italiano en los programas, por ser una lengua de cultura, expresión de una densísima tradición espiritual y literaria, y de un pueblo que ha sido aquí tan poderoso y rico fermento étnico"; "admirable instrumento de expresión, que los maestros deben ser tales que consigan hacerlo amar". Cosa parecida han dicho todos los amigos y

(1) Ya en prensa este artículo nos llega otro comentario más, de las heréticas palabras estampadas en NOSOTROS y de la glosa del Sr. Vignale, firmado en *La Sera* de Milán (23 enero) por el reputado publicista y orador Innocenzo Cappa, el cual, a vueltas de alguna inexactitud, como la de suponer que ha existido una ley (sic) contra la lengua italiana, dice, también para el Sr. Vignale, algunas razones atendibles.

colaboradores de NOSOTROS, interrogados. "Es contrariar una auténtica aspiración nacional", protesta el profesor e historiador Emilio Ravignani. Refiriéndose a esa enseñanza, escribe el educador Francisco Chelia: "Es humanismo, en su sentido de síntesis de todo lo posible humano, y en la segunda enseñanza nuestra, no advierto, a pesar de mis 37 años de maestro, ninguna otra disciplina que la pueda sustituir". "Lengua rica, flexible, llena de dulzura y de fuerza, fácil para nosotros", la estima nuestro crítico musical Mayorino Ferraría. "Profunda e inagotable; maravilla constante!", la define a su vez la pintora y poetisa Emilia Bertolé. Y concluye: "De mí sé decir que tengo el orgullo, orgullo legítimo, de conocerla y quererla cada día más". Y para concluir, vaya entera la respuesta de un viejo criollo, pero de estirpe itálica, Luis Berisso, escritor ya prestigioso a fines del siglo pasado por su libro *El pensamiento de América*, compañero de Rubén Darío, curioso como todos los simbolistas en su tiempo, de las variadas culturas extranjeras, como que también tradujo a *Belkiss*, del portugués Eugenio de Castro:

"La reforma en la enseñanza secundaria que aboga por la supresión de esa lengua admirable, me parece una aspiración retrógrada e inconsulta, y casi inconcebible en un medio saturado de italianidad desde su origen.

"Los reformadores iconoclastas parecen ignorar que Italia, tan pequeña de territorio y tan grande de cerebro y de brazo, no es "una expresión geográfica", sino la madre de la civilización latina, y marcha, todavía, en medio del caos universal, a la vanguardia de la Raza que más ha amado la Belleza.

"En la vasta extensión de los dominios argentinos están bien marcadas las huellas de los hijos de la Península itálica. En nuestras populosas capitales, en nuestros pequeños pueblos y hasta en las humildes aldeas, no hay un solo edificio o fábrica en que los italianos no hayan intervenido; ni un solo palmo de tierra que no haya sido cultivado por esos trabajadores sufridos y abnegados, que contribuyeron en toda forma y en toda época, a la grandeza e independencia económica de la Nación.

"Agregue Vd. que nuestros primeros poetas y pensadores, desde Juan Cruz Varela y Juan María Gutiérrez, bebieron en las fuentes eternamente puras de la Roma antigua; y que el nombre de sus héroes, navegantes, sabios, codificadores y estadistas, desde Colón, descubridor de un mundo; Garibaldi, el de la espada libertadora, que tremoló la enseña sagrada hasta en la maraña de las selvas tropicales; Mazzini, el civilista y el vigía incomparable; Marconi, el mago misterioso, escrutador de los astros lejanos y genial domador de las fuerzas extrañas; y un núcleo innumerable de hombres de pensamiento y de acción, tienen su recuerdo grabado con cifras de oro en plazas, calles, pinacotecas, escuelas y museos de ciudades y villorrios.

"Creo, pues, que el idioma italiano debe continuar divulgándose, para bien de todos, en esta cosmópolis vanguardista, que dentro de poco tendrá también su torre de Babel.

"Italia, cuna del derecho antiguo y moderno, con su lengua admirable —que va de la delicada súplica amorosa al estrépito de la tempestad— y que halló en D'Annunzio su cultor máximo, debe prevalecer en nuestros centros de cultura sobre los cambiantes de las modas y los caprichos de educacionistas sin rumbo.

"En esa lengua hemos recitado desde niños los versos de Dante y de Petrarca, hemos gustado el canto heroico de Tamagno y de Tamberlik, la declamación altisonante y sonora de Salvini y de Rossi, los suspiros y los desolados acentos de la Duse.

"Ella va unida a nuestro ser como una melodía infinita, y sería para mí un crimen que fuera sustituida por otras que no tienen, en tan alto grado, su delicadeza, su hermosura y su esplendor.



"Ella halagó nuestros sueños y despertó nuestra alma entusiasta.

"¡Cómo no defenderla y amarla!"

Bien ven los redactores de *Augustea* que deben sacarse las anteojeras que les impiden ver a los lados del camino.

### "La Prensa" y "Nosotros".

En el número anterior de NOSOTROS se transcribió de la revista puntana *Ideas*, un artículo de Juan B. González sobre la crítica argentina. Contenía este artículo una apreciación sobre el diario *La Prensa*, que pasó inadvertida a esta Dirección. Como al ahijar el artículo de su colaborador, antes publicado en otra revista, podría suponerse que NOSOTROS hace suya o comparte esa apreciación, la Dirección declara no ser así, lamentando la transcripción de aquel párrafo como una inadvertencia en la tarea periodística.

Nosotros mantiene desde su fundación las más cordiales relaciones con *La Prensa*, casa en la cual tiene muchos amigos, y también colaboradores. Aplauso y estímulos nunca le han faltado desde sus columnas. Lo que *La Prensa* es y significa en la historia del periodismo americano—cualesquiera que sean las diferencias de opinión circunstanciales que con ella puedan tenerse— ha sido dicho diferentes veces en nuestras páginas, en ocasión de sus aniversarios. No hay por qué repetirlo ahora. Sólo interesaba a la Dirección de NOSOTROS, que harto sabe en su más limitada pero no corta experiencia, qué cuesta dar vida a un gran órgano de información y crítica como es *La Prensa* y sostenerlo durante sesenta y cinco años en medio de las inciertas y encontradas corrientes de la opinión, dar esta explicación espontánea y leal.

### La obra maestra del hombre, durar.

EL 30 de noviembre la *Revue des deux mondes* celebraba su acostumbrado banquete anual, en esa ocasión presidido por el rey de Bélgica, tan deplorablemente fallecido en estos días. La *Revue* ha publicado en su número del 15 de diciembre los tres discursos que se pronunciaron esa noche: el de Paul Bourget, el del director, René Doumic, y el del Rey Alberto. Queremos recoger en NOSOTROS algunos de los párrafos pronunciados, en nombre de los colaboradores de la Revista, por Paul Bourget. Recordando los orígenes de esta magnífica obra de cultura, ya más que centenaria, y a los primeros colaboradores de Buloz, Merimée, Musset, Sainte-Beuve y De Vigny, dijo el ilustre novelista: "Francia ha encarado siempre en Europa el genio de la medida, política e intelectualmente, y es gracias a ese genio de la medida obedecido sin desfallecimientos, cómo nuestra Revista ha podido realizar el programa que proponía Goethe a todo esfuerzo colectivo cuando decía: "La obra maestra del hombre es la de durar". Y concluyó: "La gran lección que se desprende de la historia de la Revista es que existe una virtud de la continuidad, y que cada generación es tanto más fuerte en cuanto los que llegan continúan a sus mayores. Aparte el valor de las obras que la Revista ha hecho conocer, todas señaladas por su composición, claridad y disciplina intelectual, el ejemplo que su desenvolvimiento nos da es extremadamente bienhechor. Una de las enfermedades del siglo XIX, que parece exasperarse aún más en el XX, ¿no es acaso la manía de empezar siempre de nuevo? Parecería que haya que descubrir, tanto en literatura como en política, fórmulas completamente nuevas. Felicitemonos de que el éxito fecundo de una empresa como esta de la *Revue*, nos permita afirmar por el contrario, aún hoy, la eficacia de las tradiciones, y nos invite a ser sus depositarios".

### R. Blanco-Fombona, gobernador de una provincia española.

**T**ELEGRAMAS llegados de España y publicados en la prensa local, dan cuenta de un acontecimiento sin precedentes en la historia administrativa de aquel país: el nombramiento de un americano para regir los destinos de una de las provincias peninsulares. Se trata nada menos que del conocido y batallador escritor venezolano Rufino Blanco-Fombona, designado por la segunda República gobernador civil de Almería. El hecho es extraordinario y ha de sorprender, sin duda, a nuestros lectores. Es la primera vez que un súbdito americano ocupa un cargo de esta naturaleza en el gobierno de la Península. No parece sino que España ha querido esta vez probar hasta dónde puede llegar su probada cordialidad hispano-americana, y cómo es de estricta su interpretación del célebre artículo 24 de la nueva Constitución, donde se declara que los nacidos en países hispánicos de América pueden obtener la ciudadanía española, con la sola condición de ser residentes en España, y "sin perder o modificar su ciudadanía de origen". Blanco-Fombona es venezolano —recordamos que Venezuela fué la primer tierra continental descubierta por Colón— y ha trabajado por el descubrimiento y libertad del alma española con igual empuje con que cuatro siglos atrás los conquistadores españoles entraron en la tierra virgen de América. Con efecto, el autor de *El hombre de oro*, *El modernismo* y *los poetas modernistas*, *Diario de mi vida* y otras numerosas obras de positivo valor, ha desarrollado, en los prolegómenos de la revolución española, una obra de proselitismo revolucionario y de antimonarquismo, de influencia extraordinaria en la Península. Amigo y aliado de los escritores y estadistas que hicieron la revolución, perseguido por el gobierno realista, destruidas las ediciones de sus libros más combativos, una vez consolidada la República sus compañeros de entonces le han conferido la honrosa distinción de gobernar una provincia española. Dentro de nuestro espíritu federalista, partidario de la autonomía más completa, y creyendo como creemos que sólo los hijos de una provincia, o a lo sumo los radicados allí durante largos años, deben tener derecho a gobernar dicha provincia, por múltiples razones que no son del caso exponer ahora, podrá chocar un tanto esta designación que comentamos. Pero la justicia que le ha hecho la República Española a uno de los más grandes y vigorosos escritores americanos, no deja de producirnos una profunda satisfacción. Llamado ahora a dirigir los destinos de una de las más interesantes y necesitadas provincias españolas, el ilustre venezolano deberá hacer un paréntesis en sus especulaciones puramente doctrinarias, para enfrentarse con la dura y vibrante realidad. "Rufino Blanco-Fombona, —dice Juan E. O'Leary en el *Repertorio Americano* (Nº 665), a propósito de este nombramiento— que es lo más americano que hay en América, por su íntima estructura espiritual y por las tradiciones de su linaje, está bien en lo suyo bajo el sol de fuego de Almería, entre palmares y gente morena, de sangre ardiente y alma apasionada". "Es allí —continúa O'Leary— donde mejor podía darse esta total compenetración hispanoamericana, esta fusión del pasado en el presente, este retorno de los hijos al hogar de los abuelos, este abrazo fraternal sancionado en el Código Máximo, este americanismo que se hace español o este españolismo que se hace americano, tendiendo un puente sobre el tiempo y la distancia".

Que su gestión de gobernante sea rica en saldos favorables —para bien de España y por el crédito de los hombres de pluma, sospechados siempre de ineptos en materia de gobierno— es lo que deseamos de todo corazón.

F. E. G.

### Premio Eugenio Rignano.

**P**ARA conmemorar dignamente a Eugenio Rignano, el ilustre hombre de ciencia y filólogo fallecido a principios de 1930, la revista *Scientia*, de Milán, de la cual aquél fué fundador y director durante veinticuatro años, abrió un concurso internacional para otorgar un premio que llevará el nombre del sabio, sobre *La evolución del concepto del tiempo*. NosotROS dió oportunamente noticia de ese concurso, que se cerró el 31 de diciembre de 1932. El jurado, constituido por la propia dirección de *Scientia*, que ejercen los catedráticos universitarios, Felipe Bottazzi, de la R. Academia, José Bruni y Federico Enriques, quien ha sido el relator, nos informa ampliamente sobre los resultados del concurso, al que se presentaron treinta y cinco trabajos, de los cuales algunos forman un volumen entero (ver N<sup>o</sup> de *Scientia* de agosto de 1933). El jurado analiza con vigor y objetividad científicos los trabajos presentados por ilustres profesores y expositores de filosofía, entre los cuales destaca a nueve, y por una sucesiva tarea de selección, llega a la conclusión de ser superiores a los demás, los trabajos de Sigismundo Zawirski y Giovanni Giorgi. Reclamó también a título privado una confirmación de su juicio, de tres eminentes filósofos: Janet, Reichenbach y Rádl; y sobre la base de estas informaciones y análisis, no atreviéndose a intentar una discriminación entre los méritos respectivos de los dos candidatos, ha resuelto dividir el premio, consistente en diez mil liras, entre ambos. Zawirski es profesor de Metodología y de Teoría de las Ciencias en la Universidad de Poznán, en Polonia; Giorgi, de Física-Matemática en la Universidad de Palermo. Un resumen de los dos trabajos premiados aparecerá en los próximos fascículos de *Scientia*.

Es interesante reflexionar cómo en los más encumbrados círculos europeos se toman tan en serio premios de tanto valor científico y moral, aunque tan reducidos materialmente, mientras entre nosotros los cinco mil pesos (cerca de 15.000 liras) de los primeros premios municipales, y si mucho nos apuran, los diez mil y los veinte mil y los treinta mil de los nacionales, se reclaman, y a veces se dan, a título de "estímulo", cuando no para aprendices, para personas que son poco más o menos la misma cosa.



—**L**A Institución Cultural Española, que preside el doctor Luis Méndez Calzada, ha recibido las cantidades destinadas por el gobierno español para los gastos de viaje de tres estudiantes argentinos, becados para que realicen un curso en España.

Corresponden estas becas al curso de octubre de 1934 a mayo de 1936. Tienen una asignación de 4000 pesetas, más los gastos de viaje. La Junta de Relaciones Culturales de Madrid es la encargada de atender a estos becados.

La inscripción podrá realizarse hasta el 1 de agosto. Los candidatos no podrán contar más de 25 años y serán necesariamente argentinos o españoles que hayan cursado sus estudios en la Argentina.

Las solicitudes con la documentación correspondiente deberán entregarse en la secretaria de la Institución Cultural, Bernardo de Irigoyen 672, de 11 a 12 y de 16 a 17. Allí se informará respecto a cuanto es necesario.

—**E**N octubre de 1933, el Consejo de Ministros de Polonia creó una Academia Polaca de Letras. Los primeros académicos son: Wacław Berent, Piotr Chaynowski, Karol Irzykowski, Juliusz Kaden-Bandrowski, Juliusz Kleiner, Bolesław Lesmian, Zofja Nalkowska, Zenón

Przesmycki (Miriam), K. H. Kotworowski, Wincenti Rzymonski, Wacław Sieroszewski, Leopold Staff, Jerzy Szaniawski, Tadenoz Zielinski, Tadeus Zalenski (Bay).

La mesa directiva está formada por: Sieroszewski (presidente), Staff (vice-presidente), Kaden Bandrowski (secretario general).

Es bueno hacer notar que los primeros académicos polacos son escritores cuya carrera literaria ha comenzado antes de la guerra. El decano de la Academia, Sieroszewski, tiene 75 años, Szaniawski, el más joven, 46. La Academia cuenta con cinco novelistas, dos críticos literarios, dos historiadores de la literatura y un publicista.

—**H**UÉSPED nuestro unos pocos días, cumpliendo una misión de estrechamiento intelectual, regresó al país a principios de enero, para volver en seguida a Italia, nuestro antiguo colaborador y amigo Lamberti Sorrentino, que allá realiza una obra efficacísima en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en todo cuanto concierne a las relaciones culturales de Italia con el extranjero. Invitado nuestro director Roberto F. Giusti, por intermedio de Sorrentino, para dar en la península un ciclo de conferencias bajo el patrocinio del Instituto de Cultura Itálica, que preside el ilustre filósofo Gentile, aceptó en principio, habiéndose sólo postergado el viaje momentáneamente, por motivos circunstanciales.

—**E**L 26 de enero, en la motonave "Oceania", partió para Italia P. M. Bardi, director de la Galería de Arte de Roma y organizador de la Exposición de Arquitectura Italiana Moderna, realizada últimamente en la Dirección General de Bellas Artes, exposición que obtuvo un gran éxito de público y de crítica. El mismo día 26, algunas horas antes de la partida, el Presidente del Instituto Argentino de Cultura Itálica, profesor Armando Marotta, reunió en los salones del Plaza Hotel, en un *cock-tail* de homenaje y despedida, a un numeroso grupo de personalidades argentinas e italianas. Especialmente invitados, asistieron a esta demostración los directores de Nosotros, Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti.

—**E**L profesor Juan Serpentine, a quien debemos una interesante donación de opúsculos relativos a Leopardi, impresos en Recanati, la patria del poeta, nos pide dejemos constancia, completando la noticia aparecida en el número anterior de Nosotros que él hizo la donación en nombre del fraile filipino —de la orden de San Felipe Neri— don Clemente Benedetucci.

—**L**A dirección de la Cárcel de Ushuaia nos ha escrito una conceptuosa y sentida carta —a la vez que muy halagüeña para Nosotros—, en la cual, solicitando nuestra colaboración en la obra en que está empeñado, de enriquecer aquella biblioteca, procurando "esclarecer la razón y mejorar el sentimiento de tantos hombres, entre los que hay muchos jóvenes, que algún día serán libres, y que de nosotros depende en gran parte que sean algo mejores", nos pide que por medio de estas páginas invitemos a todos los escritores argentinos, a remitir a esa Biblioteca sus libros. Por ellos solamente se mantienen aquellos infelices en contacto con el mundo. Nosotros es recibida en aquella biblioteca, desde que ésta se fundó. Encarecemos a nuestros amigos el envío de sus obras.

Nos.

---

"Nosotros" ha trasladado sus oficinas a la calle Sarmiento 1479. Tome nota.